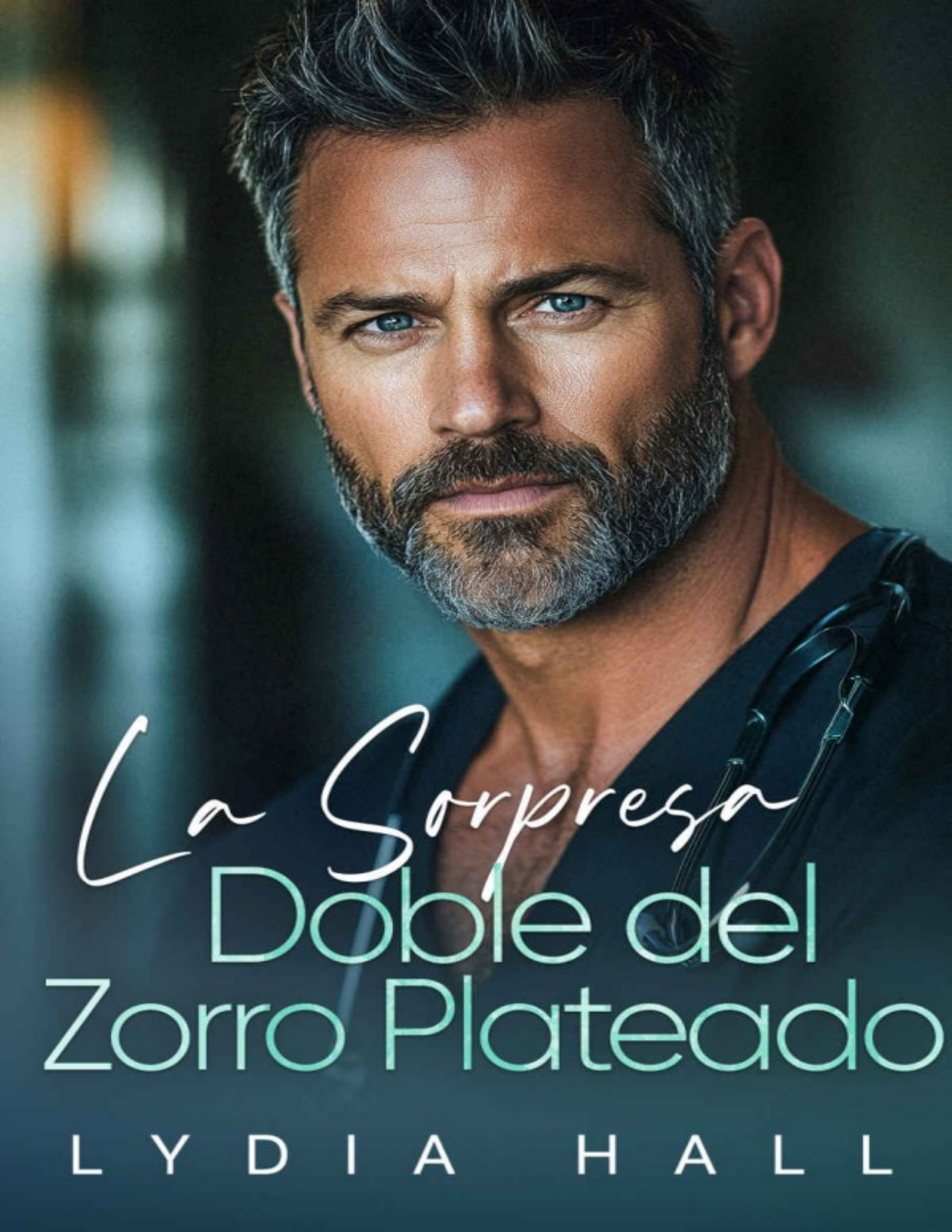

La Sorpresa
Doble del
Zorro Plateado
LYDIA HALL

LA SORPRESA DOBLE DEL ZORRO PLATEADO

LYDIA HALL

Copyright © 2025 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero

ÍNDICE

Blurb

1. Cole
2. Rose
3. Cole
4. Rose
5. Cole
6. Rose
7. Cole
8. Rose
9. Cole
10. Rose
11. Cole
12. Rose
13. Cole
14. Rose
15. Cole
16. Rose
17. Cole
18. Rose
19. Cole
20. Rose
21. Cole
22. Rose
23. Cole
24. Rose
25. Cole
26. Rose
27. Cole
28. Rose
29. Cole
30. Rose
31. Cole
32. Rose

33. Cole
34. Epílogo: Rose

B L U R B

Nunca pretendí enamorarme del cirujano taciturno de ojos gris tormenta.

Me advirtieron sobre el Zorro Plateado: dañado, distante, peligroso de amar.

Nuestros momentos ocultos se convirtieron en mi adicción, *hasta que la prueba dio positivo.*

No un latido, sino dos: gemelos creciendo bajo mi corazón.

Él lucha contra demonios que no quiere compartir, alejándose cuando más lo necesito.

Mi cuerpo me está traicionando, mi secreto es cada vez más difícil de ocultar.

Dicen que casi mató a un senador en cirugía.

Estoy llevando a sus bebés, pero él podría perderlo todo antes de saberlo.

¿Cuánto tiempo puedo protegerlo de una verdad que crece dentro de mí?

Nota de la autora: *¡Prepárate para este ardiente romance médico con diferencia de edad que incluye embarazo secreto, romance prohibido en la oficina y drama de zorro plateado que hará que tu monitor cardíaco pite!*

COLE

—Succión... —extendí la mano para coger el hemovac y aspirar los restos de sangre y fluidos corporales que quedaban tras la cirugía. El paciente había respondido bien en general, pero yo vigilaba atentamente sus constantes vitales. Incluso durante procedimientos rutinarios como esta reparación de hernia, las cosas podían complicarse.

La enfermera colocó el tubo de succión en mi palma y lo agarré, luego lo maniobré para comenzar a limpiar la cavidad abdominal del hombre. Al hacerlo, mi mano tembló un poco, casi imperceptiblemente, pero ahí estaba. Lo noté. Me hizo estremecer, pero mantuve la cabeza baja y continué trabajando, rezando para que nadie más lo hubiera visto.

Los temblores habían comenzado hace tres meses, solo cuando estaba muy estresado o excesivamente cansado, pero eran lo suficientemente notables como para que debería haberlos reportado. Seguía esperando que desaparecieran, que fueran resultado de fatiga o tensión, pero hoy no me sentía cansado ni estresado en absoluto. De hecho, tenía un buen fin de semana planeado, uno que esperaba con ilusión. Así que el ligero temblor de mi mano me frustró.

—Ya está —dije, devolviendo el hemovac a la enfermera. Ella lo cogió y se giró para devolverlo a su lugar, luego regresó con mi

aguja para suturar al paciente.

—¿Tiene planes para este fin de semana? —preguntó, haciendo conversación como era normal durante cualquier cirugía. No era raro mantener conversaciones completas con el personal de enfermería mientras se operaba. Éramos un gran equipo, y habíamos trabajado bien juntos durante varios años ya.

—De hecho, sí —le dije—. Voy a ver jugar al quarterback de los Broncos en el partido de la pro-bowl. —Sonreí bajo mi mascarilla de protección y pensé en cómo había conseguido las entradas para el partido al ayudar a un amigo mío con sus exámenes de certificación. Su padre tenía abonos de temporada y, como su antiguo mentor, me había pedido que le ayudara a estudiar a cambio de las entradas. Estaba encantado, pero, por supuesto, le habría ayudado de todas formas.

—Oh, eso es genial. He oído que se espera un tiempo precioso el domingo. —Pude ver el brillo en sus ojos cuando la miré y supe que ella también estaba sonriendo. Pero cuando mi mano volvió a temblar, yo no sonreía.

Sin embargo, agradecí que ella estuviera mirándome a mí y no a mis dedos que estaban anudando la primera sutura. Lo último que necesitaba era que una de las enfermeras interviniera para informar de esto. No era algo que pudiera ocultar, aunque no era nada que terminara con mi carrera, o al menos eso creía. Aun así, si alguien dudaba de mi capacidad para operar, por la seguridad de mis pacientes, tenían que informarlo.

—Sí, lo estoy esperando con ganas —le dije, pero la conversación terminó ahí. Tenía que concentrarme en lo que estaba haciendo para no cometer un error, especialmente con la presión que ya tenía sobre mí por aquella cirugía anterior. No fue un temblor lo que causó el error, pero nunca convencería a nadie de eso. No si veían cómo me temblaba la mano de esa manera.

Cuando terminé la última sutura, tomé una respiración profunda y refrescante y le entregué la aguja a la enfermera. —Termina de prepararlo y llévalo a su habitación ahora. Me voy a casa —le dije con una sonrisa tensa. Mi parte de esta operación había terminado, y el paciente podía pasar a recuperación, y yo estaba listo para dar por terminado el día.

—Sin problema, Dr. Hastings —dijo, y retrocedí para dejar trabajar al resto del equipo.

Mientras caminaba hacia la sala de lavado, agarré mi mano derecha y la masajeé suavemente. El hecho de que mis estiramientos y ejercicios no estuvieran funcionando para mejorar lo que estaba pasando era preocupante. No era médico ortopédico —era un cirujano especializado en situaciones de trauma— pero sabía lo suficiente para saber que temblores en la mano como este no eran buenos. No iba a descartar algo grave, pero quería centrarme en las cosas obvias que fueran explicables y tratables.

Me desvestí, me quité el gorro quirúrgico, tiré la bata quirúrgica a la basura y me dirigí directamente a mi despacho. Algunos de los chicos me gastaron bromas y me reí de ellas, y con el médico de guardia preparado para vigilar a mi paciente, me dirigí al aparcamiento. Necesitaba este fin de semana para desestresarme y relajarme.

Durante las últimas semanas, la junta había estado investigando lo ocurrido durante la cirugía que casi le costó la vida al paciente. Yo creía que era un error administrativo, que alguien no me informó de los medicamentos habituales del paciente antes de que yo diera órdenes para otros medicamentos que suponían un riesgo significativo, que inevitablemente se materializó en mi mesa de operaciones. Pero sin pruebas de que otra persona hubiera cometido el error, me tocaba a mí explicar por qué casi se desangra.

Me pasé una mano por el pelo y dejé que el frío de la brisa de principios de marzo besara mi piel al traspasar la puerta hacia el aparcamiento. Había pasado demasiado tiempo agonizando sobre lo

que pasó y cómo, y este fin de semana consistía en ayudarme a olvidar eso e intentar relajarme. Me tomé dos días libres y tenía la intención de pasar ambos días desintoxicándome del estrés laboral y liberando tensión.

Mis pasos resonaban en las paredes del aparcamiento. En la distancia oí un coche en movimiento, neumáticos chirriando silenciosamente mientras doblaba la esquina para subir o bajar por las rampas del aparcamiento, y el hedor a gases de escape y comida rápida grasosa me llegó a la nariz. Los olores de Denver nunca habían cambiado. La forma de cuenco encajada en las montañas justo al este de los Picos Gemelos de los que el hospital tomó su nombre creaba más una trampa de smog de lo que estaba seguro que los fundadores pretendían. Hoy no era diferente.

Subí la rampa hacia mi todoterreno negro y noté a una mujer de pie detrás de su coche con el teléfono en la oreja y aspecto frustrado. Se apoyaba contra el coche con los brazos cruzados sobre el pecho y miraba con enfado al teléfono antes de gruñir y meterlo en su bolsillo.

Su cabello oscuro y ondulado colgaba sobre sus hombros, pero tenía ondulaciones como si hubiera estado recogido en un moño o cola de caballo durante todo el día y acabara de soltárselo. Llevaba un uniforme de color azul claro y una placa con el logo del hospital.

—Hola, eh... —Me incliné más cerca y leí su nombre en voz alta—. Rose... —Mi suave sonrisa no hizo nada para aliviar el ceño fruncido en su rostro—. ¿Está todo bien? —Muchas personas que trabajaban aquí llevaban pijama sanitario, pero no todas tenían credenciales como esta. Era una enfermera titulada, y una frustrada, por lo que parecía.

—Bueno, tengo la batería descargada. Intenté llamar a una grúa, pero dijeron que tardarían tres horas. Así que, sí... Si tienes cables de arranque, podría usar algo de ayuda. —Su tono soprano era agradable, para nada estridente o nasal. Vi cómo sus ojos se desviaban hacia el capó abierto y volvían a mi cara, y le sonreí.

—Estás de suerte, Rose. Tengo un juego de cables y estoy aparcado justo aquí. Y todo lo que te costará es una sonrisa. —Su rostro se iluminó y un genuino rubor coloreó sus mejillas mientras correspondía a mi sonrisa con una propia. Estaba radiante, resplandeciente de gratitud mientras asentía.

—Gracias —dijo tímidamente mientras yo me giraba para buscar mi coche.

Me impresionó lo guapa que era desde el primer momento. No era algo que solía notar, no después de que Kate muriera. Nunca miré a otra mujer como miraba a Kate. Ella era mi única, y cada vez que incluso pensaba en seguir adelante, me sentía culpable. Pero tenía que admitir que incluso mi buen juicio se veía puesto a prueba con Rose.

Acerqué mi todoterreno y aparqué junto a ella, luego abrí el capó pero dejé el motor en marcha y caminé hacia atrás. Ella me encontró allí mientras levantaba el portón trasero y rebuscaba entre los trastos de mi área de carga para encontrar los cables de arranque, que encontré enterrados en el bolsillo lateral junto al gato.

—Los tengo —murmuré, y me giré para ver que ella seguía sonriendo.

—Dios mío, eres un salvavidas. Habría estado aquí esperando una eternidad. Y además tengo tanta hambre. No he comido nada hoy. —Me siguió hasta la parte delantera de su coche donde conecté cada pinza de cocodrilo a los terminales correspondientes de la batería de su coche y el positivo al mío. Luego sujeté el negativo a un soporte del motor y le dije que lo arrancara.

Rose se subió a su coche y giró la llave, y arrancó a la primera, pero en aras de que llegara a casa segura con los faros y la radio funcionando, dejé los cables conectados unos segundos más.

Cuando se bajó del coche y se unió a mí, estaba tiritando. La noche estaba cayendo y la brisa había aumentado. Se abrazó cruzando los

brazos sobre su cuerpo, lo que empujó sus pechos hacia arriba. Noté la curva de estos y la dureza de sus pezones bajo las capas de tela, algo que no podía ocultar. Aparté la mirada, pero no antes de sentirme un poco excitado. Este estrés laboral me tenía fuera de juego.

—Gracias, Doctor... —Se inclinó como si intentara leer mi placa, pero estaba sujeta bajo mi bata de laboratorio en el bolsillo de mi pijama sanitario, oculta.

Aparté mi bata para que pudiera verla y dije:

—Dr. Cole Hastings a su servicio.

Ella se rio, y yo me uní a su risa. El tintineo de su risa era tan agradable como el tono de su voz y la sonrisa en su rostro. Si no supiera mejor, habría dicho que Rose era un ángel enviado justo cuando necesitaba algún tipo de ánimo. Me puso a gusto de una manera que no había sentido en años.

—Bueno, Dr. Cole Hastings, le debo una grande. Quizás un café o algo. —Rose extendió su mano y se apoyó en el lateral de su coche junto a los cables de arranque que colgaban del compartimento del motor.

Le estreché la mano y asentí. —Me gusta solo, y trabajo en el primer turno, pero estoy libre unos días. —Entrecerré los ojos mirándola e intenté ubicar su cara, pero no podía. Conocía a todas las enfermeras de cirugía, pero había muchos otros departamentos. Aun así, nunca la había visto por aquí—. ¿Eres nueva por aquí? —pregunté, y ella asintió.

—Sí, de hecho. —Retiró su mano después de que la soltara y la volvió a meter entre los brazos cruzados sobre su cuerpo en un intento de mantenerse caliente—. Acabo de conseguir un apartamento aquí en la ciudad. Empecé en Twin Peaks hace dos semanas, así que soy algo así como nueva en la ciudad y en el hospital. —Asintió mientras hablaba, y su cabello se balanceaba. Me

sentía hipnotizado por él. Como ondulaciones de agua en un estanque, atrajo mi atención hacia abajo hacia su pecho nuevamente, y me reprendí internamente por mirarla de esa manera.

—Bueno, bienvenida a ambos. Es genial tenerte... —Me sentía un poco incómodo. Si estuviera en el mercado para conocer o salir con una mujer, ahora habría sido la oportunidad perfecta para ver si esta en particular iría a cenar. Pero Kate era mi única —amor desde el instituto— y cuando murió en aquel accidente, me dije a mí mismo que nunca seguiría adelante. Quizás cambiaría de opinión en algún momento, pero en medio de un escándalo en ciernes con una posible demanda por negligencia médica, no era el momento adecuado.

Rose suspiró felizmente y miró hacia el motor. —¿Está bien desconectarlo? —preguntó ingenuamente, y yo reí entre dientes.

—Claro, podemos quitar las pinzas ahora.

Alcancé las que estaban en su coche al mismo tiempo que ella lo hizo, y ambos nos inclinamos sin prestar atención al otro. Nuestras cabezas chocaron, y ambos retrocedimos bruscamente con dolor, sosteniéndonos la cabeza.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho. —Su cara estaba contraída en una mueca de dolor, pero todo lo que pude hacer fue quedarme cerca de ella por un segundo y admirar lo perfecta que era su tez. No llevaba maquillaje ni joyas, solo un tono de piel puro y ojos marrones cálidos.

—Yo, eh... Está bien. —Balbuceé durante un segundo tratando de pensar en palabras, que de alguna manera habían sido expulsadas de mi cabeza por ese golpe, y luego asentí hacia ella—. Puedo terminar...

Rose se retiró con evidente vergüenza hacia su coche, y pensé en lo fuertemente que mi cuerpo se sentía atraído por ella. El tirón de la

química me hizo olvidar a Kate, la junta disciplinaria o incluso el partido de fútbol. Desconecté los cables y cerré su capó, luego el mío, y cuando me detuve junto a su ventanilla abierta, ella hizo otra mueca de dolor.

—Lo siento mucho. Muchísimas gracias por ayudarme. Te lo agradezco muchísimo. —Rose estaba arrepentida y era absolutamente irresistible.

—Está bien —le dije—. Tal vez nos volvamos a encontrar pronto. —Le guiñé un ojo y ella se sonrojó, y mientras me dirigía a la parte trasera de mi todoterreno para guardar los cables, ella salió marcha atrás y se alejó.

No estaba seguro de qué acababa de pasar entre nosotros, excepto que Rose me había hecho sentir cosas que ninguna mujer desde Kate había logrado. De alguna manera me gustó. De alguna manera realmente esperaba que nos volviéramos a encontrar. Era una sensación agradable.

ROSE

Cuidé mi pequeño Toyota Corolla durante todo el camino a casa pensando que podría tener problemas de nuevo, pero realmente fue solo un error tonto. Había dejado mi cable de carga enchufado en el puerto después de haber dado un impulso a mi móvil durante el trayecto al trabajo al otro lado de la ciudad. Me olvidé de enchufarlo anoche, así que los quince minutos de viaje fueron toda la carga que tenía y mi descuido me costó en forma de batería agotada.

Afortunadamente, el Dr. Cole Hastings estaba allí para salvar el día. Y hacerme sonrojar. Me sentí un poco mareada durante unos segundos después de que nuestras cabezas chocaran y él me mirara a los ojos de aquella manera. Pero la sensación se desvaneció un poco mientras conducía a casa y pensaba en lo improbable que era que él se interesara por mí. Chocar cabezas en un aparcamiento por una batería muerta no era precisamente una receta para el amor a primera vista.

Me detuve en el mercado de camino a casa y compré algunos aperitivos sabiendo que Alana los apreciaría. Cuando me mudé a la ciudad para aceptar el trabajo en el Hospital Memorial Twin Peaks, no sabía dónde viviría. Pero conocí a Alana en mi primer día después de escuchar por casualidad cómo su compañera de piso se había marchado de la ciudad dejándola con el alquiler. Ella era representante farmacéutica, y como yo era enfermera, coincidimos

en el lugar adecuado en el momento adecuado: las oficinas administrativas del hospital.

Ahora éramos prácticamente como hermanas. Solo habían pasado dos semanas, pero sentía como si nos conociéramos de toda la vida. Compartíamos el coche y todos nuestros gastos, y eso hizo que aceptar este trabajo fuera mucho más fácil.

—Ya estoy en casa —anuncié mientras luchaba por entrar por la puerta con las bolsas de la compra. Me aseguré de comprobar dos veces que mi cable de carga en el coche no estuviera enchufado esta vez para no salir mañana esperando ir al trabajo y tener de nuevo la batería agotada.

—¡Oh, genial! Estoy muerta de hambre... ¿Has comprado pretzels? —Alana se acercó a mí dando saltitos con una sonrisa en la cara y cogió algunas bolsas de mis manos mientras yo usaba el pie para cerrar la puerta. Estaba tan ansiosa por comer como yo por contarle sobre mi día. Nada remotamente interesante me había ocurrido desde que la conocí, aparte de que me vomitaran o me orinaran encima, y a ella no le interesaba escuchar esas cosas.

—Sí, bueno, vinieron con un precio —me reí, y ella me miró con recelo mientras colocaba las bolsas de plástico sobre la encimera. Me quité los zapatos y me uní a ella en la cocina. El sencillo plano abierto se sentía demasiado hueco y vacío al principio, pero me había acostumbrado a poder ver la sala de estar, el comedor y la cocina en el instante en que cruzaba la puerta principal.

—¿Qué quieres decir? —Alana encontró la bolsa de pretzels y el paquete de M&M's de cacahuete y se los apropió mientras se apoyaba en la encimera y me observaba dejar las otras bolsas.

—Oh, nada... Solo una tarde interesante. Eso es todo —inhalé los aromas de lila y lavanda y miré la vela que tenía encendida en la península que separaba la encimera de la mesa del comedor. Olía bien. Este lugar siempre olía bien. Era o su perfume o una vela aromática.

—Suéltalo —dijo, abriendo los pretzels, y yo cogí el bote de Rocky Road y una cuchara y me giré para enfrentar su expresión expectante. Tenía las cejas tan altas que parecía un personaje de dibujos animados.

Me reí. —Bueno, después del trabajo, fui a mi coche para marcharme como siempre, y cuando entré, la batería estaba tan muerta que ni siquiera encendía la radio.

Ella puso cara de póker y levantó una ceja. —¿Me has emocionado por una batería muerta? Vaya, la vida en un pueblo pequeño debe de haber sido un rollo.

Me reí y resoplé y negué con la cabeza mientras trataba de tragar la gran cucharada de helado que acababa de meterme en la boca.

—No —dije, jadeando y atragantándome con el bocado. Logré tragar la comida y limpiarme la boca antes de continuar—. Vale, así que estaba sentada allí con el capó levantado, y un médico guapísimo salió y me ayudó a arrancar el coche, y definitivamente creo que me estaba mirando con interés.

Ella se rió y sonrió con picardía, luego dijo: —¿Arrancar tu coche o arrancarte la ropa?

Puse los ojos en blanco mientras continuaba con mi historia: —En serio, estaba buenísimo. Me refiero a que estaba cañón, de esos maduros irresistibles. Tenía unos ojos azules que...

—Vale, espera —Alana se apartó de la encimera y se acercó a un taburete y se sentó en el lado opuesto de la península. Tomé un bocado de helado y guardé el resto de los aperitivos mientras la escuchaba intentar ser sabia y todo eso—. No me malinterpretes. Quiero totalmente que conozcas a un tío super guapo y te acuestes con él y todo eso, pero ¿un médico? ¿No hay algún tipo de política contra las citas entre compañeros de trabajo? ¿Y si está casado?

Deslicé la caja de barritas de cereales en el estante del armario junto a los cereales y suspiré. Ni siquiera había mirado su dedo anular,

pero la forma en que me miró no decía "Casado, no tocar". Decía: "Estoy de caza".

—Bueno, una chica puede fantasear, ¿verdad? —Intenté quitarle importancia con una risita, pero ella hizo otra buena observación.

—Y además, ¿realmente crees que un madurito atractivo quiere algo serio con una veinteañera? Los hombres que asaltan cunas solo quieren sexo. No deberías ilusionarte con el Dr. Pantalones Sexys a menos que conozcas sus intenciones. Podría haberte estado mirando solo por sexo y nada más. Odiaría verte herida.

Escuché el crujido de su masticación antes de darme la vuelta para robar otro bocado de mi helado. Oír esas palabras me dejó completamente desanimada. Fue aplastante. Lo sabía, pero su sabiduría me trajo de vuelta a la Tierra donde debía estar mi cabeza, no en las nubes.

—Vale, vale... pero seguía estando buenísimo. —Le sonreí mientras me metía más helado en la boca, y ella puso los ojos en blanco mientras se echaba un puñado de M&M's en la suya.

Vimos una película y comimos nuestros aperitivos, y más tarde, cuando por fin me metí en la cama, solo podía pensar en mi madre soltera y en lo mucho que luchamos económicamente durante mi infancia. Papá le había hecho mucho daño, y lo único que ella quería para mí era una vida exitosa donde no dependiera de ningún hombre. Por eso me obligó a ir a la universidad, por eso me empujó hacia la enfermería. Se pagaba bien.

Si me dejaba enredar en una aventura con un canazo que solo quería sexo, estaría arriesgando mi corazón y potencialmente acabaría como una madre soltera como ella. No era lo que yo quería. Decidí en ese mismo momento al menos intentar mantenerme en el camino recto que mi madre esperaría. Pero si ese médico guapo me coqueteaba, yo no sería responsable de mi reacción. Su sonrisa detonaba una bomba dentro de mi cuerpo cuando me la dedicaba. No creía que pudiera alejarme de un coqueteo directo.

COLE

Salí de la habitación de mi último paciente con algo más de peso sobre mis hombros del que me habría gustado tener. Llevaba la tableta bajo el brazo y el estómago me rugía, pero lo único que ocupaba mi mente era la reunión que se suponía que tendría con el consejo más tarde para discutir el caso del paciente que buscaba algún tipo de compensación por mi error. No tenía forma de saber qué dirían, lo que me ponía nervioso.

Después de dejar la tableta en mi despacho, me dirigí a la cafetería para comer algo. Al menos eso me distraería y me ayudaría a mantener la mente alejada de lo que pudiera ocurrir. Normalmente, no saber qué deparaba el futuro nunca era un problema porque me gustaba vivir el momento. Pero esta vez, el miedo a lo desconocido me aguijoneaba como un monstruo invisible bajo mi cama.

La cafetería estaba llena, con muchas caras conocidas. Sonreí y saludé con la mano mientras pasaba junto a una mesa donde estaban sentados otros médicos conocidos. Solo una mirada a sus platos hizo que mi estómago volviera a rugir. El olor no era tan apetitoso como el aspecto, pero sabía que en cuanto le diera un mordisco a ese asado, estaría en el cielo. Ya se me hacía la boca agua.

La cola no era muy larga, y me encontré de pie detrás de mi amigo Juan, también cirujano aquí en Twin Peaks. Se giró para chocar mi

mano y darme un golpe de puño antes de estrecharla. Su estilo único de saludo siempre me hacía reír. A veces era como ser amigo de un adolescente.

—Eh, tío, ¿cómo va? —Juan me dedicó una sonrisa digna de premio, y yo me encogí de hombros mientras mis ojos recorrían el tablón del menú. El especial de hoy era asado, zanahorias y puré de patatas con un panecillo y gelatina de postre. Sí, se me hacía la boca agua.

—Ya sabes... Sigo vivo, así que es algo por lo que estar agradecido. —Era mi frase habitual de saludo, y normalmente lo decía de forma muy positiva. Estar agradecido por las cosas me ayudaba a mantenerme con los pies en la tierra y mirando el lado positivo. Pero hoy, pesaba. Si realmente hubiera causado la muerte de aquel hombre, no creo que me sintiera de la misma manera.

—Eh, sí... Aire en los pulmones, sangre en las venas... Tienes mucho por lo que estar agradecido. —Me guiñó un ojo, me agarró el hombro y me lo apretó, luego se volvió hacia el mostrador y dio un paso adelante.

—¿Qué va a ser, cariño? —Marge, la señora de la cafetería, con su redecilla para el pelo y uniforme blanco, tenía cejas gruesas y oscuras que parecían más bien orugas, y pensé en lo irónico que era que no llevaran también redecillas sobre ellas.

—Oh, señorita Marjorie, tomaré el especial, por favor. ¿Y podría ponerme también un café solo? —Movió las cejas y sonrió. Juan se comportaba de la mejor manera con la señora del comedor, justo como si estuviéramos de nuevo en el instituto y ella tuviera la autoridad para agarrarnos de la oreja y arrastrarnos al despacho del director. Incluso su forma de hablar cambiaba cuando se dirigía a ella, o quizá solo usaba su jerga desenfadada conmigo porque jugábamos al baloncesto y al golf los fines de semana y yo le ganaba en todo mientras le vacilaba todo el tiempo.

—Guárdate tus halagos —dijo ella, fingiendo enfado con una mueca juguetona. Se dio la vuelta para marcharse y preparar su pedido, y

Juan cogió una bandeja, la colocó en la línea y avanzó para esperar su comida. Yo me acerqué al mostrador y me giré hacia él.

—¿Guárdate tus halagos? —le pregunté, y él soltó una risita.

—Me gusta halagar a las damas para mantenerlas sonriendo... Ya sabes, mantiene a todo el mundo de mejor humor, y si puedo mejorar su humor ahora, entonces cuando le toque a un viejo cascarrabias como tú, quizá mi felicidad se te pegue. —Su guiño añadido —un gesto característico de Juan— me hizo poner los ojos en blanco.

—No tienes ni idea... —Tomé aire para llenar mis pulmones, esperando liberar algo de la tensión en mi pecho, y Marge regresó con su plato de comida. Juan colocó sus cosas en la bandeja y Marge se volvió hacia mí, pero antes de que pudiera preguntar, dije —: Tomaré lo mismo que él, pero sin el café. Gracias.

Cinco minutos después, deambulábamos por la cafetería buscando algunas sillas vacías. Tuvimos suerte y encontramos una mesa completamente vacía al fondo de la sala, cerca de las máquinas expendedoras. Me alegré de que no tuviéramos que compartir inmediatamente espacio con nadie más. Estaba demasiado estresado para sentarme y charlar de tonterías con compañeros de trabajo, y Juan sabía lo suficiente como para dejarme en paz si estaba de mal humor.

Me senté y abrí mi paquete de cubiertos, cogiendo la sal y la pimienta y espolvoreándolas sobre la comida. Mi primer bocado fue tan bueno que gemí de placer, más que nada porque sabía que esta comida iba a eliminar ese dolor punzante en el fondo de mi estómago. La comida de hospital raramente era buena, pero fuera como fuese que la hubieran preparado, al menos era aceptable.

—Entonces, ¿qué pasa? Normalmente estás bastante animado. ¿Algo te molesta hoy? —Juan se metió un enorme bocado de comida en la boca y masticó, y yo suspiré y de nuevo levanté un hombro en un gesto de indiferencia.

—No lo sé. —Suspiré y miré alrededor. Nadie estaba lo suficientemente cerca para oírnos hablar si mantenía mi voz a un nivel normal, y entre los hornos, los ventiladores y el número de conversaciones que había en el lugar, supuse que nadie intentaría escuchar a escondidas—. Tengo una reunión con el consejo esta tarde.

Juan hizo una pausa mientras masticaba y vi el destello de reconocimiento en su mirada. Era la peor pesadilla de cualquier médico: un error durante el trabajo que podría costarle su carrera. No creía que el error fuera mío, pero de todas formas tenía que pasar por este proceso. Si un paciente demandaba al hospital, no se quedarían de brazos cruzados. Llegarían al fondo del asunto para averiguar quién hizo qué, y esa persona sería la que pagara los platos rotos.

—Ah... —Su gruñido de solidaridad me ofreció tanto consuelo como una manta mojada en un día frío, pero realmente no creía que hubiera nada que alguien pudiera decir para aliviar este peso. La junta estaba en plena caza de brujas y yo era el primer objetivo porque había sido en mi mesa de operaciones.

—Sí, el paciente no murió, pero podría demandarnos de todas formas. Sigo pensando que el error fue administrativo, pero no hay forma de probarlo sin ver todos sus registros de antes y después, que por supuesto fueron inmediatamente precintados y eliminados de los servidores —Ojalá hubiera revisado su caso más a fondo, pero no lo hice. No solo era una situación de emergencia, sino que sus médicos anteriores no nos habían enviado los historiales hasta una hora antes de mi primera incisión.

Este era el tipo de caso perfecto para impulsar un sistema sanitario uniforme. Tenía mucho más sentido organizar los expedientes de los pacientes en una única base de datos central como hacían otros países. Los estadounidenses merecían que todos sus datos estuvieran al alcance de su médico en el instante en que cruzaran la

puerta de cualquier consulta. Posiblemente habría evitado toda esta situación.

—Bueno, lo único que puedes hacer es aguantar el chaparrón, tío. La verdad es como un león... —Juan siempre decía cosas así... Cosas que no acababa de entender y que finalmente me explicaba. Me miró a los ojos mientras yo arqueaba las cejas, y ni siquiera tuve que pedirle que me lo aclarara—. No hace falta decirle a nadie cuando un león entra en la habitación. La verdad saldrá a la luz y todos la verán. Así que quédate tranquilo y capea el temporal.

Esa era una expresión que entendía perfectamente. Excepto que esto no era un océano en calma y yo no estaba sobre una tabla de surf. Estaba al borde de lo que creía que sería una tempestad, y mirar hacia la pared de la tormenta me hacía cagar de miedo.

—Gracias... —Bajé la mirada a mi plato y me sentí un poco menos hambriento después de hablar de eso, pero seguí comiendo. El silencio cayó sobre la mesa, pero el ruido de los cubiertos chocando contra los platos y el murmullo de voces alegres nos rodeaba. Mi comida estaba casi terminada cuando levanté la vista hacia las máquinas expendedoras a no más de diez metros y vi la silueta bien formada de la preciosa mujer del aparcamiento de la semana pasada.

Una sonrisa se dibujó en mi cara mientras la observaba, y no me importó mirarla descaradamente. Estaba de espaldas a mí. Hoy llevaba un uniforme verde, ajustado. Se ceñía a su trasero y mostraba un contorno tenue de sus bragas debajo, y sentí la misma agitación en mis entrañas mientras la veía inclinarse para sacar su refresco de la bandeja.

Juan silbó por lo bajo y captó mi atención. Lo miré y vi que asentía sonriendo. —Sí... estoy de acuerdo.

Mi risa hizo vibrar mi pecho, relajándome. Era lo más ligero que me había sentido en todo el día, y no estaba seguro de cómo sentirme al respecto. Si Kate estuviera aquí, ¿me habría sentido así? ¿Y era

infidelidad aunque llevara tanto tiempo ausente? Mi corazón sentía que podría serlo, pero mi polla se estremeció y anhelaba algo que me había faltado durante demasiado tiempo.

—Sí, pero es muy joven. Probablemente acaba de salir de la universidad —Hice una mueca ante el comentario de Juan y aparté la mirada.

Veinte años era una diferencia de edad enorme, aunque dudaba que ella fuera realmente recién salida de la universidad. Además, la edad solo es un número después de los veintiuno, ¿no?

Mis ojos volvieron furtivamente al lugar donde ella acababa de estar, pero ya se había ido. Sentí brevemente una punzada de decepción, pero se desvaneció y se convirtió en frustración cuando un miembro de la junta se acercó a buscar su refresco. El sube y baja emocional era agotador, pero al menos el punto álgido había sido refrescante. No estaba seguro de si Juan tenía razón, pero supuse que no importaba. No había manera de que ella me mirara dos veces. Yo era viejo y probablemente estaba desconectado de su generación. Y con la idea de un escándalo en el horizonte, probablemente era buena idea ni siquiera intentarlo.

ROSE

Después de sacar mi refresco de la máquina expendedora, fui al mostrador y pedí un sándwich de jamón y queso suizo en pan de centeno. El día estaba siendo bastante normal. Mi rutina se estaba afianzando, y me sentía bien trabajando aquí. Pasé junto a una mesa donde reconocí algunas caras de las enfermeras, pero evité el contacto visual. No quería que me invitaran a sentarme con ellas, no porque no me cayeran bien, sino porque no tenía tiempo para socializarme, y juntarme con compañeros de trabajo podría complicarse.

Quería un asiento para mí sola donde pudiera disfrutar de mi sándwich y mi bebida mientras miraba el móvil en paz. Como introvertida, tener tiempo para mí significaba recargarme después de horas de interacción forzada con pacientes. Aprovechaba cada segundo de silencio y soledad que podía.

De hecho, saqué el móvil y localicé una mesa en la parte trasera de la sala, luego hundí la nariz en la pantalla mientras caminaba en esa dirección. Estaba tan absorta en mis redes sociales que no vi por dónde iba y torpemente choqué con alguien.

Solté un grito ahogado y levanté la cabeza de golpe para ver que era el apuesto médico del aparcamiento. Parecía tan sorprendido como yo por la colisión, y sentí que mis mejillas se enrojecían al instante. No podía dejar de sonreír mientras lo miraba, y su sonrisa

correspondía a la mía. Vi la bandeja vacía en su mano y me di cuenta de que se dirigía a la zona de devolución.

—Lo siento —dije, y di un paso atrás, pero no podía apartar la mirada. Sus ojos azules eran tan cristalinos y estaban fijos en mí.

—Ha sido culpa mía. No miraba por dónde iba —señaló su bandeja con un gesto—. Acabo de terminar de comer...

Agité mi sándwich en el aire mientras guardaba el móvil en el bolsillo.

—Yo iba a sentarme a comer. Yo, eh... —Sentí que se me hinchaba la garganta mientras aumentaba la ansiedad y las mariposas se apoderaban de mi estómago. La sonrisa burlona de Alana cuando bromeó sobre él saltándome encima apareció en mi mente, haciendo que mis mejillas se calentaran aún más, y me humedecí los labios.

—¿Te importa si me uno a ti? —preguntó, y sentí que no podía hablar.

Asentí con la cabeza y me aparté para que caminara hacia los cubos de basura. Cuando volvió a mi lado, nos dirigimos a la única mesa vacía en la cafetería, al fondo, cerca de las máquinas expendedoras. Me senté y coloqué mi sándwich y mi bebida delante de mí, y él también se sentó, dejando una silla entre nosotros.

—¿Cómo va tu coche? ¿Todo funciona bien? —Por supuesto que preguntaría por mi coche. Era la razón por la que nos habíamos conocido.

—Eh, sí, va bien. Solo dejé el cable del cargador enchufado aquel día... —Mis dedos temblaban mientras desplegaba el envoltorio de mi sándwich, y sabía que no había manera de que pudiera comer esto delante de él.

—Bien. Me alegra haber podido ayudar. Me alegro de haber pasado por allí cuando lo necesitabas. —Parecía relajarse un poco, y yo me sentí algo acalorada.

No estaba segura de qué decir a continuación. Siendo tan introvertida, no se me daba bien la charla trivial o interactuar con la gente de manera social. Siempre me hacía sentir demasiado cohibida y vulnerable, así que lo evitaba a toda costa. En mi intento de hacer esto menos incómodo para mí, cogí mi refresco y lo abrí, y el Dr. Hastings tomó la iniciativa para mantener la conversación.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí? Recuerdo que comentaste algo... —Su brazo se extendió sobre la mesa, y vi cómo se flexionaba el bíceps bajo la parte superior de su pijama quirúrgico. Hizo que mi cuerpo se calentara mientras imaginaba una figura cincelada bajo toda esa ropa.

—Eh, bueno, dos semanas. Quiero decir, ahora son tres semanas. Lo siento. —Hice una mueca, sintiéndome estúpida por ese error. Estaba tan nerviosa cerca de él.

—¿Te estás adaptando y haciendo amigos? Podría enseñarte el lugar, quizás, presentarte a algunas personas. —Su oferta era muy amable, pero lo que nunca hacía era mezclar el trabajo con el placer. Una pequeña discusión fuera del trabajo basada en la mala actitud de alguien me dejaría en apuros durante las horas de trabajo cuando los adultos se vuelven mezquinos. No, gracias.

—Eh, sí, he conocido a la mayoría de mis compañeros y estoy bien con eso. La verdad es que no suelo socializar con gente con la que trabajo. —Las palabras fluyeron de mi boca, y vi un destello de algún tipo de emoción negativa cruzar su rostro antes de que me dedicara una sonrisa.

—Bueno, está bien.

—Es solo que socializar con gente con la que trabajas se complica. —Ahora estaba soltando comentarios estúpidos. Me odiaba por ello.

—Lo entiendo —dijo, justo cuando su teléfono sonó. Me di cuenta de que probablemente sonaba como una completa imbécil.

Sus ojos estaban en la pantalla de su móvil y yo me sentía horrible. Probablemente pensó que también me refería a él, lo cual no estaba segura de si era así.

—Quiero decir... Sí, estaría bien. Lo siento... —Mi divagación y rectificación probablemente sonaban como si estuviera pataleando para él, y levantó los ojos para encontrarse con los míos.

—Tengo que irme. Tengo un paciente. ¿Hablamos luego? —dijo a modo de pregunta mientras se levantaba, y yo asentí.

El Dr. Cole Hastings se alejó con energía en su paso, y Dios mío, tenía un trasero perfecto. Pero yo no lo era. Era una idiota y podría haber echado a perder mi oportunidad.

COLE

Mis pies golpeaban la cinta de correr mientras me exigía al máximo. Mi rutina de ejercicios de las seis de la mañana casi rozaba lo ritual. No era un hombre religioso, pero trataba mi cuerpo como un templo en la medida de lo posible. Sabía que la vejez se cernía demasiado rápido sobre la mayoría de las personas y nunca se adelantaban a la curva. Quería mantenerme lo más joven posible durante el mayor tiempo posible.

Cuanto más me esforzaba, mejor me sentía. Pero no podía huir del estrés del litigio pendiente. Hasta las noticias en la televisión del gimnasio hablaban ya de ello. Parecía que mantenían mi nombre al margen por el momento, pero Twin Peaks estaba recibiendo una paliza en la prensa. El paciente que casi había muerto se mostraba muy vocal sobre la reforma sanitaria. No podía reprochárselo. Yo mismo la deseaba.

Intenté ignorar la emisión, pero sonaba bastante alto. Todos en el gimnasio tenían los ojos puestos en algún televisor de la sala, y tuve que fijar la mirada en la pantalla de la cinta para centrarme en otra cosa. Pensé en el trabajo y en cómo me sentiría cuando llegara allí. Corrí con más fuerza hasta quedarme sin aliento y pensé en formas de distraerme agradablemente en el trabajo también. El estrés allí realmente me estaba afectando.

Entonces pensé en la enfermera guapa que conocí, Rose —aún no sabía su apellido—. La forma en que nos tropezamos durante el almuerzo la semana pasada no parecía una coincidencia. Se sentía como si el universo me estuviera diciendo que había algo especial allí. Sí, era nueva, pero ¿con qué frecuencia te tropezabas con alguien dos veces de forma tan casual?

Solo pensar en ella me hacía sentir entusiasmado por ir al trabajo en lugar de temerlo. Habría dicho que era mi amuleto de la suerte, pero después de haberle pedido que hiciera una visita conmigo y recibir su rechazo de manera tan obvia, me di cuenta de que nunca llegaría a nada con ella. Pero la libertad de saber que una mujer podía despertar mi alma como lo había hecho Kate me daba esperanza para el futuro. Si no era Rose, seguro que sería otra persona. Por fin me sentía preparado para seguir adelante y empezar de nuevo, y tenía que agradecérselo a Rose. No era poca cosa.

Pulsé el botón de parada y la cinta desaceleró. Sin siquiera mirar de nuevo a la molesta emisión de noticias, me escabullí del gimnasio hacia los vestuarios. Me duché y me afeité, luego me vestí y recogí mis cosas. Paré en una cafetería de camino al hospital, y cuando llegué, encontré un sitio para aparcar cerca de la primera fila. Sentía que mi día ya pintaba mejor.

Mi equipo me recibió con algunas actualizaciones sobre los pacientes, y luego revisé mi lista de cirugías para ver cómo sería mi día. Como no tenía nada programado para esta mañana, comencé las rondas temprano. Llevé mi café conmigo junto con mi tableta y pasé por las habitaciones de mis pacientes.

Después de mi tercer paciente, aunque definitivamente no el menos importante, tuve que ir al servicio. Demasiado café significaba frecuentes visitas al baño por la mañana. Estaba doblando la esquina para dirigirme hacia los aseos cuando choqué con alguien que caminaba en dirección contraria. Se me cayó la tableta, derramé mi café y solté un taco tan fuerte que pensé que todo el piso podría oírlo. Lo peor de todo fue que la pobre enfermera se cayó por mi

culpa, aterrizando a solo unos centímetros del charco de brebaje tibio.

—Dios, lo siento —gruñí, sacudiéndome las pocas gotas de café de los pantalones del uniforme. Cuando la miré, sentí que mi pecho se contraía como si estuviera en el vacío—. ¿Rose?

Ella se rio y se incorporó por sí misma, y me sentí como un idiota.

—Vaya, si vas a seguir chocándote conmigo, voy a tener que empezar a llevar casco —se agachó para recoger mi tableta y me la entregó.

—Dios, lo siento mucho. No estaba mirando por dónde iba. Tenía prisa —. Por suerte, la tableta era bastante resistente. No se había agrietado ni astillado. La coloqué bajo mi brazo y suspiré.

—No pasa nada. Estoy de descanso y solo me había parado para ir al servicio —su pulgar señaló por encima de su hombro justo hacia donde yo me dirigía, y se cruzó de brazos—. Debería, eh... Avisaré al personal de limpieza para que limpie esto antes de que alguien se resbale.

—Oye, puedo hacerlo yo... —miré alrededor y vi a uno de los técnicos empujando un cubo con fregona en esta dirección. Ya era hora de fregar, de todos modos. Solo les di el punto de partida. Cuando me volví hacia Rose, me estaba sonriendo y no se había marchado. Recordé mi invitación para mostrarle el lugar y cómo se había resistido, para luego retractarse con una disculpa.

—Parece que el destino ha decretado que sigamos tropezándonos —literalmente —se rio un poco y resopló, lo que me hizo reír.

—Pensaba lo mismo... Quizás realmente se supone que debo mostrarte el hospital y darte una visita guiada —ladeé la cabeza, y ella pareció complacida con la idea.

—Sí, claro. Tengo tiempo que matar. ¿Por qué no? —Rose se apartó cuando se acercó el técnico—. Disculpa por esto —le dijo, y me sentí

mal por haber causado el desastre.

—Solo déjame vaciar la vejiga y estaremos listos —la dejé observando cómo fregaban el suelo y fui al baño. Después de lavarme las manos, regresé y la encontré de pie casi en el mismo sitio.

Se unió a mí y comencé la visita. La llevé por todas las alas del hospital, incluida la administrativa. Hizo muchas preguntas, y le presenté a algunas enfermeras y médicos por el camino, y cuando nos quedaba poco tiempo de su descanso, nos dirigimos de vuelta hacia su pasillo.

—Así que sabes mucho sobre Twin Peaks y el personal —tenía las manos en los bolsillos de su pijama mientras caminaba junto a mí, sonriéndome. Realmente era impresionante, una obra de arte. Su hermosa sonrisa se acentuaba con hoyuelos, y el grupo de pecas a lo largo del puente de su nariz era tan tenue que casi lo pasé por alto, pero me gustaban.

—Sí, bueno, llevo aquí bastante tiempo. Simplemente sé que es difícil establecerse en un lugar nuevo, y quería enseñarte las cuerdas, ayudarte a hacer algunos amigos. —Hacer pasar esto como un gesto amistoso era la mejor manera de tantear el terreno. Si ella no estaba interesada en nada más, sería la mejor forma de poder retirarme sin hacerla sentir mal.

—Te lo agradezco... Siendo sincera, tener relaciones personales con compañeros de trabajo es como la pesadilla de mi existencia. En el último lugar donde trabajé, solo llevó a muchísimo drama. Los amigos acaban apuñalándote por la espalda, y simplemente no me interesa. Soy más bien introvertida en ese aspecto. Quiero mantener mi vida personal privada. Que la gente del trabajo conozca mis cosas no me parece buena idea.

Escuché e intenté leer entre líneas. No es que fuera contraria a las relaciones en el trabajo, más bien que la habían herido. —¿Así que nunca considerarías una relación con un compañero de trabajo? —

pregunté, solo insinuándolo. Intenté que sonara como una amistad con alguien conocido, pero la sonrisa en sus labios cuando respondió hizo que mi pecho se hinchara un poco.

—Supongo que dependería de la persona y del tipo de relación.

Realmente empezaba a disfrutar hablando con Rose, y esta era la tercera vez que conectábamos de forma casual. No podía ser una coincidencia. Sin mencionar que a ninguno de los dos nos gustaba que se hablara de nuestras vidas personales en el trabajo. Estaba seguro de que eso era algo que tenía en común con mucha gente, pero tenerlo en común con ella se sentía como algo importante.

—Bueno, aquí estoy —dijo, señalando la estación de enfermería del cuarto piso.

Quería invitarla a un café o algo así, pero mi lengua se congeló. Pensé en Kate y en cómo se sentiría. Pensé en seguir adelante y lo que significaría y cómo me sentía preparado, pero seguía sin ser muy optimista. Luego pensé en el escándalo y me pregunté qué pensaría Rose de mí si supiera que era ese doctor. Y antes de que pudiera formar una frase, ella extendió su mano para un apretón.

—Gracias, Dr. Hastings, por la visita de bienvenida con tres semanas de retraso —se rio y me estrechó la mano, y yo asentí.

—Llámame Cole, y de nada. Espero que nos tropecemos de nuevo pronto —No pretendía que fuera un juego de palabras, pero ella se rio y resopló otra vez. Era lo más adorable del mundo. Me encantaba.

—Deja que primero invierta en un casco, tal vez también en unas rodilleras —volvió a resoplar, y me encontré riendo con ella.

—Bueno, date prisa. Podría ser mañana —retrocedí, deseando haber tenido el valor de invitarla a salir, pero mi mente, aunque parecía lista para seguir adelante, necesitaba un poco más de tiempo para procesar las cosas. Quizás la próxima vez que la viera sería el momento adecuado.

ROSE

Mis pies golpeaban el hormigón mientras corría por los sinuosos senderos del parque. Era un día precioso, aunque un poco más caluroso de lo que me gustaba para esa mañana. Llevaba unos pantalones cortos de licra y una camiseta de tirantes. Me había recogido el pelo en una coleta y tenía puestos los auriculares, escuchando música.

Estaba arrepintiéndome de mi elección musical cuando el ritmo se aceleró y me encontré corriendo más rápido de lo que quería. Suspirando, me quité los auriculares y reduje el ritmo. A este paso, no tendría energía para hacer yoga, y mucho menos para limpiar después. Mis pensamientos se desviaron hacia lo que necesitaba hacer mañana: hacer la compra, limpiar el piso, la colada, llamar a mamá, yoga con Alana.

Mentalmente añadía cosas a mi lista mientras pasaba corriendo junto a una pareja que paseaba a su perro. Me sonrieron y me saludaron con la mano, y yo les devolví una pequeña sonrisa y continué mi camino. Tenía la sensación de que mi día de mañana iba a estar tan lleno como cualquier otro fin de semana. La única diferencia era que tenía algo que me mantenía motivada interiormente. Los lunes ya no parecían tan malos.

Después de tropezarme con el Dr. Hastings algunas veces más, estaba empezando a disfrutar de su presencia. Eso hacía que los

viernes parecieran un poco deprimentes. Si estaba en el trabajo, al menos existía la posibilidad de encontrármelo. Pero los fines de semana significaban estar lejos del hospital y del único lugar donde tenía garantizada una oportunidad.

Suspiré mientras me detenía cerca de un banco. Me senté, recuperando el aliento. Saqué el móvil de la banda que llevaba alrededor del bíceps y miré la hora. ¿Ya eran las 9:30? Casi había pasado una hora desde que salí de mi piso, pero se había sentido como minutos. Mi resistencia estaba aumentando realmente, y mi objetivo de correr una media maratón en otoño empezaba a vislumbrarse.

Con una sonrisa, me levanté y comencé mis estiramientos de enfriamiento. Mi cuerpo brillaba de sudor mientras me ponía de pie, con el pelo pegado a la frente y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Estiré los brazos y las piernas, sintiendo cómo los músculos se aflojaban y relajaban. Mi piel estaba caliente y húmeda, y una ligera brisa provocaba que se me pusiera la piel de gallina en los brazos.

Casi había terminado de estirar cuando algo chocó contra mí, y al darme la vuelta vi un balón de baloncesto rodando. Mi primer instinto fue mirar hacia arriba y a mi alrededor. Vi las canchas de baloncesto y supe que de allí había venido el balón, pero el atractivo y sonriente hombre que venía trotando hacia mí no lo registré hasta que vi esos deslumbrantes ojos azul claro.

—¿Dr. Hastings? —murmuré mientras me agachaba para recoger el balón. Estaba sudoroso, con el pecho brillando al sol por la transpiración, y la imagen me cortó la respiración. Era impresionante: abdominales marcados, pecho y abdomen musculosos y bien definidos, y esa barba de tres días me hacía la boca agua.

—Oh, hola, Rose... —Extendió las manos como esperando que le lanzara el balón. Estaba a unos metros de distancia, y yo me quedé paralizada como un ciervo deslumbrado por los faros. Al menos esta

vez no habíamos chocado físicamente, pero su balón me había golpeado.

—Eh, lo siento —murmuré, e intenté lanzarle el balón, pero tenía cero coordinación mano-ojo y el balón rebotó antes de llegar a donde él estaba. Me guiñó un ojo y se agachó para recogerlo, luego se dio la vuelta y volvió trotando a la cancha.

Antes de tropezarme con él, mi plan había sido ir a casa y hacer yoga, pero verlo aquí me hacía sentir eufórica. Me quedé allí mirándolo jugar al baloncesto con otro médico que reconocí del trabajo. Luego mis piernas empezaron a cansarse por la larga carrera, así que me senté en el banco.

No podía apartar la mirada del Dr. Hastings mientras jugaba al baloncesto con su colega. Sus habilidades atléticas y su físico tonificado eran hipnotizantes de ver. La imagen de él haciendo un tiro perfecto y dedicándome un pequeño baile de victoria hizo que mi corazón se acelerara.

Me senté en el banco, tratando de recuperar el aliento de la carrera y también intentando no parecer demasiado obvia en mi mirada. Pero cada vez que me miraba, sentía que mis mejillas se sonrojaban de vergüenza. Era demasiado guapo para su propio bien, y no era justo que además tuviera que ser tan amable.

Tuve que recordarme a mí misma que era un compañero de trabajo y que nunca pasaría nada entre nosotros. También me recordé lo complicadas que podían ser las relaciones y cómo Alana solo me sermonearía sobre poner en peligro mi situación laboral, de la que ella dependía. Tenía que pagar mi parte del alquiler, y eso sería imposible si no tuviera trabajo porque me hubiera metido en líos en el trabajo, me hubieran pillado y me hubieran despedido.

Así que cuando me robaba miradas y me guiñaba el ojo varias veces, pensé en levantarme e irme. Permitirme disfrutar del espectáculo visual era una cosa, pero saber que estaba coqueteando conmigo mientras hacía ejercicio era otra. Ya parecía demasiado

interesado, aunque tenía que admitir que me gustaba. Aun así, los romances en el lugar de trabajo nunca funcionaban.

El balón rebotó fuera de la cancha de nuevo en mi dirección, y esta vez fue su amigo quien lo recuperó. Me sonrió y yo le hice un gesto con la cabeza, pero no era ni de lejos tan atractivo como el Dr. Hastings. Y aunque debería haberme levantado y vuelto a casa, estaba disfrutando demasiado viéndolos jugar como para moverme.

Pero cuando su partido terminó y chocaron las manos en el aire, sentí un poco de nervios en el pecho. Realmente quería que viniera a hablar conmigo y, al mismo tiempo, quería fundirme con el banco y desaparecer como si no hubiera estado mirándole durante más de quince minutos. Me gustaba demasiado, y tenía que ser obvio.

COLE

Con cada bote del balón de baloncesto, me sentía más vivo que nunca. Los ojos de Juan sobre mí, ardiendo con intensidad, alimentaban cada uno de mis movimientos. Podía sentir el sudor resbalando por mi frente mientras continuábamos nuestro acalorado partido de uno contra uno. El sol golpeaba implacablemente, pero no me importaba. Lo único que importaba era el balón en mis manos y el público de una persona que no parecía poder apartar la mirada de mí.

Rose estaba sentada en el banco observando, y sentí sus ojos sobre mí todo el tiempo. La casualidad de habernos encontrado de nuevo me dejaba completamente claro que algo estaba surgiendo entre nosotros. No pensé ni por un segundo que ella me hubiera rastreado. Sin embargo, creía en el destino, y las estrellas se estaban alineando entre nosotros.

Giré alrededor de él, fingiendo una entrada antes de echarme atrás y encestar un triple. —Punto de partido —jadeé, con el pecho agitado por el esfuerzo, pero con la adrenalina corriendo por mis venas. La mandíbula de Juan se tensó con determinación mientras tomaba el balón y lo subía por la cancha. Sabía que tenía que dar lo mejor de mí si quería irme con la victoria.

Me preparé en defensa, reflejando cada uno de sus movimientos mientras zigzagueaba por la cancha. Con solo unos segundos

restantes en el reloj imaginario, Juan hizo un doble amago, tratando de engañarme. No caí en la trampa, manteniéndome firme y estirándome para apartar el balón en el último segundo. El balón voló por el aire y aterrizó en el regazo de Rose, quien lo atrapó hábilmente con una sonrisa.

—Bueno, parece que he ganado —dije, limpiándome el sudor de la frente mientras me acercaba para reclamar mi premio, un puñetazo en el hombro de Juan. —¿Revancha? —preguntó, extendiendo una mano para un apretón amistoso.

—Quizás la próxima vez —respondí antes de volver a centrar mi atención en Rose. Ella seguía allí, todavía mirándome, y ahora sostenía mi balón como si estuviera esperando a que fuera a recuperarlo. Aparté la mirada de Rose mientras seguía a Juan hasta el banco donde teníamos nuestras bolsas de deporte y botellas de agua. Él estaba jadeando por aire y yo fingía no estar sin aliento.

—Entonces, ¿vas a invitarla a salir o qué? —resopló, empujando una botella de agua contra mi pecho. La cogí y di un largo trago del frío y refrescante líquido antes de responder.

—No lo sé, tío —dije, fingiendo indiferencia aunque mi corazón latía aceleradamente—. Hace tiempo que no hago esto de salir con alguien. —No mencioné que Rose era la primera persona que llamaba mi atención en bastante tiempo, no desde antes del accidente que había cambiado mi vida para siempre.

Juan me lanzó una mirada de complicidad mientras sacaba una toalla de su bolsa y se secaba el sudor de la frente. —Estás dándole largas, tío. Ve a hablar con ella de una vez. En el peor de los casos, te rechaza y no estarás peor de lo que estás ahora.

Miré a Rose, que seguía observándonos atentamente, con una sonrisa tímida en los labios mientras botaba el balón de baloncesto entre sus piernas. Respiré profundamente, tratando de calmar mis nervios. Juan tenía razón. No tenía nada que perder... excepto mi corazón. Ese era todavía un miedo irracional que tenía, que cualquier

mujer a la que permitiera acercarse a mí en el futuro me sería arrebatada como lo fue Kate. Luego pensé en la obvia diferencia de edad y por qué una mujer de la edad de Rose querría salir en serio con un hombre de mi edad cuando podría tener a alguien más cercano a su edad que estaría a su lado mucho más tiempo que yo.

—Sí, es que no lo sé —le dije, pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que el destino me había enviado a Rose, o quizás había sido Kate.

—No puedo seguir el ritmo del zorro plateado, supongo. Tengo que irme, tío. Nos vemos el lunes. —Juan me dio uno de sus extraños apretones de manos con puño, y asentí.

—Hasta luego —dije mientras se colgaba la bolsa al hombro y se marchaba. Luego me reí de su apodo para mí y me pasé una mano por el pelo empapado de sudor. Cogí mi propia bolsa y me la colgué del hombro, luego empecé a caminar hacia donde estaba sentada Rose. Ella sostenía mi balón bajo el brazo y se levantó, sonriéndome con picardía mientras me detenía frente a ella.

—Buen partido —dijo, lanzándome el balón un poco más precisamente esta vez. Lo atrapé y lo coloqué entre mi codo y la cadera, sonriéndole.

—¿Tengo una fan? —Noté que sus ojos recorrían mi piel sudorosa y luego volvían a mi cara. No podía ocultar la atracción. Lo vi en sus ojos.

—No eres Michael Jordan, pero me has entretenido. —Rose metió su teléfono en una banda para el brazo sujeta a su bíceps derecho, y aproveché el momento para admirar que ella también estaba un poco sudada. La había visto llegar corriendo y empezar a estirarse, aunque no supe que era ella hasta que Jordan perdió el control del balón y tuve que perseguirlo hasta aquí la primera vez.

—¿Saliste a correr? —pregunté, fijándome en sus zapatillas. Estaba en muy buena forma, y esas mallas le quedaban increíbles. Era tan

diferente ver sus curvas en algo ajustado en lugar de en los holgados uniformes de enfermera.

—Eh, sí... estoy entrenando para correr una media maratón en otoño. —Se colocó un mechón rebelde de pelo detrás de la oreja y me sonrió—. Eres bastante bueno en el baloncesto. ¿Jugaste en la universidad? —Pestañeó y sus ojos se movieron hacia abajo de nuevo. Era como si no pudiera dejar de admirar mi cuerpo. Me cuidaba y me aseguraba de mantenerme en buena forma.

—No, en realidad no. Jugué un poco en el instituto, pero mi pasión en la universidad fue solo la medicina. —Y Kate... pero no iba a mencionar eso ahora. No cuando finalmente estábamos formando una verdadera conexión—. Oye, ¿te gustaría ir al otro lado de la calle a esa nueva tienda de batidos y tomar un batido de proteínas? —Levanté las cejas y su sonrisa se iluminó.

—Me encantaría. —Se encogió ligeramente de hombros y comenzó a caminar a mi lado.

Cruzamos la calle, saqué mi cartera y pagué dos batidos de proteínas de plátano, y nos sentamos en un banco a la sombra viendo pasar los coches entre nosotros y el parque. Observé cómo sus labios rodeaban la pajita y el batido ascendía hasta su boca, y ella sonrió.

—Está buenísimo. —Su cara se iluminó, y yo sonreí.

—Sabía que te gustaría. Vengo aquí casi todos los sábados de abril a septiembre. Juan y yo jugamos al baloncesto o salimos a correr. A veces, también hacemos un poco de cross fit. —Sorbí mi propio batido mientras ella asentía y tragaba un enorme sorbo.

—Aunque llevo poco tiempo por aquí, este parque es mi favorito. Tengo que cruzar toda la ciudad para llegar, pero vale la pena. Ningún otro parque tiene senderos como estos para correr. —Suspiró feliz—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Denver?

—Oh, vaya, crecí aquí. Soy un anciano —bromeé, y ella soltó una risita.

—¿Es por eso que Juan te llamó el zorro plateado? —Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios y continuó—. ¿O fue un apodo que te pusieron otras mujeres por lo guapo que eres? —Rose era una experta natural en esto, lo que me hacía sentir un poco inadecuado. Llevaba tanto tiempo fuera del juego de las citas que ni siquiera sabía cómo coqueteaba la gente hoy en día. Estaba claro que ella dominaba esta conversación, lo que no me importaba.

—Supongo que podría ser cualquiera de las dos cosas. —Chupé mi pajita y me di cuenta de mi obvio fracaso al intentar insinuar algo. Así que mientras ella disfrutaba de un sorbo de su batido, continué —. Quiero decir, Juan me llama así porque le dije que me parecías atractiva, así que cree que hay algo entre nosotros.

Un notable rubor se extendió por sus mejillas y bajó la mirada hacia su vaso. La bebida de tono rosado se arremolinaba dentro mientras lo inclinaba de un lado a otro, y yo disfruté de ese pequeño momento de vergüenza que la invadía. Luego levantó la mirada y encontró la mía con una expresión tan seria y audaz que me sentí desprevenido.

—¿Te parezco atractiva? —Su lengua recorrió su labio inferior, y la observé. Me pregunté a qué sabría el batido directamente de su labio.

—Pensé que era obvio, y lo siento si no lo fue... Eh, ¿te gustaría cenar conmigo algún día?

Realmente me estaba exponiendo al lanzarme así. No sabía si ella estaba interesada en mí. Que me viera jugar al baloncesto sin camiseta y se uniera a mí para tomar un batido no significaba que quisiera salir conmigo.

—Eh, bueno, trabajamos juntos... —Sus palabras quedaron suspendidas entre nosotros, y recordé que había dicho algo sobre

que las relaciones con compañeros de trabajo se volvían complicadas, lo que entendía. Pero no es que estuviéramos trabajando codo con codo.

—¿Es por lo de no querer relacionarte con compañeros de trabajo fuera del horario laboral? —Si nunca funcionara, no sería tan difícil evitarnos en el hospital.

—En realidad, no. ¿No hay una política de no confraternización en el trabajo? —Entrecerró los ojos mientras sorbía su pajita, y yo me encogí de hombros.

—No creo que importe tanto si no estamos en el mismo departamento, pero lo entiendo. Yo no estoy preocupado, pero comprendo si te resulta demasiado incómodo. —El viento se iba desvaneciendo lentamente de mis velas, pero el movimiento negativo de su cabeza detuvo ese desinfle.

—Bueno, entonces no. Si tú no estás preocupado, yo tampoco lo estoy. Solo dime cuándo y dónde. Me encantaría cenar.

Rose me sonrió de nuevo y, finalmente, después de semanas de tira y afloja, había conseguido una cita con ella. Me interesaba ver adónde nos llevaría esto, incluso si no iba a ninguna parte. Había pasado tanto tiempo desde mi última cita que había olvidado cómo se sentía. Era una buena sensación, y esperaba que durara un tiempo.

ROSE

Estaba frente al espejo el lunes por la mañana cepillándome los dientes cuando Alana entró con su neceser. Había estado fuera todo el fin de semana, algo que olvidé cuando salí a correr el sábado por la mañana. Regresé a un apartamento vacío y recordé su viaje para ver a su madre durante el fin de semana. Llegó después de que me acostara anoche, y ni siquiera había tenido la oportunidad de contarle lo que sucedió en el parque.

—Buenos días —gruñó mientras dejaba caer su bolsa sobre la encimera del baño. Siempre nos turnábamos en el baño porque yo tenía que estar en el trabajo a las ocho y ella se despertaba a menos cuarto para prepararse para su propio trabajo.

—Buenos días —dije alegremente mientras escupía la pasta de dientes en el lavabo y abría el grifo.

Alana cogió una toalla del armario detrás de mí y la colocó sobre la tapa del inodoro antes de abrir el agua de la ducha. Luego me miró y dijo:

—Estás demasiado contenta para esta hora del día.

Me reí mientras enjuagaba mi cepillo de dientes y tomaba un poco de agua para enjuagarme la boca.

—Quizás sea porque tengo una cita próximamente... —Sonreí como una idiota y golpeé ligeramente el cepillo contra el borde del lavabo para quitar el agua.

—Venga ya, no me digas. —Su humor cambió un poco, pero seguía pareciendo malhumorada y cansada—. ¿Con quién? ¿Cuándo?

Coloqué mi cepillo de dientes en el soporte de cerámica y me apoyé en la encimera mirándola. Ella se cruzó de brazos y esperó a que le respondiera.

—¿Recuerdas a ese médico guapo del que te hablé, el que me ayudó con la batería del coche? —Recordé sus palabras de advertencia sobre trabajar con alguien con quien estaba saliendo, pero había apartado esos pensamientos. Si Cole no estaba preocupado por ello, ¿por qué debería estarlo yo?

—Espera. ¿Te ha pedido una cita? ¿Cuándo? No me dijiste nada el viernes. —Alana bostezó y percibí su aliento matutino, lo que me hizo estremecer.

—Estaba corriendo en el parque el sábado por la mañana cuando te fuiste, y me tropecé con él. —Me reí por lo que parecía ser ya nuestra costumbre. Me había tropezado con ese hombre más veces de lo humanamente posible—. Y déjame decirte que está realmente buenísimo cuando va sin camiseta. —Moví las cejas sugestivamente y ella negó con la cabeza. Su pelo estaba de punta en ángulos extraños y tenía un nido de rata en la parte posterior. Parecía que no había dormido bien.

—Bueno, ten cuidado. Como te dije, salir con un compañero de trabajo se vuelve complicado, cariño. No querrás pegarte un tiro en el pie justo cuando acabas de conseguir el trabajo. —No parecía entusiasmada con mi emoción, pero no iba a dejar que me desanimara.

—Estaré bien. Además, estamos en departamentos diferentes. —Retrocedí unos pasos y agarré el pomo de la puerta—. Ah, y he

gastado toda el agua caliente —confesé con una mueca mientras cerraba la puerta tras de mí, y ella gimió sonoramente.

Riéndome por lo bajo, me dirigí a la puerta principal donde usé mi móvil para comprobar la temperatura exterior. Opté por no llevar chaqueta esta mañana y cogí mis llaves y la cartera antes de salir. El sol estaba cálido esta mañana, y pensé en ir andando al trabajo, pero sabía lo cansada que estaría para cuando terminara mi turno, así que subí a mi coche y conduje hasta allí.

Cuando llegué a la planta, varias enfermeras estaban agrupadas alrededor del puesto de enfermería charlando. Normalmente, habría evitado cualquier cosa relacionada con ese caos, pero esta mañana estaba de muy buen humor y esperaba encontrarme con el Dr. Hastings. Me acerqué al grupo de cotillas con la esperanza de que alguna de ellas pudiera haberlo visto y me dijera dónde «tropezarme» con él de nuevo.

Una de las enfermeras que Cole me había presentado estaba con ellas, así que le sonreí y me hizo un gesto para que me acercara.

—Hola, Rose, encantada de verte de nuevo.

—Hola, Kiki, buenos días. ¿Ha visto usted al Dr. Hastings esta mañana? —Quería mantenerlo super casual. No quería que ninguna de ellas supiera que podría estar pasando algo entre nosotros por muchas razones, pero principalmente, no quería que Recursos Humanos se enterara y odiaba los cotilleos. Especialmente cuando eran sobre mí.

—No, no le he visto, pero vaya, me encantaría. —Se rio disimuladamente, y las otras enfermeras murmuraron su acuerdo mientras yo sonreía.

—¿Veo que el Dr. Zorro Plateado ha captado algunas miradas? —Bromeé, e instantáneamente, todas las mujeres se animaron y me miraron.

—Ese es un apodo pegadizo. Dr. Zorrito... —Kiki se rio y se abanicó —. Aunque está buenísimo, ¿verdad? Todas las solteras de aquí lo saben. Y chica, ¿le has visto sin camiseta? —Su mano se movió arriba y abajo frente a su cara como si estuviera en una playa sudando. Si alguien podía darme una mejor idea de cómo era realmente Cole Hastings, eran las personas con las que trabajaba. Pero obtener información de ellas sería complicado si no quería dar a entender que estaba surgiendo algo entre nosotros.

—No puedo decir que lo haya visto —les dije, mintiendo. Ese hombre estaba esculpido más perfectamente que Zeus, y solo pensar en su cuerpo perlado de sudor me hacía sentir unos grados más acalorada.

—Bueno, no te hagas ilusiones —dijo otra enfermera. Su placa decía *Jenn*, y dirigí mi atención hacia ella—. Es un gruñón, ni siquiera coquetea un poco. Demasiado profesional. —Jenn era un poco mayor que yo, pero llevaba un anillo en el dedo. ¿Qué hacía coqueteando con un hombre soltero estando casada? No era de extrañar que el Dr. Hastings no quisiera coquetear con ella.

—Oh, Jenn, sabes que eso no es cierto. —Kiki negó con la cabeza y me miró, inclinándose como si fuera a compartir un secreto indecente o algo así. Odiaba esto. Quería saber dónde estaba él, no todos los cotilleos. Por esto las amistades con compañeros de trabajo no eran buena idea—. Solo está de luto.

Alcé las cejas y dije:

—¿Qué?

—Sí, su mujer murió en un grave accidente de coche hace unos años y nunca ha vuelto a ser el mismo. Nos gusta coquetear con él y eso, pero creo que simplemente tiene el corazón roto. Ninguna mujer ha conseguido que se abra. No es probable que ocurra hasta que esté listo para seguir adelante. No ha salido con nadie que yo sepa desde que sucedió. Pero oye, podemos disfrutar del caramelo para la vista, si sabes a lo que me refiero. —Kiki me guiñó un ojo, y tuve que forzar una sonrisa.

De toda la información que podría haber descubierto esta mañana sobre Cole Hastings, esto ni siquiera estaba en mi radar. —Sé a lo que te refieres —le dije distraídamente, pero me alejé con esta nueva revelación en mente. Descubrir que la esposa del Dr. Hastings había muerto ayudaba a responder muchas preguntas que tenía.

Ahora tenía sentido por qué era tan atractivo pero seguía soltero. Por qué un médico rico y guapo no se había establecido bien entrados los cuarenta. Porque lo había hecho. Se había casado y ahora era viudo, y si lo que Kiki decía era cierto, yo era quien estaba ayudando a romper esa maldición. No sabía si eso era bueno o malo porque si él seguía de luto, tal vez tendría que competir con el recuerdo de su difunta esposa. No me desanimaba la idea de ir a cenar, pero me ayudaba a ver con más claridad en qué me estaba metiendo.

Utilicé un ordenador para registrar mi turno y revisé los historiales de mis primeros pacientes y lo que tenía que hacer, pero todo el tiempo estaba pensando en la cena con el Dr. Zorro Plateado. Kiki dijo que no se había abierto con nadie y me preguntaba qué significaba eso. Probablemente tenía muros tan altos alrededor de su corazón que era imposible llegar al verdadero él, pero si alguien podía ayudarle a bajar esos muros, sabía que yo podría.

Y el hecho de que me hubiera invitado a cenar —a una cita— significaba que probablemente se sentía listo para seguir adelante. Era una buena señal, pero no iba a darle demasiada importancia hasta que realmente fuéramos a cenar. Me alegraba mucho haber hablado con las enfermeras esta mañana. Sentía que me había preparado más para lo que estaba por venir, y eso me hacía aún más ansiosa por descubrir cuándo y dónde querría cenar.

El Dr. Cole Hastings, el zorro plateado de Twin Peaks, era un misterio que no podía esperar a resolver.

COLE

Rose estaba impresionante con el sencillo vestido negro que llevaba. Tenía el pelo recogido en un moño y llevaba un maquillaje ligero. Abrí la puerta del copiloto y ella entró y se abrochó el cinturón mientras yo cerraba tras ella. Estaba hecho un manojo de nervios. Salir con alguien era fácil cuando tenía dieciocho o veinte años. Ahora, con cuarenta, sentía que llevaba tanto tiempo fuera de juego que no sabía lo que estaba haciendo.

Me había atormentado toda la semana sobre dónde llevarla. Cuando intercambiamos números el lunes por la tarde, mencionó que su comida favorita era la italiana, pero sabía que la pasta podía ser un poco complicada y no quería que se sintiera incómoda comiendo y limpiándose la boca cada pocos minutos. Sin embargo, al final elegí un restaurante italiano, y ahora, la noche del viernes, estaba aquí recogiéndola.

Me subí al asiento del conductor, sintiéndome fuera de lugar, y arranqué el coche. Ella se sentó en silencio con su bolso de mano en el regazo. Sus dedos tamborileaban sobre sus rodillas y la radio zumbaba de fondo. No sabía cómo había pasado de ser un hombre educado y encantador a este torpe manojo de energía, pero así era. Ni siquiera sabía cómo romper el hielo.

Así que lo hizo ella.

—Estás muy guapo esta noche —el cumplido de Rose me hizo sentir como un bufón. Por supuesto que yo pensaba que ella estaba preciosa, así que ¿por qué no se lo había dicho?

—Eh, gracias... No estaba seguro de qué ponerme. Ha pasado mucho tiempo desde... —me sentí tonto por pensar siquiera en Kate o en mi pasado, o en salir con alguien.

—No pasa nada. Creo que has elegido un buen traje —la cálida sonrisa de Rose me tranquilizó, y agradecí su intento de hacerme sentir cómodo. Como mujer a finales de los veinte, probablemente salía de citas constantemente. Para ella esto era sencillo, y yo estaba sufriendo.

—Tú también estás muy guapa, Rose, y siento si parezco fuera de lugar o incómodo —mencionar a mi difunta esposa en la primera cita no parecía de buena educación, así que no dije nada, pero sentía el peso de ello. Era como si el fantasma de Kate estuviera flotando esta noche y no sabía si eso era bueno o malo, si debería estar haciendo esto, o si ella se molestaría.

—No pasa nada —Rose extendió la mano y me dio unas palmaditas en la rodilla—. Kiki me contó...

La miré, y la sonrisa comprensiva que tenía me trajo un toque de tristeza. Todo el mundo en el trabajo sabía lo que había pasado con Kate. Todos me habían visto derrumbarme e intentar reconstruirme. Era inevitable que alguien se lo contara a Rose de todos modos, así que no podía enfadarme por eso. Simplemente deseaba haber podido controlar esa narrativa.

Pero como todo lo demás en la vida, tenía control sobre muy poco. Eventualmente descubriría el error de la cirugía y lo que estaba pasando con la junta directiva, y cuando lo hiciera, podría empañar su opinión sobre mí, así que por ahora, solo quería dejar de lado cualquier cosa negativa y disfrutar de la noche.

—Si no te importa, preferiría no hablar de eso.

—Totalmente de acuerdo. De todas formas, estoy aquí por la comida —bromeó y sonreí.

Caímos en una charla natural sobre el restaurante italiano, y dado que ella solo se había mudado a Denver hacía unas semanas, me sentía bien por poder presentarle algo que sabía que le encantaría.

Llegamos al aparcamiento alrededor de las siete y cuarto y estacionamos. Le abrí la puerta, ella salió y puso su brazo alrededor del mío. La conduje al interior con sus dedos envolviendo mi bíceps, y ya me sentía más cómodo.

El anfitrión nos llevó a una mesa privada cerca del fondo de la sala y nos acomodamos. Pedí espaguetis y Rose pidió lasaña, y mientras esperábamos nuestra comida disfrutamos de los palitos de pan gratuitos.

—Bueno, cuéntame un poco más sobre ti. ¿Dónde te ves dentro de cinco años? —Había pasado tanto tiempo desde que tuve una relación con una mujer, que no sabía por dónde empezar, pero la compatibilidad parecía un paso inteligente. Si teníamos futuros radicalmente diferentes en mente, no sería inteligente seguir persiguiendo algo, sin importar lo preciosa que me pareciera.

—Honestamente —dijo sonriendo—, quizás saliendo con un doctor guapo... —la sonrisa pícara en sus labios me hizo reír, y le sonreí.

—Es justo... Así que, ¿saliendo con un doctor guapo y qué más? ¿Te gusta Denver? ¿Piensas quedarte aquí o tienes la mirada puesta en otro lugar? —Me gustaba su actitud coqueta. Definitivamente me estaba ayudando a relajarme un poco.

—Me encanta Denver, y no es solo por los doctores guapos —me guiñó un ojo y continuó—: Siempre he querido vivir aquí. Crecí en un pueblecito diminuto sin nada. Siempre quise ser una chica de ciudad, pero hasta que mi madre ya no esté con nosotros, no puedo mudarme muy lejos. Me gustaría viajar y ver el mundo, pero una vez que me establezca aquí, no creo que me vaya a mudar —Rose mojó

su palito de pan en una taza de salsa marinara y dio un mordisco, y yo ya me estaba sintiendo mejor con todo esto.

—Denver es mi hogar, nací y crecí aquí. Nunca me mudaré, pero a mí también me gusta la idea de viajar. Calculo que cuando me jubile, con suerte pronto, tendré suficiente energía para ver el mundo. No se me ocurre nada mejor que hacer con mis años dorados —le sonreí y cogí un palito de pan para masticar.

—Oh, vaya, sí. Quiero decir, no necesariamente quiero esperar hasta ser mayor, pero hay tantos lugares a los que quiero ir. Las pirámides, Grecia, la Gran Muralla... —tenía una mirada soñadora, y traté de no estremecerme cuando dijo la palabra "mayor". Esperaba que no fuera así como pensaba en mí. Sabía que mi pelo plateado hablaba mucho sobre mi edad, pero de ninguna manera era viejo todavía.

—Me encantaría ver lugares en Estados Unidos también. Quiero ir a Nueva York y escuchar tocar a la Filarmónica. Tengo algunas de sus grabaciones en vinilo —Realmente estaba sintiéndome a gusto con ella, y cuando sonrió ante mi comentario, noté un hoyuelo que no había visto antes. Era tan guapa que resultaba distraída.

—¡Ah! ¿A ti también te gusta la sinfonía? Te juro que podría sentarme a escuchar música sinfónica todo el día. Es tan relajante y calmante. No estaba muy metida en la orquesta cuando estaba en el instituto, pero ojalá mi madre hubiera tenido suficiente dinero para pagarme clases. Me habría encantado aprender a tocar el violín —Rose sonrió e inclinó la cabeza—. Parece que tenemos mucho en común.

—Así es... —La miré y tomé un respiro profundo y relajante. Esto no era tan incómodo o difícil como imaginaba que sería, pero quizás era por la compañía. Rose me estaba haciendo sentir cómodo, y agradecía que congeniáramos tan fácilmente.

—¿Y tus aficiones? —pregunté, y ella soltó una risita.

—¿Esto es un juego de las Veinte Preguntas? —Sus cejas se arquearon en el centro y se metió el último trozo de pan en la boca.

—Lo siento. Te dije que hace tiempo que no hago esto.

—No pasa nada... Eh, aficiones... Soy corredora, así que hago eso mucho. También me encantan las cafeterías, así que si conoces alguna buena con un ambiente decente, dímelo, por favor. Y ah, me encanta hornear. Si pasas mucho tiempo conmigo, tendrás que aumentar tu rutina de ejercicios o ganarás unos cuantos kilos.

Las cosas iban tan bien que ni siquiera nos dimos cuenta de que la cena no había llegado hasta cuarenta minutos después. Mientras comíamos, charlamos sobre el trabajo y cómo iban las cosas en el hospital. Surgió el tema de la actualización de las políticas del hospital y el cambio en los procedimientos de informes, y me puse tenso durante un rato. Agradecí que el camarero nos distrajera ofreciéndonos más panecillos y bebidas, y cambié de tema casi inmediatamente.

—Así que estaba pensando que podríamos ir a tomar algo después de terminar de comer, si te apetece.

Rose sonrió suavemente y asintió, luego dijo: —De acuerdo, pero yo elijo el sitio. Mi compañera de piso me habló de un lugar que quiero conocer, y me muero por ir. Ella está demasiado ocupada. ¿Qué piensas? ¿Has oído hablar del club Déjà Vu? —Había oído hablar de él y lo conocía bien. El problema era que no era en absoluto mi ambiente. Ya me estaba acercando al límite de edad para esas cosas, pero su sonrisa y la expresión en su cara eran tan esperanzadoras. ¿Cómo podía decirle que no?

—Sí, lo conozco, y sé exactamente dónde está —Así que había algunas cosas de ella que no encajaban perfectamente conmigo. Sabía que esas cosas cambiarían con el tiempo, de todos modos. En general, Rose y yo nos llevábamos tan bien que sabía que las pequeñas diferencias no importarían mucho, excepto quizás nuestra

diferencia de edad, y todavía teníamos tiempo para hablar de eso. Esta era solo la primera cita.

ROSE

La música estaba alta, pero el ambiente era increíble. Entramos en el club poco después de las nueve, y ya estaba abarrotado de hombres y mujeres bebiendo y bailando. La expresión en la cara de Cole mostraba un poco de aprensión, y al mirar alrededor, comprendí por qué. Todos en este lugar tenían mi edad o menos. Probablemente se sentía un poco fuera de lugar o incómodo, pero recordé lo que Kiki había dicho sobre su necesidad de abrirse, y sentí que esto le haría revivir sus años de citas.

—¿Quieres una copa? —grité por encima del estruendo de la música, y sus ojos destellaron con un toque de desesperación mientras asentía. Me reí mientras le tomaba de la mano y le arrastraba hasta la barra. Era un poco más tranquilo en este lado del club, lo que facilitaba oír al camarero y hacer nuestro pedido. Pedí un sex on the beach y Cole pidió una cerveza ligera, ante lo que puse los ojos en blanco.

Cuando tuvimos nuestras bebidas, nos acomodamos en los taburetes de la barra y las bebimos mientras nos adaptábamos al ambiente. Me giré hacia él, que estaba sentado con las rodillas separadas, escaneando con la mirada el club donde todo se movía al ritmo de la melodía palpitante y las luces intermitentes. Parecía realmente fuera de lugar con su corbata y su comportamiento rígido, y me pregunté cómo podría conseguir que se relajara un poco y se divirtiera.

—Entonces, ¿solías ir de clubes? Quiero decir... cuando salías con alguien? —Mi pregunta sonó un poco más torpe de lo que había planeado, pero Cole pareció agradecido por la distracción de su entorno. Las mujeres le miraban fijamente, y no de buena manera. Era fácilmente quince años mayor que la mayoría de los hombres de este lugar, pero siendo un zorro plateado tan atractivo, sentí que estaba presumiendo de qué buen partido era.

—No realmente... —Me sonrió, pero podía notar que no se sentía cómodo aquí—. Pero esto está bien. —Se llevó la cerveza a los labios y bebió profundamente, y decidí que era hora de hacer algo más para ayudarle a relajarse.

Cogí mi bebida y me la terminé de un trago, luego levanté mi vaso hacia el camarero y mostré dos dedos. —Es hora de divertirse —le dije a Cole, y me deslicé del taburete. No estaba exactamente vestida para ir de clubes, pero el pequeño vestido negro que llevaba era al menos fácil para moverme.

La música se animó, y me balanceé allí mismo, sin molestarme siquiera en unirme a los que estaban en la pista de baile divirtiéndose. Encontré un ritmo y puse todo mi cuerpo en ello, y Cole lo devoró con la mirada. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, haciendo contacto visual de vez en cuando, y cuando le di la espalda, sabiendo que sus ojos estaban en mi trasero, noté que algunas mujeres me miraban fijamente, así que bailé aún con más ganas.

Cuando el camarero trajo nuestras bebidas, le entregué una a Cole, quien me dio una expresión escéptica, y yo sonreí con picardía. —Bébetela sin más. Relájate un poco... vamos a divertirnos —le dije, pero me acerqué mucho para añadir—: No te arrepentirás. —Al alejarme, noté que su nuez subía y bajaba y sentí una oleada de atracción que recorría mi cuerpo, concentrándose en mi centro.

El alcohol ya me estaba afectando, haciéndome un poco más libre. Mis inhibiciones estaban desapareciendo mientras me terminaba mi segunda bebida y volvía a bailar para él. La canción cambió,

cambiando mi ritmo, pero no mi excitación. Cuanto más me miraba, más arriesgada me volvía hasta que le estaba tocando, acariciando su pecho y jugando con su corbata. Se la aflojé y la dejé colgar sobre sus hombros, luego desabroché los primeros botones de su camisa.

Cuando dejé que mi mano se deslizara sobre su entrepierna, vi un destello de hambre cruzar por su rostro y su mano envolvió mi muñeca mientras suavemente colocaba mi palma en su muslo. Así que no le gustaban las muestras de afecto en público, pero sabía que le estaba afectando. Con solo rozar su regazo fue suficiente para sentir el bulto allí. Estaba excitado.

Así que lo llevé más lejos.

Cole terminó su cerveza, y luego se bebió la copa de un trago, y yo me acerqué a él. Dejé que su rodilla se deslizara entre mis muslos y me froté contra su pierna, moviendo mis caderas en un movimiento serpentino mientras apoyaba ambas manos en sus hombros. Sus manos se curvaron alrededor de mis caderas y sus ojos miraron hacia mi pecho donde mi vestido se había deslizado ligeramente hacia abajo, exponiendo más mi escote.

Empezaba a estar borracha, y eso también me estaba excitando. Bloqueé a todos los demás en la sala y me concentré en su expresión, sin romper el contacto visual que mantenía con Cole hasta que él se inclinó hacia adelante y me susurró al oído: —¿Qué estás haciendo?

Sonreí y giré la cabeza para poder hablar directamente en su oído, luego le lamí el lóbulo de la oreja y le mordí suavemente antes de hablar. Su gruñido de aprobación me animó, así que dije: —Te estoy ayudando a relajarte. ¿Qué vas a hacer al respecto? —Mi pelvis cabalgó su muslo con más fuerza cuando levantó la pierna ligeramente, y podía notar que me estaba humedeciendo. Venir a este club había sido una idea excelente.

—Creo que deberíamos irnos —me dijo, y al principio pensé que sonaba molesto. Tragué saliva y retrocedí, pero su mano me mantuvo allí, a horcajadas sobre su muslo. Sus ojos recorrieron mi cuerpo otra vez y luego se posaron en mis labios. —Joder —susurró, pero no pude oírle. Solo pude leer sus labios.

¿Quería irse? Entonces nos iríamos, y no sabía adónde planeaba ir, pero incluso si era solo a su coche, esperaba que no tuviera intención de terminar nuestra noche.

Me aparté y él sacó su cartera y dejó unos cuantos billetes de veinte en la barra para pagar nuestras bebidas. Luego se levantó y puso su mano en la parte baja de mi espalda. Me dirigí hacia la puerta principal y él caminó detrás de mí. Estaba un poco nerviosa, pero su mano se deslizó sobre la curva de mi trasero y lo apretó, enviándome una descarga de emoción.

Cuando sus dedos encontraron el borde de mi falda y comenzó a subirla, miré por encima de mi hombro para ver qué tan cerca estaba. Nadie nos estaba observando. El cuerpo de Cole casi tocaba el mío, y sus dedos bailaban a lo largo del elástico de encaje de mis bragas.

Llegamos a la acera con una descarga de adrenalina, y el frío del aire refrescó significativamente mi piel. Me giré y caminé hacia atrás, y Cole se acercó a mí, sus manos aferrándose a mis caderas. Sus labios chocaron contra los míos, y coloqué mis brazos sobre sus hombros mientras su cuerpo se apretaba contra el mío. Continuamos moviéndonos por el lateral del edificio en la oscuridad, y sus manos palpaban cada centímetro de mi torso. Cuando finalmente salí a tomar aire, estábamos de pie entre dos coches aparcados.

—Eh, pues... —respiré, desesperada por besarle de nuevo.

—Mi coche —gruñó y continuó empujándome más hacia la oscuridad. Ahora había más coches en el aparcamiento y menos gente. Dejé que Cole me guiara entre los coches hacia la esquina oscura donde había aparcado debajo de una farola fundida. Abrió la

puerta trasera, y cuando iba a entrar, me tiró hacia atrás y subió él primero.

Le sonreí mientras subía tras él y cerraba la puerta, y mi vestido se arremolinó alrededor de mi cintura cuando levanté una pierna y me senté a horcajadas sobre él. Solo bajar sobre su regazo hizo que un escalofrío subiera por mi espalda, y un dolor comenzó en lo más bajo de mi entrepierna.

—¿De verdad quieres esto? —preguntó, con voz ronca de deseo. No sonaba dubitativo. Sonaba delirante de deseo por mí, y yo me sentía igual.

—Joder, sí —murmuré antes de aplastar mi boca contra la suya otra vez. Era un animal, agarrando mi cuerpo y tirándome con fuerza sobre su regazo. Su polla estaba completamente erecta ahora, solo esperando salir de aquellos pantalones de algodón para divertirse.

Me retorcí sobre su regazo, tratando de ponerme cómoda. Su mano se deslizó bajo mi falda y dentro de mis bragas, sus dedos penetrándome sin previo aviso. Gemí contra su boca ante la repentina intrusión, pero se sentía tan bien.

Sus dedos estaban por todas partes, tocando y acariciando, encontrando todos los puntos correctos. Mis caderas comenzaron a girar contra su tacto y contra su dureza que seguía atrapada entre nosotros. —Maldita sea —gemí contra su boca—. Te quiero ahora. — Mi centro palpitaba, anhelando que me penetrara. Sabía que el orgasmo sería intenso, y no podía llegar a él lo suficientemente rápido.

Sus manos viajaron por mis muslos y empujaron mi falda más arriba alrededor de mi cintura. Luego alcanzó su bragueta y desabrochó sus pantalones. Podía oír el sonido de su cremallera bajando en la oscuridad, y una oleada de desesperación me hizo gemir. Mis dedos se enredaron en su pelo, y sentí su mano moviéndose entre nosotros, sacando su miembro.

—Joder... —siseé cuando rozó el interior de mi muslo. Ni siquiera me había quitado las bragas aún, pero le quería dentro de mí. El alcohol hizo que mi cabeza diera vueltas y mi pecho palpitara, y traté de levantarme y quitarme la ropa interior de seda, pero Cole extendió la mano y enganchó un dedo alrededor de la entrepierna y la apartó a un lado.

Me hizo sisear sentir que me tocaba de nuevo, y me bajé ligeramente. Su polla se deslizó por mi entrada, revelando cuánta humedad había producido. Mi sexo también gritaba por ser tocado.

—Dios, Rose —respiró Cole, y me quedé suspendida allí, de rodillas justo encima de su polla mientras le besaba. De repente, quería que esto durara, sentir esta química y este chisporroteo durante todo el tiempo que pudiera.

—¿Te gusta esto? —le pregunté, mordiendo su labio inferior y moviendo mis caderas para que mi sexo provocara su glande. También me provocaba a mí misma, deslizándose muy suavemente a través de mi humedad, provocando el nudo de nervios justo dentro de mi entrada que quería sentir placer.

—No he sentido esto en décadas —gruñó, y agarró mi cadera y apretó. Su agarre era fuerte y desesperado. Sin duda, era intenso para él si yo también lo estaba sintiendo.

—¿Quieres que te provoque? —ronroneé, besando a lo largo de su mandíbula hasta su oreja. Su colonia invadió mis sentidos y olvidé cualquier sentido de decencia.

—Creo que ya lo has estado haciendo. —El pulgar de Cole se extendió y empujó bajo mis bragas y frotó mi clítoris, y me mordí el labio y gemí. Su tacto me volvía loca.

—Oh, Dios mío, estoy ardiendo —gemí. Mi necesidad de sentir su piel contra la mía era abrumadora, pero no quería desnudarme completamente. Las ventanas estaban empañadas, pero empezaba a estar realmente borracha, y no tenía idea de cómo se sentía él, pero

entre el vino en el restaurante y nuestras pocas copas aquí, probablemente ambos lo estábamos sintiendo.

—Sí, lo sé... quiero ese coño tuyo alrededor de mi polla, pero no quiero que termine rápido. —Me besó de nuevo, y arqueé mi cuello, dejando que besara desde mi cuello hasta mi esternón. Sus labios repartían besos calientes a lo largo de mi piel, y alcé la mano y tiré del frente de mi vestido hacia abajo, exponiendo mi pecho derecho y pezón, que él tomó ávidamente en su boca y mordisqueó.

—Joder —gruñí cuando chupó y giró sobre mi pezón mientras frotaba mi clítoris con su pulgar—. No quiero esperar más —le dije, y moví mis caderas con más fuerza. Cuando comencé a descender lentamente sobre su polla, gemí de placer. Era más grande de lo que esperaba que fuera—. Oh, Dios —gemí en la oscuridad mientras me llenaba—. Joder, joder, joder, se siente tan bien.

Cole colocó ambas manos en mi trasero y me tiró hacia abajo con más fuerza sobre él.

Jadeé ante la plenitud y luego me incliné hacia adelante, apoyando mis antebrazos en el asiento trasero mientras él empujaba hacia arriba dentro de mí. Mi sexo estaba tan apretado y caliente a su alrededor que cada vez que se movía, sentía como si me estuviera estirando más. Había pasado un tiempo desde que tuve sexo con alguien, y Cole se sentía tan bien dentro de mí que ni siquiera me importaban los dolores de estiramiento.

—Joder... —gemí, frotándome contra él—. Oh, Dios mío...

Sus dedos se clavaron en mis caderas y me atrajo aún más cerca, nuestros cuerpos chocando mientras nos mecíamos juntos en el asiento trasero. Su aliento era caliente en mi cuello, sus dientes mordisqueando mi piel mientras follábamos en la oscuridad.

—Necesito correrme... —gemí, moviéndome más fuerte contra él—. Oh, Dios mío, voy a correrme.

—Joder, sí —gruñó en mi oído y aceleró sus embestidas.

El calor se acumuló entre mis piernas, y gemí más fuerte mientras mi orgasmo explotaba a través de mi cuerpo como fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Mi sexo se apretó alrededor de su polla, y él gimió ruidosamente contra mi pecho. Sus dientes mordieron mi pezón de nuevo, intensificando el placer mientras convulsionaba y me estremecía. Fue glorioso y me hizo sentir eufórica.

El alcohol había hecho efecto por completo ahora, y mis ojos estaban pesados con relajación y deseo, y reclamé sus labios de nuevo para otro beso. El hambre de Cole continuaba mientras mi cuerpo empezaba a calmarse, y comencé a moverme contra él, encontrando el ritmo que él marcaba y balanceándome al compás de sus embestidas.

—Oh, joder... —gimió contra mi boca—. Me voy a...

Mordí su labio inferior y me balanceé con más fuerza, frotando mis caderas contra las suyas mientras él se corría. Su polla se estremeció dentro de mí, derramando su carga profundamente en mi interior, y gruñó con un rumor grave que hizo vibrar mi pecho.

—Vaya... —jadeó, derrumbándose contra el asiento.

Me desplomé contra su pecho, mis jadeos mezclándose con los suyos mientras nuestras respiraciones salían en bocanadas entrecortadas. Mi vestido estaba alrededor de mi cintura y mis bragas seguían apartadas a un lado alrededor de él. La polla de Cole aún estaba dentro de mí, y lo sentía palpitar, mis músculos contrayéndose a su alrededor.

—Caray —logré decir finalmente, levantando la cabeza y mirándole con ojos entrecerrados—. Eso fue...

—Increíble —terminó por mí, y me besó de nuevo. Esta vez, fue descuidado, húmedo y desordenado, pero no me importó. Me sentía tan mareada y adormilada que rodeé su cuello con mis brazos y apoyé mi frente en su hombro.

Su cabeza se reclinó hacia atrás en el reposacabezas y sus brazos me estrecharon contra él. Nunca sentí cuando se puso blando o si me apartó de su regazo. Antes de que las olas de placer cesaran, me había desmayado, ebria de alcohol y sexo, y totalmente a gusto en sus brazos.

COLE

Me senté fuera de la sala de juntas con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Acabábamos de pasar por una reunión muy intensa sobre la demanda pendiente contra el hospital, principalmente, aunque ahora buscaban un cabeza de turco. La dirección prefería hundir mi carrera individual antes que admitir su culpa, y ahora tenían a una enfermera dispuesta a testificar que sabía que el error había sido mío.

La rabia ni siquiera empezaba a describir lo que sentía y solo quería escapar. Pensé en la noche del viernes pasado cuando Rose se emborrachó un poco y me hizo aquel baile sensual. Todos en ese club eran quince años más jóvenes que yo y me sentía algo fuera de lugar, pero cuando ella empezó a bailar, me perdí en ella y nada más importaba.

También perdí un poco el control sobre mí mismo, dejándome llevar por la idea de que realmente me deseaba. Los dos estábamos ebrios y eso condujo a un sexo increíble en mi coche, después del cual ella se quedó dormida sobre mi pecho durante unos buenos treinta minutos antes de que yo me sintiera lo bastante sobrio para llevarla a casa. Me dio su dirección y la acompañé hasta la puerta. Su compañera de piso no parecía muy contenta de verla llegar completamente borracha, pero me comporté como un perfecto caballero una vez que me di cuenta de lo ebria que estaba.

También habíamos hablado varias veces esta semana, y aunque las cosas eran ligeramente incómodas dado que no podíamos hablar abiertamente sobre el sexo porque estábamos en el trabajo, ella no dio ninguna indicación de estar molesta conmigo. Fue un leve alivio para mi corazón saber que podían coexistir cosas buenas entre las malas hierbas del jardín que era mi vida.

—¿Dr. Hastings? —oí decir a una voz, y abrí los ojos para ver a mi representante de Recursos Humanos de pie junto a mí. No era tonto. Estas personas de RR.HH. nunca velaban por el individuo. No estaban empleados por una empresa externa diseñada para defender a los empleados como funcionaría un sindicato. Estaban empleados por el hospital y sus propietarios para defender los intereses de lo que era mejor para la organización. Me hacía odiar todo lo relacionado con trabajar para una entidad tan grande ahora que estaba bajo presión.

—Sí —dije, y me pasé una mano por la cara frotándome los ojos. Luego la miré mientras se sentaba en el asiento a mi lado.

La falda de lápiz azul que llevaba se subió por encima de sus rodillas mientras colocaba su portátil sobre el regazo y apoyaba las manos sobre él. Había estado en la reunión conmigo y escuchado todo lo que el consejo del hospital estaba diciendo sobre esta situación. Me habían obligado a dar testimonio detallando todo el procedimiento hasta intentar recordar de qué hablamos o si se contaron bromas. Juré que habían sobornado a esa enfermera para que dijera lo que dijo, que yo sabía sobre la comorbilidad del paciente y las interacciones medicamentosas. Pero nada de eso estaba en su historial hasta que el procedimiento terminó y él estaba en su habitación de recuperación.

—Dr. Hastings —comenzó, y miró nerviosamente a su alrededor—, no estoy aquí en misión oficial de Premier Health. —Esto era interesante. Parecía nerviosa por hablar conmigo, y si estaba nerviosa, no era porque yo fuera una amenaza. Era porque estaba asumiendo un riesgo.

—¿Entonces por qué está aquí? —Estaba demasiado malhumorado para lidiar con dramas o rumores. El que me echaran a los leones era una maldita injusticia. No merecía que hundieran mi carrera porque alguien de la administración no cumplió con su responsabilidad y un paciente resultó herido. El hospital no quería que la demanda recayera sobre ellos, y estaban buscando formas de hacer que fuera culpa de otra persona para distanciarse del error que era claramente su responsabilidad corregir.

—Solo quería decirle que creo que lo que le están haciendo es una auténtica mierda. —Apretó los labios y vi cómo se le dilataban las fosas nasales. Escuchar eso fue una sorpresa, pero no cambiaba nada. Si yo no podía luchar contra ellos, ella tampoco. Simplemente la despedirían y la reemplazarían tan fácilmente como me estaban echando a mí.

—Ya te digo —gruñí, y volví a apoyar la cabeza contra la pared.

—Quiero decir, si lucha contra esto, podría ganar. Realmente existe un rastro documental que indica que otra persona no actualizó los archivos del paciente como debía. —Su voz se volvió tan baja que casi tuve que esforzarme para oírla. Giré la cabeza y entrecerré los ojos mirándola.

—¿Qué quiere decir? —Si el consejo estaba ocultando información en esta demanda que me exoneraría, me iba a enfurecer.

—Quiero decir que me pagan para protegerlos, pero creo que es repugnante. Usted no merece lo que le están haciendo, y creo que debería buscar representación legal antes de que le digan al paciente que su investigación le ha señalado a usted como culpable. —Su tono era tan bajo ahora que supe que tenía miedo de perder su trabajo por esto—. Y creo que debería hacerlo pronto.

Así que tenía al único ser humano decente que jamás había ocupado un puesto en RR.HH. defendiéndome por una vez, pero aún así parecía imposible. Tenía el dinero para luchar contra esto, pero Premier Health era una organización enorme. Twin Peaks era solo

uno de sus cientos de hospitales. Podrían enterrar esto fácilmente, indemnizar al paciente y hacer que desapareciera, pero querían que alguien cargara con la culpa en su lugar. No iban a rendirse sin luchar.

—Gracias por decírmelo... —Cerré los ojos de nuevo y suspiré. No tenía sentido involucrarla más en esto—. Debería irse antes de que alguno de los miembros del consejo la vea hablando conmigo y se dé cuenta de que está de mi lado. —Conocía personalmente a dos de los miembros del consejo: unos imbéciles prepotentes que definitivamente irían a por ella si la veían poniéndome al corriente.

—De acuerdo... Solo... lo siento —dijo con voz apresurada mientras se levantaba, se colocaba el portátil bajo el brazo y se alejaba. La vi escabullirse como un ratón de iglesia y suspiré.

Todo el asunto me cabreaba y me sentía impotente para luchar contra el gigante. Pero si ella pensaba que contratar a un abogado ayudaría, probablemente era buena idea. Sabía que no había hecho nada malo, pero este leve temblor en mi mano contaría una historia diferente. La junta lo descubriría y eso sería todo. Me despedirían sin dudarlo y me dejarían defenderme solo. Tal como estaba, ahora mismo, el equipo legal del hospital se estaba ocupando de las cosas, pero ni siquiera ellos estaban luchando por mí. Solo querían que la demanda desapareciera.

Llegué a mi despacho y me encerré. Las luces estaban apagadas, y las dejé así mientras me hundía en la silla de mi escritorio y pasaba ambas manos por mi pelo y luego por mi cara. Cada día que pasaba traía más malas noticias de ese frente y más desafíos mientras afrontaba cirugías con el temor de que mis temblores fueran notados y señalados, o peor, que cometiera un error real debido a ellos y lastimara a alguien.

Encontré una clínica en Kansas City, Misuri, que me haría las pruebas y diagnósticos discretamente. Estaba fuera de la red de Premier Health, y mis registros podrían sellarse allí y no compartirse con ninguno de mis proveedores de seguros o mis jefes aquí, pero

significaría hacer un corto viaje desde el trabajo. Eso solo plantearía preguntas, así que había estado dudando.

Estaba desgarrado. Sabía que necesitaba hacer lo correcto, pero con esta amenaza de demanda cerniéndose, parecía que lo correcto era lo difícil y destruiría mi carrera. Todo este ir y venir sentía que consumía mi tiempo y energía, y me sentía frustrado y distraído.

Hasta que pensé en Rose.

Cada vez que cruzaba por mi mente, me detenía para respirar profundamente y sonreír. Como un rayo de sol en medio de una tormenta, ella me traía paz y estabilidad en este caos. Pensar en la forma en que conectábamos y cómo me hacía sentir capaz y en control de nuevo me hacía desear hablar con ella y estar cerca de ella, y era un pequeño consuelo que necesitaba.

Me levanté y salí de mi despacho decidido a ir en su busca. Pero mi humor sombrío me acompañó. Caminé por la planta de oncología donde normalmente trabajaba, pero no estaba por allí. Así que pasé rápidamente por pediatría, donde también la había visto. Mi humor empeoraba por minutos, pero mantenía la esperanza de que, si la veía, aceptaría mi invitación para cenar juntos de nuevo.

Después de veinte minutos de búsqueda sin éxito, salí a la zona de descanso para empleados y me senté, y momentos después, Rose se me acercó. Llevaba un batido en la mano y su coleta se balanceaba detrás de ella.

—Hola, Cole —dijo, y aunque quería verla y hablar con ella, su tono alegre irritó mi ego magullado.

—Sí —gruñí, sin querer ser antipático con ella pero sin saber cómo cambiar mi humor.

—¿Está todo bien? —preguntó suavemente, y se sentó a mi lado. Olía bien y eso suavizó mi brusquedad, pero los pensamientos de la reunión de la junta seguían quemando mi conciencia.

—Eh, no realmente, pero simplemente no estoy de humor para hablar de ello. —Por el rabillo del ojo, vi cómo se estremecía y agachaba la cabeza.

—Lo siento, solo pensé... Eh, está bien. —Rose se levantó y me miró —. ¿Nos vemos luego?

Parecía herida, y me sentí culpable.

—Lo siento, esto no es culpa tuya. Es algo con lo que estoy lidiando ahora mismo. —Me puse de pie junto a ella, y sonrió de nuevo.

—Está bien. Entiendo...

—Estaba pensando en lo bien que fue la cena la semana pasada y quizás te gustaría repetirlo. —El consuelo de su presencia era lo que anhelaba. Echaba de menos tener a alguien a quien volver a casa y contarle mi día. Aunque no creía que pudiera o debiera abrirme sobre lo que estaba pasando, al menos la distracción de su dulce sonrisa y conversación me ayudaría a despejar la mente por un rato.

—Me encantaría... ¿El viernes por la noche? —preguntó, e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Suena bien. Realmente siento haber estado gruñón —le dije de nuevo, y ella me dio unas palmaditas en el brazo.

—Ve a correr un poco. Es lo que hago cuando estoy desanimada. —Rose se dio la vuelta y se alejó, y yo deseé que ya fuera viernes. Esconderme de mi realidad no era una buena estrategia de afrontamiento, pero al menos funcionaba durante un tiempo.

Ahora tenía que encontrar un abogado y descubrir cómo luchar contra este gigante, y tenía que hacer un plan para llegar a Kansas City y conseguir algo para ayudar con estos temblores antes de perderlo todo realmente. Ser despedido y quedar desempleado no era una buena imagen, y ninguna mujer querría salir conmigo entonces. Ni siquiera una potencia como Rose.

ROSE

Llevaba el peso de esa interacción con Cole sobre mis hombros mientras volvía al hospital después de mi descanso. Nunca le había visto tan irritable antes, pero sabía que todo el mundo tenía días malos de vez en cuando. Me resultó un poco desconcertante, pero no lo conocía del todo, solo lo poco que él había compartido y lo que Kiki me había contado. Ahora me preguntaba qué tipo de cosas podrían estar ocurriendo en su vida para ponerle tan gruñón y si había alguna forma de ayudarle.

Me dirigí al control de enfermería para registrar mi vuelta y les oí charlar sobre algo. Despertó mi interés y me sentí mal, pero escuché un poco.

—Bueno, ya sabes lo que viene después. Si esa demanda prospera, recortarán enfermería. De ninguna manera recortarán médicos. Simplemente esperarán que trabajemos más horas por el mismo sueldo y con menos manos para hacer el trabajo —dijo una de las enfermeras, una mujer desaliñada llamada Pam, que parecía disgustada. No sabía de qué demanda estaban hablando, pero escuchar eso sobre despedir enfermeras captó mi atención. No podía simplemente ignorarlo.

—¿Qué has dicho? —pregunté, girándome para coger un montón de historiales que tenía que archivar. La enfermera me miró, y también lo hizo la más joven. Fue entonces cuando odié mi propia política de

no hacer amistad con compañeros de trabajo. Intencionadamente no aprendía sus nombres para sentirme menos apegada. Ahora deseaba conocerlos.

La enfermera más joven, *Ginny*, según decía su placa, dijo:

—Oh, algún médico la ha fastidiado y hay una demanda por negligencia en marcha. Si demandan a Premier Health, habrá que pagar un precio muy alto. Nunca he lidiado con esto, pero Pam sí y...

—Y no es bonito —dijo Pam, interrumpiendo a Ginny. Frunció el ceño —. Tienen que sacar el dinero de algún sitio, y sabes que no detendrán sus investigaciones ni las pruebas caras que son innecesarias. Simplemente recortarán trabajadores. Los médicos son demasiado importantes, así que recortan enfermería y técnicos, y eso nos deja en apuros —No me gustaba su actitud negativa, pero estaba escuchando sus palabras.

—Vaya, sí. Eso no suena bien —Quería preguntar si sabían qué había pasado, pero sentí que eso rozaba el cotilleo. Si la administración del hospital quería que lo supiéramos, lo anunciarían. Hice una mueca y di un paso atrás—. Gracias... Eh, si eso ocurre, ¿a quién despiden primero?

—Bueno, no es como un despido —dijo Ginny—. Lo llaman reducción de personal, y simplemente te dejan sin trabajo. Serías libre para trabajar en otro lugar, pero no puedes cobrar el paro durante un año —Suspiró profundamente y negó con la cabeza.

—Eso es horrible —murmuré, y Pam continuó donde Ginny lo dejó.

—Sí, y los primeros contratados son los primeros en irse. Así que, suerte para mí, ya que llevo aquí veintidós años, me tocará hacer todo vuestro trabajo —Pam estaba proyectando su enfado por la política del hospital en mí porque yo era la nueva, y eso no me gustó nada. Pero algunas personas eran así de groseras.

Me di la vuelta y me alejé con este nuevo conocimiento, pero hizo que mis pasos fueran pesados.

Después del mal humor de Cole, me sentía aún más agobiada ahora. Sabía que no podía controlar el futuro y que no tenía sentido preocuparme por las cosas, pero necesitaba este trabajo. Enterarme de que estaban ocurriendo cosas en los niveles superiores que ponían en riesgo mi empleo me hizo sentir incómoda mientras archivaba los historiales y me dirigía hacia mi primera paciente.

Se llamaba Bethany, una chica de dieciséis años que ingresó con un fémur roto después de un partido de fútbol. Era alegre y llena de vida, y me encantaba pasar a verla. Entré en su habitación y estaba toda sonriente, sentada en la cama.

—Hola, Bethany, ¿cómo te sientes hoy? —Solo le quedaban unos días más y podría irse a casa. Pasaba sus días sola mientras sus padres trabajaban, pero venían para la cena por las tardes. Solo teníamos que adaptarle un andador y que pudiera moverse un poco por sí misma y ya estaría lista para irse.

—Oh, hola, Rose. Estoy mucho mejor. Cuando Ginny entró para ayudarme a ir al baño, solo usé la silla de ruedas, pero tengo muchas ganas de estar de pie otra vez —Me asombraba cómo esta chica adolescente se tomaba todo esto con calma. Había perdido la capacidad de practicar su deporte favorito durante su penúltimo año y seguía siendo positiva. Era un verdadero recordatorio para mí de que, sin importar lo que pasara, yo estaría bien.

—Eso es muy bueno. He oído que los de traumatología vendrán esta tarde para traerte diferentes tipos de andadores y muletas. Si sigues tu programa de rehabilitación, volverás a entrenar para el fútbol de nuevo en otoño. Aunque es una pena que te pierdas la liga de primavera —Me giré para comprobar su pulsera y luego la comparé con el ordenador para asegurarme de que estaba recibiendo sus analgésicos correctamente. Todo estaba en orden, pero ella era tan positiva todo el tiempo que simplemente me gustaba estar en su habitación.

—Oh, eso no es nada. Estaré bien para el último año. Los ojeadores vendrán a verme, estoy segura —Sonrió ampliamente y dijo—: Oye,

¿te importa traerme más de esa gelatina? Hoy tengo hambre.

—Por supuesto —le dije, sonriendo—. Ahora vuelvo. —Salí al pasillo y caminé hasta doblar la esquina hacia el puesto de enfermeras. Guardábamos vasos de gelatina en la nevera para los pacientes, así que entré a coger uno y, mientras estaba allí, oí que alguien silbaba por lo bajo. Asomé la cabeza, con el vaso de gelatina en la mano, y vi a Cole pasar caminando.

—Dios mío... El Dr. Zorro Plateado está que se sale hoy. Mira esa expresión pensativa. Es como un auténtico zorro acechando a su presa. —Pam movió las cejas sugestivamente, y Ginny se rió.

—Podría venir a acecharme a mí cualquier día. —Ginny soltó una risita y se abanicó. Los celos me oprimieron el pecho, y fruncí un poco el ceño. Tenían todo el derecho de mirarlo o hablar como quisieran, pero me dejaba molesta, considerando que yo estaba saliendo con él, pero no podíamos —o no deberíamos— decir nada.

Me quedé justo dentro de la puerta de la cocinita y las escuché hablar, odiando estar espiando pero incapaz de alejarme. No tenía ningún derecho sobre el Dr. Hastings. Era un hombre libre, pero por alguna razón, me sentía posesiva, como si me molestara que incluso lo mirasen.

—Oí que Hicks y Davidson fueron despedidos por liarse, Gin. Yo no me haría muchas ilusiones con el sexy zorro plateado. —Las palabras preventivas de Pam dirigidas a Ginny me golpearon en pleno pecho. Nunca había conocido a los dos empleados de los que hablaba, pero no pasó desapercibido que "se habían liado" y fueron despedidos por ello.

Cole dijo que estaríamos bien porque trabajábamos en departamentos diferentes, pero yo había tenido mis dudas. Las normas eran normas, y si el equipo de recursos humanos del hospital quería ponerse quisquilloso, podría hacerlo.

—Solo estaba fantaseando, Pam. —El tono de Ginny era juguetón y reprobatorio, pero noté el matiz de decepción en su voz.

Me preguntaba cuántas enfermeras habrían fantaseado con Cole y cuántas se lo habrían dicho. ¿Cuántas veces al día tendría que rechazar a posibles amantes para mantenerse fuera de problemas? Esa sensación no me gustaba nada.

—Solo te recuerdo que no te pases de la raya. Con el hospital bajo escrutinio, no es momento de ir por ahí como *Girls Gone Wild*. Si sabes a lo que me refiero.

Fruncí el ceño y tragué el nudo que tenía en la garganta mientras salía de la cocinita e ignoraba las miradas que Ginny y Pam me dirigieron. Me sentía en una montaña rusa emocional de un momento a otro, y quería parar y bajarme.

Volví con la gelatina a la habitación de Bethany, pero ahora era yo quien estaba taciturna. Pam tenía mucha razón. No solo era yo una de las últimas enfermeras contratadas recientemente, sino que también estaba caminando sobre hielo fino. Si el hospital empezaba a despedir enfermeras, no podía permitirme ser la primera en salir por la puerta. Bethany era alentadora con su espíritu, pero tenía dieciséis años. No tenía facturas que pagar. Estaba arriesgando mi carrera al esconderme con un compañero de trabajo.

Empecé a pensar que quizás no era una buena idea. Quizás si el hospital estaba al borde de importantes recortes, no debería ponerme una gran diana roja en la espalda. Pero la idea de decepcionar a Cole cuando estaba pasando por algo, y especialmente si lo que dijo Kiki era cierto sobre que él no se abría a nadie ni salía con nadie... me sentía atrapada.

Y esa no era una buena sensación.

COLE

Estaba de pie junto a mi cocina añadiendo sal y especias a la comida en la sartén. Rose se apoyaba contra la encimera de mi cocina con aspecto algo aprensivo. Esta vez había optado por una cena en casa en lugar de un restaurante para evitar que alguien del trabajo nos viera. Aunque no estaba exactamente nervioso por ese detalle en particular, sabía que ella estaba un poco reticente. Y con la presión sobre mi puesto en el trabajo, era buena idea seguir su ejemplo y ser cauteloso, como mínimo.

—Pareces estar de mejor humor esta noche —dijo, y suspiré, alejando algunos de mis pensamientos negativos. Había conseguido relajarme un poco desde el otro día cuando le pedí que cenara conmigo.

—Sí, ha sido una semana dura, pero ya ha terminado y ahora estás aquí. —Le sonreí cálidamente y volví a mi tarea. El salteado olía delicioso y estaba deseando empezar a comer, pero estaba disfrutando de la conversación con Rose mientras cocinaba.

—Seguro que es algo personal, pero estoy aquí si quieres hablar. —Se encogió de hombros, y la miré. Era amable por su parte ofrecerse, pero seguía preguntándome qué diría si supiera que yo era el médico que había cometido el error y puesto en riesgo a todo el personal de enfermería. Había rumores de que la administración empezaría a hacer recortes si la demanda seguía adelante.

—De verdad estoy bien, pero gracias por ofrecerte. —Mi mano tembló un poco mientras removía el plato con la cuchara de madera, y algo de grasa salpicó y aterrizó en mi brazo. Dejé caer la cuchara en la cocina y solté un grito de dolor, corriendo hacia el fregadero.

El agua fría alivió inmediatamente la pequeña quemadura, pero no hizo nada para enfriar la vergüenza que ardía en mi pecho. Sumergí mi mano bajo el chorro helado y me mordí el interior de la mejilla para sofocar el gruñido de rabia que sentía brotar.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? —preguntó, y allí estaba ella, sosteniendo mi mano, cuidándome como estaba entrenada para hacer—. Vaya, esto es de segundo grado. ¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? —preguntó, y sus ojos se encontraron con los míos. Me sentía tan estúpido.

—Eh, no —admití, y ella frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? —Sus ojos volvieron a examinar la herida, todavía bajo el chorro de agua.

—Soy un torpe —dije, forzando una risita. Eso ocultaba cómo me sentía realmente, como un completo desastre humano. Era cirujano. Se suponía que debía tener manos firmes, y aquí estaba, arruinando mi propia cena. ¿Cómo iba a mantener esto en secreto frente al personal de enfermería con el que trabajaba si estaba empeorando de esta manera?

Rose se rio y sacó mi mano del agua, presionando un paño de cocina sobre ella. Cogió el jabón de platos y frotó una pequeña cantidad sobre la herida, luego la enjuagó por mí. Cuando la secó por segunda vez dijo:

—¿Tiritas, al menos? —Alzó las cejas, y señalé con el pulgar por encima de mi hombro.

—En el botiquín del baño. Segunda puerta a la izquierda.

Corrió a buscar una tirita, y bajé el fuego de la sartén. Nunca me había sentido tan hundido en toda mi vida, y eso era mucho decir después de lo de Kate... La idea de que podría perder mi carrera por algo sobre lo que no tenía control era desgarradora. No sabía cómo mantenerme emocionalmente estable. Me sentía dividido entre meterme en la cama para no salir jamás y desatar mi furia, rompiendo cosas porque al menos así liberaría parte de esta energía.

Removí la comida en silencio, cavilando sobre cómo iba a conseguir el tratamiento que necesitaba. Con todo lo que estaba pasando en el trabajo, no estaba seguro de si debería tomarme tiempo libre ahora mismo. Tendría que tener una razón para salir de la ciudad durante el horario laboral, pero mis fines de semana también estaban ocupados ahora. Rose y yo estábamos estableciendo vínculos, y era cuando pasaba mi tiempo con ella.

Cuando volvió y me apartó de la cocina para ponerme la tirita en la mano, parecía triste. Me sentía mal por preocuparla así, pero mi instinto me decía que esa no era la única razón por la que se sentía abatida.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, y me arriesgué a sentarla en mi regazo. Ella rodeó perezosamente mis hombros con sus brazos mientras yo apagaba el fuego. Nos sentamos en la pequeña mesa del comedor de mi cocina-comedor, y sentí que se avecinaban malas noticias.

—Cole, estoy preocupada. Sé que dijiste que estamos en departamentos diferentes, así que la gente del trabajo nunca sospechará de nosotros, pero me preocupa que vernos pueda ser perjudicial para mi trabajo. Oí que otra pareja fue pillada "viviendo juntos", como me contó Pam. Los despidieron a ambos. —Se mordió el labio e hizo una mueca, y yo suspiré. La abracé con fuerza, sin querer soltarla.

Era la primera mujer desde Kate a la que había mirado dos veces, la única que había captado mi atención. Sí, era preciosa, pero no se trataba de eso. Rose era encantadora y divertida, y cuando sonreía,

iluminaba toda la habitación. Solo tenerla cerca me hacía sentir mejor.

—Creo que la mejor manera de mantener las cosas en secreto es hacerlas en secreto... —Mi mente empezó a maquinar ideas. Quería estar cerca de ella, y ella quería estar cerca de mí, eso creía. A pesar de su miedo, al menos. ¿Y si venía conmigo a Kansas City? Yo podría hacer mi tratamiento y enviarla a un día de spa. Nadie sabría adónde habíamos ido. Era nuestro fin de semana para planificar, y tendríamos tiempo juntos sin perder el ritmo. Además, sería completamente privado, manteniendo seguro su trabajo.

Ella entrecerró los ojos mirándome.

—¿Qué quieres decir?

Mi mano acarició su nalga y le sonreí. —Rose, no tienes ni idea del cambio que has traído a mi vida. Quiero ver adónde nos lleva esto, incluso si significa que tengamos que arriesgarnos. Puedo encontrar un nuevo trabajo. Están a diez por céntimo para un hombre como yo —. Esa frase hizo que la bilis me subiera por la garganta porque ahora mismo, esa parte no era exactamente cierta. Estaba caminando por una cuerda floja —. Pero una buena mujer es tan difícil de encontrar, una entre un millón.

Se emocionó un poco. —¿Crees que soy una entre un millón? —Su voz era tan suave, llena de emoción, que tuve que atraerla hacia mí para besarla.

—Honestamente, no lo creo... lo sé. No me hagas tener que suplicarte... —La besé de nuevo, y ella dejó que su mano subiera por la parte posterior de mi cabeza hasta mi pelo. Era una buena sensación tener a alguien en mis brazos otra vez, y estaba encantado de que la mujer en mi regazo fuera tan increíble como era. Todo lo demás que dije era cierto. Realmente quería ver adónde nos llevaba esto. Incluso si teníamos que hacerlo en privado.

—¿Qué quieres hacer, entonces? —preguntó cuando se apartó. Le apreté el trasero otra vez y lo pensé por un segundo.

—Bueno, no podemos exactamente follar en el armario de las escobas. Nos pillarían... —Rose se rio de nuevo, y continué—. Así que, ¿qué tal si nos vamos un fin de semana? Conozco un pequeño spa estupendo en Kansas City. Creo que te encantará.

El rostro de Rose se iluminó y me sonrió. —¿Quieres llevarme fuera un fin de semana?

—Sí, ¿por qué no? He estado buscando una excusa para escaparme un fin de semana. Creo que lo pasaremos genial —. La idea se asentaba en mí ahora, sintiéndose como la elección correcta. Podría hacerme el chequeo e iniciar el tratamiento, lo que me ayudaría al menos a quitarme el estrés de los temblores de encima, y ella y yo podríamos fortalecer nuestra relación, con suerte acabando con todos sus miedos.

En el fondo, sabía que era un poco egoísta, pero mi corazón anhelaba un poco de consuelo en medio de este estrés. Quería que ella fuera quien me reconfortara. Y sabía que había una chispa entre nosotros que no deberíamos ignorar.

—¿Quieres escabullirte conmigo como si fuéramos adolescentes evitando meterse en problemas? —La pregunta me habría molestado, excepto que podía notar que estaba disfrutando de esto por la sonrisa en su cara.

—Solo porque el sexo es tan increíble —dije, sonriendo.

—Oh, ¿te gusta mi sexo, eh? —La pequeña pícara estaba presionando todos los botones que tenía. Esta actuación sexy de hacerse de rogar tenía mi polla dura y palpitante, y quería acariciarla y ver cómo ella se tocaba.

—Sí, lo suficiente como para inclinarte sobre esta mesa ahora mismo —. Le apreté el trasero con fuerza otra vez, y ella se inclinó para besarme de nuevo. La cena se estaba enfriando, pero siempre podía

recalentarla. Esta idea de irnos juntos un fin de semana y finalmente poder ver a ese especialista en la clínica me hacía feliz.

—Oh, adelante, oblígame... —La forma en que me desafiaba solo me excitaba más. Me levanté, llevándola conmigo, y comencé a desnudarla instantáneamente. Su piel parecía encenderse bajo mis dedos, y hacía que mi polla palpitara.

Rose jadeó pero no me detuvo. De hecho, se excitó tanto como yo, besándome mientras arrancaba mi ropa.

—Sabes —dije, con voz profunda y ronca mientras deslizaba sus bragas por sus muslos—, quiero follarte en esta mesa.

—¿Sí? —dijo, con voz sin aliento mientras yo jugueteaba con su clítoris palpitante con mis dedos.

—Sí... Y en la encimera, y en el sofá... —La besé de nuevo con fuerza, y ella logró bajarme los pantalones de un empujón. Se deslizaron por mis piernas y me los quité mientras ella me sacaba la camisa por la cabeza. Mi polla estaba erecta, suplicando por su coño, y me pregunté cuánto duraría.

—Esto es más que solo sexo, ¿verdad? —Odiaba que se sintiera insegura sobre eso, así que me detuve y acuné su mejilla. Mis ojos escudriñaron su expresión. Nunca quería que se sintiera como un juguete.

—Pararé ahora mismo si quieres. Rose, quiero más que solo sexo contigo. Conocerte fue lo mejor que me ha pasado en años —. Sus ojos exploraron los míos, y guio mi mano de vuelta a su clítoris. Estaba empapada. Yo estaba tan cachondo.

—Entonces muéstrame lo agradecido que estás —. Sus labios se aplastaron contra los míos, y gruñí bajo en mi pecho mientras la besaba y le mordía el labio.

—Oh, te voy a mostrar lo agradecido que estoy —susurré contra su oreja antes de levantarla y acostarla en la mesa. Separé sus piernas

y me bajé a mis rodillas, sumergiéndome en sus pliegues. Sabía dulce como la nata y salada como el caramelo. Gemí contra ella, mi lengua lamiendo cada gota de su excitación.

Rose gimió, clavando sus uñas en mis hombros mientras continuaba provocándola sin piedad. Me encantaba lo mojada que se ponía para mí y cómo no intentaba ocultarlo.

—Oh, Dios, no puedo... —gimoteó.

—Sí, córrete para mí, Rose. Déjame saborear tu dulzura —dije contra su centro antes de chupar con fuerza su clítoris. Su espalda se arqueó sobre la mesa y jadeó de placer. Deslicé unos dedos dentro de ella y la provoqué un poco antes de comenzar a empujar. Me encantaba la forma en que se retorcía y gemía debajo de mí, todas palabras incoherentes y gemidos.

El orgasmo de Rose la atravesó como una ola gigante, y gruñó mi nombre mientras sus jugos inundaban mi boca. No me detuve, incluso cuando estaba exhausta, hasta que me apartó, jadeando por aire.

—Oh, Dios —jadeó—, me encanta cómo me comes.

—Mm-hmm —dije, lamiendo mis dedos para limpiarlos—. Sabes deliciosa —. Me puse de pie y me posicioné en su entrada—. Ahora, ¿estás lista para el plato principal?

—Oh, joder, sí —ronroneó Rose.

Me deslicé en su humedad caliente lenta y firmemente, saboreando cada centímetro de su estrechez. —Se siente tan bien —gemí, enterrándome profundamente dentro de ella.

—Me encanta cómo me llenas —gimió ella. Sus manos se aferraban a mis costados, las uñas clavándose en mi carne. Entraba y salía de ella con facilidad practicada. El ritmo que establecí era cómodo, y Rose se frotaba el clítoris mientras yo la follaba.

Me perdí en ella, besando, manoseando, amasando sus pechos. Ella jadeaba y gemía mi nombre, llevándose a sí misma hacia el clímax otra vez, y cuando se deshizo alrededor de mi polla, fue todo lo que pude hacer para contenerme. Sin condón significaba un riesgo, y ya habíamos hecho eso una vez. En el instante mismo en que sentí que mis testículos se contraían, me retiré, disparando chorros de semen blanco y viscoso en su estómago. Ella agarró mi polla y la acarició, exprimiendo las últimas gotas, antes de incorporarse y sonreírme.

—He trabajado y me ha dado hambre, Doctor. Quizás deberías alimentarme antes de mi examen. Voy a necesitar un chequeo completo —me guiñó un ojo y cogió la toalla de mano que había usado para limpiar mi quemadura y se limpió mi semen del estómago. Luego se deslizó de la mesa, me besó y lamió sus fluidos de mis labios, y después recogió su ropa y caminó hacia el baño.

No sabía qué había hecho para merecer a una minina tan salvaje, pero me encantaba. El sexo, la comodidad, la distracción... ella era todo lo que podría pedir y más. Y enfrentándome a la batalla de mi vida, necesitaba eso. Solo tenía que asegurarme de hacerla sentir segura y decirle un millón de veces que no podría hacer esto sin ella.

Porque sabía que no podría. Esto iba a desafiarme hasta la médula.

ROSE

Al sacar la colada de la secadora y meterla en un cesto, aún podía escuchar a Alana diciéndole a su novio, Rick, el tremendo error que estaba cometiendo. Fruncí el ceño, aunque se lo oculté para que no se enfadara conmigo. Se comportaba como si fuera mi madre, pero sabía que lo hacía desde el miedo.

Alana estaba convencida de que iba a meter la pata y perder mi trabajo. Me había costado tanto conseguir este empleo en la ciudad que pagaba lo suficiente para ayudar con el alquiler. Si lo perdía, había muchas posibilidades de que tuviera que buscar algo nuevo, lo que sería una tarea imposible. Podría conseguir un millón de trabajos, pero ninguno pagaría lo suficiente para permitirme vivir. Lo que significaría tener dos empleos, y conseguir dos trabajos con horarios compatibles también sería difícil.

Me arrepentía de habérselo contado. Se me escapó el miércoles por la noche mientras veíamos la tele. Estaba sentada junto a ella con una copa de vino mientras ella y Rick se besuqueaban. Cuando Cole me mandó un mensaje un poco subido de tono sobre este fin de semana, sonreí mirando el móvil y Alana me preguntó de qué se trataba. Prácticamente me lo sacaron a la fuerza. Era como si tuvieran esa habilidad mágica para saber lo que había pasado y acosarme con ello.

Recogí el cesto y lo llevé hacia mi habitación. Tenía que pasar por el salón y el sofá donde Alana estaba de nuevo sentada en el regazo de Rick, acurrucados y charlando. Deseaba que Cole y yo pudiéramos hacer lo mismo, pero dudaba mucho que un médico rico y exitoso quisiera venir a este minúsculo apartamento. Además, él tenía edad para tener una hipoteca y yo estaba luchando por empezar mi vida. Y lo último que necesitaba era que Alana le diese la tabarra sobre el decoro y nuestra diferencia de edad.

—Todavía no puedo creer que vayas a ir... —Su tono no era sermoneador ni pesado. Sonaba más a desilusión. Realmente pensaba que Cole solo me estaba utilizando para desahogarse, que solo era un mujeriego que no quería nada más que sexo conmigo. Nunca lograría quitarle esa idea de la cabeza—. Rose, necesitas protegerte. No sabes qué tipo de persona es.

—Está bien, Alana —dijo Rick, sonriéndome con suficiencia—. Deja que meta la pata y pierda su trabajo. Así habrá sitio para que yo me mude. Puedo ayudar con el alquiler.

Apreté los dientes en vez de responder, pero realmente me sacó de quicio con ese comentario. Estaba nerviosa porque podría convertirse en realidad, y el recordatorio me daban ganas de arremeter contra él. Sabía que la rabia no era mi emoción real. En el fondo solo tenía miedo y dudas sobre mis decisiones.

—No voy a perder mi trabajo. —Me giré para mirarles, conteniendo mi frustración—. Cole es un hombre encantador, y creo que realmente podríamos tener algo. —El hecho de que Alana y yo nos conociéramos desde hacía poco tiempo no se me había pasado por alto.

Conectamos enseguida cuando me mudé, pero quizás era una tonta por confiar realmente en ella. Sabía que tenía sus propios miedos y preocupaciones, pero sentía que no estaba pensando en cómo me sentiría yo en esta situación. Pero ella me conocía tan bien como yo a ella, así que tenía que ser comprensiva.

—Solo digo, Rose, que como vienes de un pueblo pequeño y eso, solo quiero que sepas que no todos los hombres son íntegros o tienen tus mejores intereses en mente. —La expresión de genuina preocupación hizo que asintiera educadamente, pero no detuvo mi frustración.

Me di la vuelta y llevé mi cesto de ropa a mi habitación, dejándolo a los pies de la cama. En mi opinión, Alana estaba siendo demasiado crítica. No conocía a Cole. Ni siquiera le había visto. Todo lo que sabía de él era que era un hombre mayor con buena apariencia y dinero.

Yo había visto su corazón. Había visto cómo se le escapaban las emociones cuando hablaba de su difunta esposa. Había visto cómo el estrés de la vida pesaba sobre sus hombros, y había visto cómo se le iluminaba la cara cuando me pidió que me fuera de fin de semana con él. Para mí, todas esas eran verdaderas señales positivas. Un hombre interesado en manipularme solo por sexo no se mostraría tan vulnerable.

Sin embargo, el punto que Rick señaló seguía molestando mi conciencia. Sabía que Cole había dicho que podíamos mantener nuestra relación en privado, pero me preocupaba que la gente del trabajo se enterase. El recuerdo de aquella pareja que despidieron por tener una relación secreta seguía inquietando mis nervios, poniéndome muy ansiosa. Sabía que había casi un cero por ciento de posibilidades de que alguien que conociéramos nos viera este fin de semana, pero no se trataba de este fin de semana.

Mi miedo era más sobre qué haría cuando volviéramos aquí a Denver y tuviéramos que esconder nuestra relación. ¿Cómo lidiaríamos o gestionaríamos el equilibrio entre trabajo y vida sin parecer excesivamente amigables o conectados? ¿Y era ese realmente el tipo de relación que quería tener? ¿Realmente quería tener que esconder al amor de mi vida de mis compañeros de trabajo, suponiendo que Cole y yo acabáramos enamorándonos de verdad?

Hice el equipaje mientras mi mente daba vueltas, y todavía tenía enormes dudas sobre todo esto cuando Cole me llamó. Vi el número y suspiré antes de contestar.

—Hola —dije, dejando que se notara mi verdadera anticipación en mi tono.

—¿Estás preparada y con todo empaquetado? —preguntó, y miré el despertador en mi mesita de noche. Eran casi las seis, la hora a la que dijo que vendría a recogerme. Teníamos que pasar el control de seguridad para embarcar en nuestro avión a las ocho. No estaba del todo lista, pero sabía que él tenía un trayecto de quince minutos hasta mi apartamento, así que tenía tiempo de meter unas cuantas cosas más en la bolsa y recogerme el pelo.

—Justo estoy terminando de hacer el equipaje. Puedes venir cuando quieras. —Mis pensamientos acelerados querían salir en un torrente de preguntas e inseguridades, pero los contuve.

—Genial. Dame unos minutos más y me pondré en camino. Estoy deseando pasar tiempo a solas contigo. No puedo esperar. —Cole sonaba tan feliz, y después de lo que Kiki me contó sobre que no se había abierto ni había dejado entrar a nadie desde la muerte de su esposa hace años, sabía que eso era algo bueno. Llenó mi corazón de auténtica alegría.

—Yo tampoco puedo esperar. —Me despedí y colgué, y toda mi perspectiva sobre este fin de semana cambió. Me gustaba Cole por mucho más que solo por cómo me hacía sentir sexualmente. Podíamos sentarnos a hablar de cualquier cosa y llevarnos bien. Tenía su vida organizada y era responsable y maduro, y sobre todo, teníamos mucho en común. Esto realmente podría llegar a ser algo importante, y no quería descartar el vínculo que estaba formando solo porque tenía miedo.

Metí algunas cosas más en mi maleta y la cerré. Luego fui al baño y me recogí el pelo en un moño despeinado y encontré algunas cosas

más que había olvidado. Este fin de semana iba a ser increíble, incluso si tenía que luchar contra mis propias dudas.

Cuando encuentras a alguien con quien realmente conectas, no debes huir porque las circunstancias no sean las adecuadas. Las relaciones se basan en el compromiso, la fidelidad, el esfuerzo y la promesa de superar todos los obstáculos en tu camino para hacer que las cosas funcionen y estar con esa persona. Si empezábamos esta relación con mi timidez, no auguraba nada bueno para la longevidad de las cosas.

Iba a hacer que este fin de semana fuera fantástico, y cuando volviéramos, decidiría si valía la pena el riesgo. Nunca lo sabría si no lo intentaba.

COLE

El restaurante resplandecía con esa clase de elegancia silenciosa que susurraba exclusividad. Una tenue luz ámbar se derramaba sobre las mesas pulidas y los profundos reservados de piel, y el leve tintineo de las copas de cristal subrayaba el murmullo de conversaciones en voz baja. El aroma de algo decadente —aceite de trufa, quizás— flotaba en el aire. Era el tipo de lugar donde incluso respirar se sentía como un lujo.

Rose caminaba un paso por delante de mí, su vestido rojo moviéndose como vino derramado bajo el tenue resplandor. Mi pulso se entrecortó cuando se giró, sus labios curvándose en una sonrisa que hacía que el calor ambiental de la habitación pareciera irrelevante.

—Cole, ¿siempre estás tan callado antes de comer, o es que este restaurante te está intimidando? —me provocó, con los ojos iluminados de picardía.

Me reí mientras le retiraba la silla.

—Solo estoy saboreando el momento. Y con eso me refiero a ti. El restaurante es solo el escenario.

Puso los ojos en blanco, pero no ocultó su sonrojo.

—Qué halagador.

Mientras me sentaba frente a ella, el camarero se deslizó hacia nosotros con las cartas, y capté mi reflejo en el espejo de la pared tras él. Parecía un hombre intentando no caer demasiado fuerte, demasiado rápido. El problema era que ya estaba perdido. Lo supe incluso antes de planear este fin de semana. Rose era peligrosa para mí porque significaba abrir mi corazón a la posibilidad de volver a sufrir. Pero amar significaba sufrir, y aun así quería correr el riesgo.

—Esto es realmente caro —dijo ella, mirando fijamente las grandes palabras impronunciables.

Me reí y admiré lo sincera que era. Su franqueza juvenil era vigorizante, recordándome cómo se sentía el amor joven. Yo no era tan joven como antes, pero ella me ayudaba a sentirme más juvenil.

—Solo di espaguetis —le dije, guiñándole un ojo. Rose soltó una risita y usó la carta para esconder su cara, dándome la oportunidad de revisar mi móvil.

Había vibrado cuando estábamos en el ascensor bajando a cenar. Lo ignoré entonces, eliminando el riesgo de que ella viera lo que decía, por si era un recordatorio de la clínica. Cuando saqué el móvil del bolsillo, nunca me había alegrado tanto de haber tomado esa decisión. El mensaje era un recordatorio sobre la cita y tuve que respirar hondo para mantener la calma.

Había estado nervioso toda la semana por esta cita. Sabía que podía ir en una de dos direcciones. O bien el médico iba a decir que podíamos usar medicamentos para ayudarme a revertir los síntomas y mantener el control de mi vida un poco más, o iba a decir que era el final de mi carrera. Nadie sabía por qué ocurrían temblores como este, aunque tenían algunos tratamientos. Solo esperaba que los temblores fueran realmente lo que yo pensaba y no algo peor como esclerosis múltiple o Parkinson.

—¿Quién es? —preguntó Rose, y ni siquiera me había dado cuenta de que me estaba observando mirar el móvil.

—Oh, solo un recordatorio para tu día de spa mañana —le sonreí y guardé el móvil.

Rose se iluminó. Apartó un mechón de su pelo castaño cálido de los hombros y me sonrió ampliamente.

—En realidad estoy muy emocionada por eso. Nunca me he dado el capricho de un día de spa.

—Pues, genial —dije, contento de tener algo de lo que hablar que mantuviera mi mente alejada de la cita. Nuestro camarero vino y nos trajo pan y tomó nuestros pedidos. Llenamos nuestras copas con vino y charlamos sobre los tratamientos disponibles en el spa. Rose estaba preocupada de que tomara demasiado tiempo y yo me aburriera, y le aseguré que tenía algo que hacer.

El camarero acababa de marcharse, y un destello de luz de las velas bailó en la superficie de mi vino mientras dejaba la copa. Frente a mí, Rose se reclinó en su silla, recorriendo con los dedos el tallo de su copa. La botella estaba entre nosotros, ya faltando lo suficiente como para saber que ella estaba saboreando el borde de la embriaguez.

—Lo diré yo —comenzó, con una sonrisa pícara en los labios—. ¿Este sitio? Demasiado elegante para mí.

Levanté una ceja.

—¿Demasiado elegante? Estás ahí sentada como si fueras la dueña.

Me dirigió una mirada escéptica, levantando su copa.

—Por favor. Probablemente me vieron entrar y pensaron: "Bueno, ahí se va el barrio".

Sonreí con suficiencia, apoyando la barbilla en una mano.

—En todo caso, están mejorando el barrio. Probablemente estén ahí atrás renombrando el especial de la casa por ti.

—¿Ah, sí? ¿El Especial Rose? —Giró su vino dramáticamente—. ¿Qué sería eso? ¿Una copa de esto y un plato de patatas fritas?

El camarero regresó con nuestros platos, colocando su salmón asado y mi filete con el tipo de precisión que me hizo preguntarme si tomaban una clase de geometría antes del entrenamiento de camareros. Los aromas de romero y mantequilla llenaron el aire.

—Las patatas fritas podrían desentonar un poco —dije mientras cogía mi tenedor—. Pero si alguien pudiera hacer que funcionara, esa eres tú.

Rose inclinó la cabeza, cortando su salmón con deliberado cuidado.

—Te estás pasando esta noche, Cole. ¿Es algo habitual en ti, o soy yo quien lo provoca?

Me encogí de hombros, cortando mi filete.

—¿Tú? Definitivamente tú. Y quizás el vino.

—Mmm —dijo, tomando un sorbo—. Buena respuesta. Me siento generosa, así que te lo permitiré.

La conversación fluía tan fácilmente como el vino. Rose, me di cuenta, era el tipo de persona que podía hacer que un debate sobre pan con mantequilla pareciera una forma de arte. Para cuando se sirvió la segunda copa, acababa de terminar de contar una desastrosa historia de un concurso de ortografía de su infancia que me tenía sonriendo tanto que me dolía la cara.

—Bien —dije, dejando el tenedor—, pero te has saltado la parte clave. ¿Te recuperaste y ganaste, o ese fue el fin de Rose, la Reina del Concurso de Ortografía?

Ella gimió, riendo. —¡Me eliminaron! Deletreé mal 'rhythm'. Todavía odio esa palabra.

—Es una palabra cruel. Letras silenciosas y traicioneras —dije con simpatía.

Levantó su copa, con los ojos brillantes. —Gracias. Por fin, alguien que comprende mi dolor.

Choqué mi copa contra la suya. —Por superar los traumas infantiles.

Rose soltó una risita, bebiendo de nuevo. Empezaba a relajarse, inclinándose hacia delante con el codo sobre la mesa, la barbilla apoyada en la mano. —¿Sabes? —dijo, con voz más suave—, estás muy mono cuando sonríes así.

Parpadeé, cogido por sorpresa, y ella se rio, disfrutando claramente de mi reacción. —Vamos, no te pongas tímido ahora —me provocó.

—No estoy tímido —dije, recuperándome rápidamente—. Solo intento averiguar si esto lo dice el vino o tú.

Se inclinó ligeramente, su mirada fijándose en la mía. —Soy yo. Pero el vino definitivamente me está animando.

Era adorable cuando se reía y se llenó la copa por tercera vez, y sentí que definitivamente iba a tener suerte esta noche. Continuamos hablando y coqueteando hasta que su plato quedó vacío, y también la botella. Cuando anunció que le apetecía tener intimidad conmigo, llamé a nuestro camarero y pagué la cuenta, luego la acompañé al ascensor.

En el momento en que las puertas del ascensor se cerraron, se me echó encima, su vestido rojo arremolinándose alrededor de sus muslos mientras envolvía sus piernas alrededor de mi cintura. No recordaba cuándo había estado tan excitado por una mujer, pero Rose era puro fuego en un vestido. La levanté y la presioné contra la pared, besándola como si mi vida dependiera de ello.

Sus labios eran suaves y dulces, pero debajo de ellos podía saborear el intenso deseo que coincidía con el mío. Sus manos se deslizaron bajo mi chaqueta y luego hacia los botones de mi camisa, desabrochándolos uno a uno mientras seguíamos besándonos en el espacio reducido. Cuando llegamos a nuestro piso, estaba sin aliento y listo para tomarla allí mismo contra la pared.

Pero el autocontrol ganó —apenas— y logré sacarla del ascensor y llevarla por el pasillo hasta la habitación. Forcejeé con la tarjeta, finalmente deslizándola en el lector y abriendo la puerta. Dentro, la cerré de una patada y no me molesté en encender las luces.

En el tenue resplandor del paisaje urbano fuera de mi ventana, la besé, con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta. La llevé a la cama y la tumbé, pero sus brazos ya no me buscaban con tanta avidez. Aún se aferraban a mí, y sus labios aún se movían contra los míos mientras me acostaba sobre ella y dejaba descansar mi peso sobre su cuerpo, pero podía notar que estaba demasiado ida. Había bebido demasiado y demasiado rápido, y tenía que hacer lo correcto por mucho que la deseara.

Me aparté y ella gimió, pero sabía que era la elección correcta. La giré de lado y le bajé la cremallera del vestido, y cuando empecé a bajarlo por sus curvas, ella atrajo mi cara hacia su pecho. La besé suavemente, succionando un pezón y volviéndome loco de deseo, pero la sentí quedarse dormida.

Le quité el vestido, dejé que sus zapatos cayeran al suelo. Luego le desabroché el collar, forcejeando con él varios minutos antes de finalmente quitárselo, y conseguí meterla bajo las sábanas. Cuando estuvo acomodada y roncando suavemente, me quité la ropa hasta quedar en calzoncillos, puse la alarma, bajé la calefacción a una temperatura cómoda para dormir, y volví a la cama para abrazarla.

Mi mente inmediatamente se dirigió a mi cita de mañana. Sabía que le llevaría unas horas a ella en el spa, y yo tenía una sesión de una hora con el especialista. Toda mi carrera dependía de ello y estaba genuinamente preocupado. Algunos dirían que estaba asustado. Se suponía que los hombres no debían asustarse en absoluto, debían ser fuertes y tener todo bajo control, pero la idea de perder mi capacidad para realizar cirugías no estaba en ninguno de mis planes futuros.

Solo esperaba poder mantener la compostura el tiempo suficiente para enviar a Rose a su día de spa. Me quedé allí pensando en qué

idiota era por arrastrarla a mi lío y cómo nunca me perdonaría si empeoraba su vida al hacerlo.

ROSE

El spa era todo lo que imaginaba que se sentiría el lujo... y más. Desde el momento en que crucé las puertas de cristal esmerilado, una ola de lavanda y eucalipto me dio la bienvenida, como si el aire mismo hubiera sido diseñado para exhalar mi estrés. La recepcionista, una mujer con voz suave y una placa que decía *Celeste*, me entregó un mullido albornoz blanco y unas zapatillas mientras me explicaba mi paquete deluxe con el tipo de cuidado que normalmente se reserva para desenvolver regalos delicados.

—Esto incluye un masaje corporal completo, un facial y acceso a la sala de relajación. Te va a encantar —dijo, con una sonrisa tan serena que me hizo preguntarme si trabajar aquí venía con entrenamiento zen obligatorio.

Asentí, intentando parecer tranquila aunque la emoción burbujeaba bajo mi piel. —Suena perfecto.

Me guió por un pasillo donde flotaba una suave música instrumental, mezclándose con el débil goteo de una fuente que no podía ver pero que de alguna manera sentía. Las paredes estaban pintadas en tonos calmantes de crema y topo, con velas parpadeantes colocadas en hornacinas cada pocos metros. Cuando me mostraron una habitación, mi masajista —una mujer llamada Lena con manos que probablemente podían esculpir nubes— me dio una cálida bienvenida.

—¿Primera vez? —preguntó amablemente, con los ojos arrugándose en una sonrisa cómplice.

—¿Tan obvio es? —me reí, encogiéndome de hombros mientras me ponía el albornoz.

—No te preocupes —dijo Lena, con una voz tan relajante como el ambiente—. Nos aseguraremos de que sea inolvidable.

Mientras me acomodaba en la camilla de masaje climatizada, una oleada de náuseas me golpeó de la nada. No era abrumadora, pero suficiente para hacer que mi estómago se retorciera incómodamente. Cerré los ojos, respirando el aire con aroma a lavanda y culpando al vino de anoche. Sabía que me había excedido, así que tal vez ya no era tan invencible como solía ser.

Las manos de Lena comenzaron a trabajar en mis hombros, y aunque la presión era perfecta, las náuseas persistían. Fruncí el ceño, recordando cómo había estado inusualmente cansada últimamente, también, como si pudiera dormir una siesta en cualquier momento. Probablemente solo era estrés o algo así. ¿Verdad? Aun así, era difícil ignorarlo.

Aparté esos pensamientos y cerré los ojos. Anoche, Cole había sido todo un caballero. Estaba tan excitada, le deseaba tanto. Le habría dejado follarme allí mismo en el ascensor, pero él insistió en llevarme a la habitación, y cuando llegamos, estaba demasiado borracha. Sentí cómo me desnudaba y me arropaba, pero nunca le sentí meterse en la cama. Estaba tan ebria, lo que solo confirmaba mi pensamiento inicial. Las náuseas eran por la resaca y nada más.

Mi teléfono, en el bolso al otro lado de la habitación donde lo dejé cuando me puse el albornoz, comenzó a sonar. Era un tono que le había asignado a mi madre, y ella raramente llamaba, así que sentí que debía contestar. Levanté la cabeza y miré en esa dirección y Lena dijo: —¿Quieres que te lo traiga?

—¿Me harías el favor? —le pregunté, sin estar realmente segura si esto era algo normal o no. Me sentí mal porque no sabía si tenían una política de no teléfonos, pero era mi madre.

Lena metió la mano en mi bolso y sacó mi teléfono, y tan pronto como me lo entregó, contesté.

—Hola, mamá —dije, sosteniendo el teléfono contra mi oreja.

—¡Rose! ¿Estás ocupada? Espero no estar interrumpiendo nada —dijo, de la manera en que las madres siempre lo hacen cuando saben que absolutamente lo están haciendo.

—No realmente —respondí, manteniendo mi voz ligera—. Estoy en este increíble spa al que Cole me ha traído. En serio, no te lo creerías... huele como si un campo de lavanda y una selva tropical hubieran tenido un bebé.

Hubo una breve pausa, lo suficientemente larga como para prepararme. —¿Cole? —preguntó, con la curiosidad afilada en su tono—. No creo que lo hayas mencionado antes.

Dudé, dándome cuenta de que tenía razón. Era la primera vez que decía su nombre a ella. —Oh. Sí, supongo que no lo he hecho. Es... algo nuevo, pero no realmente. Llevamos viéndonos unos meses.

—¿Unos meses, y me lo cuentas ahora? —preguntó, medio en broma, medio preocupada—. ¿Cómo es? ¿Y qué edad tiene eso de "nuevo, pero no realmente"?

Me mordí el labio, tratando de averiguar cómo manejar esto. —Vale, primero, es increíble. Genuinamente increíble. Es amable y considerado y... —me callé, sonriendo a pesar de mí misma—. Simplemente tiene esta forma de ser, ¿sabes? Como si supiera exactamente cómo hacerme sentir cómoda y segura.

—Mmhmm —murmuró, claramente no convencida todavía—. ¿Y?

—Y... —alargué la palabra, vacilante—. Es un poco mayor que yo.

—¿Cuánto mayor?

—Quince años —dije rápidamente, haciendo una mueca mientras me preparaba para su reacción.

—¿Quince? —repitió, su voz elevándose ligeramente—. Rose, eso es... eso es una gran diferencia.

—Sé que parece mucho —dije, apresurándome a llenar el silencio—, pero no es raro. No se siente raro. Él es... está asentado de una manera que nunca he tenido en una relación antes. Y necesito eso, mamá. Después de todos los tíos que estaban, como, obsesionados con los videojuegos o temerosos del compromiso, Cole es refrescante.

Exhaló, el sonido cargado de cautela. —Vale. Así que es mayor. ¿A qué se dedica?

—Es cirujano —dije, sabiendo que la impresionaría pero también anticipando la siguiente ola de preocupación. Lena me miró con una cara de póquer profesional, probablemente acostumbrada a la gente que divaga por teléfono durante el masaje. Le di una sonrisa de disculpa y dejé que mi cabeza volviera a hundirse.

—¿Un cirujano? —Su tono era escéptico, pero pude captar la más leve nota de admiración—. Bueno, eso es... respetable. Pero ¿no crees que hay un desequilibrio de poder ahí, Rose? Un hombre mayor, con una carrera exitosa, llevándote a spas de lujo... Podría estar intentando, no sé, controlar las cosas.

—Mamá, para —dije, riéndome a pesar de todo—. No es así. Cole no es manipulador. Es comprensivo y me escucha. Sinceramente, probablemente tiene más paciencia conmigo que cualquier otra persona jamás. —Suspiré, cerrando los ojos mientras Lena trabajaba en un nudo de mi cuello.

—Eso está bien —dijo con cautela, pero podía escuchar las reservas que revestían sus palabras—. Solo no quiero que te deslumbre la

persona equivocada. Los hombres con ese tipo de poder pueden ser... persuasivos.

—Cole no —dije con firmeza—. Él no es así. Te lo prometo, te caería bien si lo conocieras.

—Solo no quiero que te hagan daño. —Agradecía la preocupación de mi madre, pero era innecesaria y ahora mismo quería concentrarme en relajarme y dejar que este día de spa aliviara todo mi estrés.

—No me van a hacer daño, mamá. —Suspiré y deseé poder simplemente colgar.

Otra pausa, luego un suspiro de resignación. —Está bien. Confiaré en ti. Pero si hace algo que te incomode, me llamas de inmediato. ¿Entendido?

—Entendido —prometí, sonriendo—. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño. Y disfruta del spa. Te lo mereces. Te llamaré mañana para hablar de la tía Sally. Ahora probablemente no es el momento.

—Adiós, mamá —dije, dándome cuenta de que probablemente solo quería cotillear sobre algo que había hecho su hermana. Me sentí aliviada de estar realmente ocupada y no poder quedarme hablando todo el tiempo.

Colgué, dejando el teléfono a un lado mientras Lena presionaba mis hombros de nuevo. La tensión se estaba desenredando, y puse mi teléfono en la camilla de masaje junto a mí.

Me preguntaba si lo que habían dicho tenía algún mérito. Mamá solo quería lo mejor para mí, y me estaba diciendo las mismas cosas que Alana, pero seguía sin creerla. ¿Estaba ciega? ¿Era que estaba siendo ignorante porque simplemente me gustaba? ¿O eran ellas demasiado cerradas de mente?

Terminé mi día de spa, decidiendo comprar un sexy negligé en la boutique de la entrada del spa, luego me senté en la sala de espera,

esperando a que Cole viniera a recogerme. Puede que la noche anterior la hubiera estropeado bebiendo demasiado, pero esta noche él y yo la íbamos a pasar bien.

COLE

Hice que nuestro taxi dejara a Rose en el spa con la promesa de volver en tres horas exactas, y luego me dirigí a la clínica donde vería al especialista. Me temblaban las manos, pero no por los temblores. Las apreté en puños y las flexioné, intentando librarme de parte de los nervios. Según mis investigaciones, esta no era una enfermedad mortal, pero eventualmente acabaría con mi carrera. Solo esperaba poder evitarlo durante un tiempo.

Estuve sentado en la sala de espera durante unos treinta minutos antes de que me llamaran. La enfermera fue bastante amable, comprobó mis constantes vitales y me hizo preguntas sencillas. Cada respuesta que daba me hacía sentir más vulnerable y en riesgo. Había una voz en el fondo de mi mente diciéndome que era débil por sentirme así, pero no podía evitarlo. Un cirujano con manos inestables no era un cirujano en absoluto.

—Bueno —dijo el doctor Ballard mientras entraba—, ¿qué tenemos aquí? —Entrecerró los ojos mirando mi historial y su cabeza calva se arrugó. Retorcí mis nerviosas manos en mi regazo mientras él se concentraba en la hoja frente a él. No quería interrumpir su concentración, pero estaba ansioso por terminar con esto—. ¿Dr. Hastings, verdad? —Me miró y se subió las gafas a la cabeza, dejando al descubierto sus ojos amables.

—Sí, Cole Hastings. Soy cirujano de traumatología en Denver —tragué el nudo que me estrangulaba la garganta—. He venido aquí por anonimato —mi pecho se sentía más tenso que una cuerda de piano.

—Sí, nos encontramos con eso a menudo —dijo, volviendo a mirar mi historial—. Entonces, ¿no te has hecho ninguna prueba todavía? ¿EEG, resonancia magnética? ¿Nada? —Sus ojos volvieron a mirarme —. Temblor esencial parece un diagnóstico que te has dado a ti mismo. ¿Eres cirujano neurológico? —Su escepticismo estaba justificado. No había aclarado exactamente en el formulario de ingreso que rellené online que no había consultado a nadie sobre esto previamente.

—No, señor, por eso estoy aquí. Por su experiencia. Mi autodiagnóstico podría estar definitivamente equivocado. Solo quería darle un punto de partida —había leído una cantidad considerable de información, así que sabía lo que estaba investigando, pero el diagnóstico definitivo vendría de él.

—¿Y no quieres que esto se informe a tu seguro? ¿Todo será de tu bolsillo? —Su escepticismo continuaba, pero tenía que entender por qué lo estaba haciendo de esta manera. Si pudiera tratarlo sin informar a la junta, sería mejor. Ya había demasiada presión sobre mí.

—Sí, señor. El seguro está obligado a mantener archivos... —Dejé la deducción a su propia mente, y él asintió.

—Entiendo —me miró por un momento y dijo—: Sabes que si descubrimos esta enfermedad que temes tener y ha progresado, es posible que no podamos detenerla o revertirla. Y el estrés solo la empeorará exponencialmente. No podrás mantener esto en secreto durante mucho tiempo.

Esa declaración era algo que ya sabía, pero escucharle decirlo en voz alta me hizo sentir ganas de golpear algo. A veces la vida se descontrolaba, pero esto era algo que nunca esperé que sucediera.

—Por supuesto, lo sé. Solo quiero hacer lo que pueda ahora. Me dará tiempo para elaborar un plan para mi futuro —no significaba que no pudiera conducir o trabajar, solo que no podría operar.

—Bueno, estaré encantado de tratarte una vez que hagamos algunas pruebas. Necesitaremos un análisis de cobre sérico para descartar la enfermedad de Wilson. Necesitamos resonancias magnéticas y tomografías para demostrar que no es Parkinson o esclerosis múltiple. Haremos un EMG, DaTscan, prueba de tiroides, toxicología, hemograma completo y algunas otras evaluaciones físicas. Si podemos inducir un temblor y observarlo, sabremos mejor qué estamos haciendo. ¿Puedes volver la semana que viene para las pruebas?

Suspiré y agarré el borde de la camilla, controlando la ira inducida por la ansiedad que sentía.

—Eh, no, señor. Tengo la agenda completa. Esperaba que pudiéramos resolverlo hoy. Solo necesito respuestas —mi mente estaba acelerada con los "y si". Necesitaba ayuda inmediatamente, y no podía recetarme a mí mismo los medicamentos necesarios. Cada receta quedaba registrada.

—De acuerdo, quédate aquí. ¿Tienes unas horas? Eso es lo que tomará —levantó las cejas y yo asentí. Entonces continuó mientras se levantaba—: No tendremos ningún diagnóstico concluyente hoy porque los resultados de estas pruebas llevan tiempo, hasta una semana. Pero podemos empezarte con Propranolol para ayudar con los temblores, o Gabapentina, aunque esa podría darte sueño.

—Lo que usted crea que ayudará de inmediato. Tengo algunas cirugías importantes esta semana. No quiero arriesgarme a cometer un error —la verdad era que todas las cirugías eran importantes, y no quería cometer un error en ninguna de ellas, por eso estaba aquí.

—Muy bien, ten paciencia mientras preparo a mi personal. Hará falta todo el equipo, pero probablemente podamos realizar la mayoría de las pruebas hoy para ti. Al menos las importantes —sonrió y me

estrechó la mano, que tembló ligeramente cuando la extendí hacia él. La observó y la estrechó, luego asintió—. Vuelvo enseguida.

Esperé otros treinta minutos mientras preparaban todo, pero milagrosamente, me sacaron de la consulta en menos de dos horas y media. La parte mala era que había dejado a Rose esperándome después de su tratamiento en el spa durante bastante tiempo.

En el taxi de camino a recogerla, me disculpé profusamente por mensaje de texto, prometiéndole la mejor cena de su vida. Y cuando el taxi se detuvo frente al spa, ella me estaba esperando. Subió al coche y me dio un beso en la mejilla, toda sonrisas.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunté, apartando mi nerviosismo. Se veía hermosa y relajada. Llevaba una pequeña bolsa de regalo en la mano y sus uñas estaban recién arregladas.

—Oh, ha sido tan relajante —dijo, apoyándose en mí. Puse mi brazo alrededor de ella e intenté absorber la energía positiva que irradiaba —. Dios mío, nunca supe cuánto necesitaba ese masaje. Ha sido todo un regalo. Gracias.

—De nada. Me alegro mucho de que lo hayas disfrutado —sonreí y le di un beso en la sien, y ella me rodeó con sus brazos y suspiró felizmente.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó, y traté de no ponerme tenso. No había pensado en una buena historia sobre lo que había estado haciendo porque estaba demasiado abrumado por la idea de que este médico pudiera darme malas noticias. Me sentí puesto en un aprieto, pero una respiración rápida y profunda me ayudó a responder sin mentir demasiado.

—Simplemente estuve por ahí y perdí la noción del tiempo. Me alegro de estar de vuelta aquí contigo... ¿Y qué hay de la cena? ¿Crees que deberíamos salir? —Ya empezaba a relajarme un poco dejando atrás el día y mirando hacia la velada. Esperaba que Rose

tuviera ganas de divertirse para poder realmente compartimentar y olvidarme de mi estrés.

—Estaba pensando que podríamos cenar dentro. Hay algo que estoy deseando. —Me miró con una sonrisa pícara, y supe a qué se refería.

No la había traído a este viaje con la intención de seducirla, pero supuse que dos adultos en una relación consentida que compartían una habitación de hotel inevitablemente llegarían a eso. Y me gustaba especialmente que ella estuviera tomando la iniciativa.

—Oh, ¿te refieres a hacer zapping en nuestra enorme habitación con el televisor de sesenta pulgadas? —Le guiñé un ojo, y ella soltó una risita.

—Sí, exactamente eso. —El coche pasó por un bache y ella se tambaleó contra mí, y la abracé con fuerza.

—Bueno, creo que debería pedir nuestra comida. —Alcancé mi móvil, y ella sugirió algunos lugares que había buscado mientras me esperaba. Nos decidimos por comida india, e hice un pedido para recoger porque el resort no tenía servicio a domicilio. Ella quería quedarse en la habitación mientras yo iba a buscarlo, así que la complací, aunque habría tenido más sentido llevarla conmigo.

Cuando recogí la comida y regresé al hotel, la encontré vestida con un provocativo camisón blanco, recostada seductoramente en la cama. La curva de sus caderas hasta su caja torácica captó primero mi atención, luego sus perfectos pechos, mayormente expuestos. Dejé la comida junto a la puerta, giré la cerradura y le sonreí con lujuria.

—¿Qué es esto? Pensaba que íbamos a comer... —Dejé caer mi cartera junto a la comida, me quité los zapatos con los pies y desabroché los puños de mi camisa.

—Puedes comer todo lo que quieras... —Rose se apoyó sobre un codo, extendiendo la otra palma sobre la colcha roja. Se veía tan

condenadamente sexy que me estaba excitando al instante.

—¿Todo lo que quiera? ¿Esto es un bufé? —Me acerqué poco a poco, devorándola con los ojos. Su piel era impecable, sin una sola marca en su cálida y cremosa tez. La primera vez que tuvimos sexo en mi coche, apenas vi parte de ella. En mi cocina, fuimos tan apresurados que no me tomé tiempo para admirarla, ni tampoco aquella noche cuando estuvimos en mi habitación con las luces apagadas.

Sentía como si estuviera viendo todo de ella por primera vez, y estaba babeando. No era el tipo de hombre al que le excitaran los pechos, pero los suyos eran perfectos: suaves globos carnosos en perfecta proporción con su cuerpo. Y la forma en que sus hombros se fundían con su clavícula era tremendamente excitante. Quería agarrar un puñado de su trasero y apretarlo.

—Todo lo que puedas comer —dijo, sonriendo. Luego se levantó a cuatro patas, gateó hasta el borde de la cama y esperó mientras me acercaba. Su pecho sobresalía, pero fue la curva de su trasero con el tanga hundiéndose en él lo que hizo que mi miembro se irguiera por completo.

No pude contenerme.

La agarré por la cintura y la atraje hacia mí, juntando nuestros labios con fuerza. Su boca estaba cálida, húmeda, invitante. La forma en que se abría para mí, con su lengua girando alrededor de la mía, hizo que mi miembro palpitara de deseo. Mis manos se movieron por voluntad propia, subiendo por su espalda y rodeándola para acariciar sus pechos. Eran pesados en mis manos, bocados perfectos para chupar más tarde.

—El condón está en el cajón —logré decir entre besos mientras me apartaba para mordisquear su cuello. Me encantaba cómo sabía, como a fresas. Me hizo preguntarme si se había comprado alguna crema corporal o algo así. Sabía que el spa tenía una tienda de regalos.

—Dios, ojalá no tuviéramos que usarlo. Te quiero a pelo —gimió, pero yo sabía que no era buena idea. Me aparté el tiempo suficiente para desabrochar los dos primeros botones de mi camisa y quitármela por la cabeza. Sus ojos recorrieron brevemente mi pecho, como si estuviera babeando por mis abdominales tonificados.

Entonces Rose aprovechó la oportunidad para alcanzar la mesita de noche detrás de ella, lo que dejó su trasero a la vista para mí. El elástico blanco subiendo por su trasero era sexy, separando sus nalgas pero manteniendo ocultos sus agujeros. Extendí la mano y agarré su nalga izquierda mientras me bajaba la cremallera de los pantalones y liberaba mi miembro. Me acaricié y admiré sus curvas.

—Sé que sonaré como un pervertido, pero tienes un trasero increíble.

Rose soltó una risita y meneó las caderas mientras yo me bajaba los pantalones. Sin preliminares, sin rodeos: me deseaba tanto que podía ver la mancha húmeda en sus bragas desde aquí. Me acaricié un poco más fuerte hasta que ella se dio la vuelta con el condón.

—Toma —dijo, con los ojos fijos en mi miembro. Prácticamente estaba babeando.

—Ya lo tengo. —Tomé el condón con una mano y la guié hacia atrás en la cama. Quería tenerla boca abajo, con el trasero en el aire, para poder admirar esa vista mientras la tomaba, pero ella me atrajo para besarme. Caímos, y me apoyé para evitar que todo mi peso cayera sobre ella. Esto era mejor que cualquier droga, la sensación de tenerla debajo de mí, mis manos aplastando sus pechos a través del encaje.

Rose gimió contra mis labios cuando solté su pecho y deslicé un dedo dentro de ella. Estaba más húmeda de lo que esperaba, y no podía esperar para sentir esa humedad en mi miembro. Trabajé su sexo, acariciándola con los dedos, disfrutando del calor mientras me rodeaba y ella se contraía. Pero la tela en el camino raspaba mi piel y me molestaba.

—Esto tiene que irse ya... Es genial para mirar, pero quiero verte entera. —Sentí el broche en la entrepierna de su camisón y tiré. Se abrió de golpe y expuso su sexo, y ella sonrió contra mis labios mientras la besaba.

—Simplemente te gusta verme desnuda, ¿verdad? —ronroneó, y no pude negarlo. Era sexy como el infierno.

—Me gustas de cualquier forma que pueda tenerte, pero desnuda es mi favorita ahora mismo. —Besarla nunca se había sentido más correcto. Cualquier pensamiento sobre mi estrés o mi pasado —los temblores, mi dolor, el miedo al futuro— todo desaparecía cuando estaba así con ella.

Oí una cremallera y abrí los ojos para verla desabrochando el lateral de su camisón. Apartó la tela y expuso su pecho, y me levanté para que pudiera quitárselo por completo. Los broches y cremalleras desmontables eran ahora mis partes favoritas de su ropa porque me permitían tener fácil acceso a lo que realmente quería: a ella.

—Quiero saborearte —le dije mientras bajaba hacia su pecho. Lo succioné en mi boca y lo apreté al mismo tiempo. Su pezón estaba suave, pero se endureció bajo mi lengua que giraba, y ella siseó y me clavó las uñas en el hombro.

—Joder, Cole —gruñó y se arqueó hacia mí.

Le agarré el trasero y lo apreté, luego pasé a su otro pecho. Viajé por su estómago, dejando un rastro de suaves besos a mi paso. El aroma de su excitación era intenso en el aire ahora, y mi miembro palpitaba de necesidad mientras observaba su montículo húmedo.

—Te deseo tanto, Rose —dije, y ella gimió.

—Ya lo veo —dijo, y soltó una risita. Su pelo estaba revuelto, su cara sonrojada por la excitación. Era hermosa.

Apoyé mi mano en su muslo, usando un pulgar para tocar suavemente su clítoris. Ella separó las piernas, abriéndose para mí, y

deslicé mi pulgar por su hendidura, separando sus labios.

—¿Puedo? —pregunté, y mis ojos recorrieron su sexy cuerpo hasta su rostro.

Rose asintió, mordiéndose un labio, y bajé mi boca hasta sus delicados pliegues.

—Oh, Dios, Cole —gimió mientras pasaba mi lengua por su clítoris. Su sabor era embriagador, y no podía tener suficiente. Con una mano en su muslo, usé la otra para introducir un dedo en su humedad. Estaba tan cálida, tan acogedora, como si hubiera sido creada para mí. Disfruté la forma en que su humedad cubría mi dedo mientras añadía un segundo y ella se contraía.

—Estás tan estrecha —dije, y ella gimió más fuerte. La acaricié y empujé dentro de ella. Mi muñeca se dobló en un ángulo extraño, pero provocó jadeos y gemidos de sus labios entreabiertos mientras sus ojos se ponían en blanco.

—Más —gruñó—. Cole, más.

La complací, deslizando mi lengua más rápido sobre su clítoris, y empujando mis dedos más profundo. Ella se arqueó en respuesta, meciendo su pelvis contra mis movimientos. Podría acostumbrarme a esto, a ella.

—Cole —gimoteó, y supe que estaba disfrutando cada segundo. Así que seguí haciendo lo que estaba haciendo y bajé la mano para acariciarme mientras tanto.

—Oh, joder —gimió, y sus paredes se contrajeron alrededor de mis dedos. Los músculos de sus muslos se tensaron mientras se deshacía en mi boca. Saboreé cada gota de sus fluidos, chupando su clítoris hasta que me apartó. Incluso entonces, estaba ansioso por quedarme allí con la cara enterrada entre sus muslos. Sabía demasiado bien, y el saber que le estaba proporcionando éxtasis me hacía querer hacerlo más.

—Oh, Dios... ven a follarme ya —suplicó, y me reí entre dientes.

Usando el dorso de mi mano para limpiarme la cara, me arrastré sobre ella y coloqué mi miembro en su entrada—. ¿Puedo simplemente sentirte por un segundo? —pregunté, y ella me miró a los ojos con tanta confianza y asintió.

Rose levantó las rodillas y las separó, dejándome acomodar en su valle. Me deslicé dentro de ella tan lentamente que ambos gruñimos de placer. Estaba caliente y húmeda, apretándome y dejándome sentir como en casa al mismo tiempo.

—Se siente tan bien —gimoteó, y yo estuve de acuerdo.

—Dios, Rose, eres tan increíble. —Besé su frente y me deslicé dentro y fuera de ella suavemente, pero sabía que si me quedaba allí mucho tiempo, no querría parar. Mis labios cubrieron los suyos, y la besé con fuerza. Ella arañó mis costados mientras me hundía en ella tan profundo como podía, pero tenía que controlarme para no explotar.

Sus uñas arañaron mi espalda mientras arqueaba sus caderas, encontrándose con cada una de mis embestidas—. Cole... —gimió en el beso, y supe que estaba cerca de nuevo. Mi mano encontró su clítoris y lo froté al ritmo de nuestras embestidas.

—Eso es, nena —la animé—. Córrete para mí.

Dejó escapar un gemido agudo, y su cuerpo se contrajo alrededor de mí mientras se corría. Su sexo ordeñaba mi polla, y sus fluidos cubrían mis muslos. Se estremeció y se sacudió, y me encantaba cómo se sentía su piel deslizándose contra la mía. No quería saber nada de ese maldito condón. Así que cuando se calmó, ralenticé casi hasta detenerme. Era agónico, pero ella estaba eufórica.

—¿Has practicado alguna vez sexo anal? —pregunté, y sus ojos me miraron con pereza. Parpadeó varias veces y negó con la cabeza, mordiéndose el labio, y le pregunté—: ¿Puedo intentarlo?

Rose tragó saliva con dificultad, pero asintió y le sonreí—. Joder, eres tan sexy. ¿De verdad quieres que lo haga?

—¿Duele? —preguntó, y me encogí de hombros. Sabía que si no se hacía bien podría doler, pero, Dios, la deseaba tanto.

—Puedo hacer que se sienta tan bien que volverás a correrte. —Solo el hecho de que estuviera de acuerdo me puso al límite de nuevo, y tuve que parar y salir o explotaría.

—De acuerdo —dijo, pero sonaba dudosa.

Se dio la vuelta y se puso de rodillas, y yo me coloqué detrás de ella. Rose extendió la mano hacia atrás y se abrió, y yo froté sus fluidos por todas partes, untándolos en mi polla, extendiéndolos hasta su orificio. Cuando introduje un dedo, ella siseó y gimió. El segundo provocó un grito de dolor, así que aflojé, yendo más despacio. Ni siquiera tenía que preocuparme por mantenerme duro. Me excitaba tanto que me permitiera hacer esto, que pensaba que iba a explotar sin estar dentro de ella.

Cuando su humedad comenzó a secarse, escupí en su trasero y lo esparcí, luego presioné ambos pulgares en su estrecho agujero y lo estiré.

—Oh, joder —gruñó, y bajó la cabeza—. Oh, mierda... oh, Dios, es... guau...

Sonreí por la forma en que la estaba haciendo sentir y deslicé mi polla en su coño para asegurarme. Sabía que hacerlo en seco le dolería, y quería que se corriera tan fuerte que me ordeñara hasta la última gota de semen.

—¿Estás lista? —pregunté, y ella jadeó y arañó la cama. Sabía que quería correrse de nuevo.

—Joder... hazlo —siseó.

Me deslicé fuera de su sexo y me alineé con su pequeño y apretado trasero. Lentamente, presioné dentro de ella, y gritó. Sus uñas se

clavaron en el colchón, y se contrajo a mi alrededor.

—Cole, joder... —exclamó, y sabía que dolía, pero seguí adelante. Su cuerpo estaba tan apretado, tan caliente, y apretaba mi polla como nada lo había hecho antes.

—Relájate, Rose —dije, y ella lo hizo lo mejor que pudo—. Buena chica —la elogié mientras tomaba más de mí dentro de su trasero.

—Oh, joder —gimoteó de nuevo, y alargué la mano para frotar su clítoris mientras continuaba penetrándola.

—Te sientes tan bien, Rose. Tan apretada. —Me incliné y mordí su cuello, chupando lo suficiente para dejar una marca. Sus paredes me apretaron en respuesta, y finalmente pareció que empezaba a gustarle.

Aumenté la velocidad, y sus gemidos pasaron del dolor al placer. Alargué la mano de nuevo y encontré su clítoris. Estaba tan cerca otra vez que solo bastaron unas pocas caricias de mi dedo para llevarla al límite. Sus paredes se contrajeron alrededor de mí, ordeñándome mientras se corría, y no pude evitar perder el control también.

Gruñí mi liberación mientras me corría profundamente dentro de su trasero, derramando cada gota de mi semilla dentro de ella. Mi polla pulsaba, y su cuerpo se contraía a mi alrededor. Me quedé allí mientras sus caderas se sacudían y su trasero se contraía, y cuando salí, ella jadeó.

La comida estaba fría. La habitación olía a sexo. Estaba sudando, pero se sentía increíble. Rose era la mejor droga. No me había sentido tan relajado en semanas. Si el resto de nuestro viaje iba tan bien como esto, me sentiría como un hombre nuevo al volver a casa.

ROSE

Mi estómago se revolvió con solo oler la comida cuando pasé por la cafetería de camino a la puerta de salida. Cole debía reunirse conmigo para comer, pero me dejó un mensaje de voz diciéndome que tenía una reunión. Así que comí sola y luego vomité todo lo que había comido. Llevaba varios días enferma, incapaz de retener nada en el estómago, y Pat me dijo que había una epidemia de gripe circulando.

Tenía otros temores.

Cole y yo habíamos tenido sexo sin protección en su coche aquella noche, y aunque existía la posibilidad de que mis náuseas fueran simplemente una gripe común, también había una alta probabilidad de que fuera algo más serio. Algo que acabaría cambiando mi vida para siempre.

Había estado evitando hacerme una prueba porque no quería arruinar esta fase de luna de miel que Cole y yo estábamos viviendo. Habíamos pasado todas las noches juntos desde que regresamos de Kansas City, y se suponía que esta noche iría de nuevo a su casa, pero me molestó que me dejara plantada a la hora de comer. Quizás no debería haberme enfadado tanto, pero ya me sentía irritable y demasiado emocional por todo —otra razón para preocuparme por un embarazo no planificado.

Revisé mi móvil pero no había recibido ningún mensaje ni llamada de él. No estaba segura de qué hacer, así que me dirigí hacia la salida atravesando la zona de descanso exterior donde un grupo de médicos y enfermeras estaban apiñados, charlando. Cole también estaba allí, sentado solo con un vaso de papel lleno de lo que supuse sería café, mirando hacia el campus del hospital. Tenía el ceño fruncido y parecía estar cavilando sobre algo, así que me acerqué con cautela.

No solo había gente por todas partes, sino que parecía que no quería hablar con nadie. No me desanimaba tanto su humor como el hecho de que me hubiera dejado plantada, pero quería intentar mantener la mente abierta y ser paciente con él. Sabía antes de nuestro viaje que estaba lidiando con algo, pero nunca ofreció una explicación y yo nunca le presioné para obtener respuestas.

—Hola —dije con naturalidad, lanzando una mirada a la gente que nos rodeaba. No era extraño que le hablara, pero nadie sabía que teníamos una relación real. Por el bien de ambos, teníamos que mantenerlo así. Realmente deberíamos estar discutiendo sobre ir a Recursos Humanos para informarlo y seguir el protocolo adecuado, pero cuando me atreví a mencionarlo, Cole fue tajante en que nadie debería saberlo todavía.

No se avergonzaba de mí. Estaba preocupado por algo. Podía leerlo en su expresión, por eso nunca lo mencioné.

—Hola —dijo, y su voz ronca me hizo estremecer.

—¿Está todo bien? —pregunté, intentando interpretar su expresión, pero había gente observándome. Mantuve la distancia y una apariencia profesional en mi rostro, y él nunca levantó la mirada hacia mí—. Solo te he visto sentado aquí solo con cara de circunstancias —añadí eso para que pareciera que esto no era más que una compañera de trabajo preocupándose por otro compañero. Mi estratagema podría haber engañado a otros, pero se sentía muy mal. Quería sentarme a su lado y rodearle los hombros con mis brazos.

—Solo tengo que trabajar hasta tarde. Será una noche larga —dijo, evitando el contacto visual. Mi pecho se tensó al oír sus palabras. No sabía si hablaba en serio o si intentaba enviarme el mensaje de que no debía ir a su casa esta noche. La sorpresa de escucharlo casi me hizo llorar, especialmente después de haber estado preocupada todo el día por mis náuseas.

—Sí, eso es una faena —murmuré—. Bueno, espero que mañana sea un día mejor para ti. —Me alejé sin obtener respuesta de él y le di la espalda. Mi viaje a casa sería triste porque lo único que me esperaba ahora eran más sermones de Alana.

Caminé hacia mi coche con la cabeza gacha. Mi teléfono vibró y supuse que era un mensaje de Cole, pero no lo miré hasta que estuve sentada en el coche con el motor en marcha. No era más que las palabras *Lo siento*. Añadió un emoji triste, pero no había explicado lo que pasaba.

Le respondí con un signo de interrogación y me puse en marcha. Mi corazón estaba cargado de preocupación. Sabía por las interacciones que habíamos tenido estos días que si hubiera sido algo que yo hubiera hecho, me lo habría dicho. Esto tenía que ver con el trabajo o tal vez con una oleada de dolor por su ex-mujer. Fuera lo que fuese, me lo contaría eventualmente, y yo estaría ahí para él. Mientras tanto, era una faena para mí porque tenía muchas ganas de estar con él.

Suspiré y me enfrenté al tráfico de la hora punta, y cuando me quedé atascada en el centro a mitad de camino a casa, divisé una farmacia y un sitio libre para aparcar en la calle. Cuanto más tiempo estuve esperando a que el tráfico avanzara, más mi ansiedad pinchaba mi conciencia. Acabé aparcando en ese hueco y entrando en la farmacia. Compré dos tests por si acaso y luego salí.

En casa, estaba sola. Alana aún no había vuelto de su turno, así que me metí en el baño con la necesidad de vaciar la vejiga de todos modos. Saqué los tests, oriné en ambas varillas, luego limpié y me senté en el borde de la bañera a esperar.

Mi mente le daba vueltas a la posibilidad de estar embarazada, y aunque venía con muchas cosas negativas que podrían ocurrir, también hacía que mi corazón se sintiera ligeramente feliz y vivo. La idea de tener un bebé de Cole me llenaba de alegría. Pero el miedo a cómo se lo tomaría él o lo que haría a mi carrera también me corroía.

Cole y yo estábamos tan bien juntos, pero realmente no habíamos discutido nada a largo plazo. Estábamos dejando que las cosas avanzaran a su propio ritmo, lo que significaba que todavía no habíamos tenido ninguna conversación seria sobre nada, ni siquiera sobre la paternidad o lo que sucedería si me quedaba embarazada. Habíamos estado usando protección, pero Cole sabía que aquella primera vez *sí* ocurrió. Yo estaba borracha y ninguno de los dos pensó en hacer lo correcto. Seguramente, entendería que esto era una posibilidad.

Cuando sentí que me había torturado lo suficiente, alcancé los tests. Mis manos temblaban mientras los recogía y los leía. Dos líneas rosas en ambos tests significaban solo una cosa. Definitivamente estaba embarazada. Definitivamente era el bebé de Cole. Y estaba a punto de darle el mayor susto de su vida, justo en medio de lo que fuera que estuviera pasando.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos porque sabía lo que esto significaba. Inevitablemente, nos veríamos obligados a revelar nuestra relación a Recursos Humanos, y eso significaba que uno de nosotros corría el riesgo de ser despedido, o ambos. No podía permitirme irme a otro sitio ahora mismo, y ni siquiera sabía si él quería tener hijos. Esto podría ser lo único que nunca había querido y acabaría rompiendo conmigo.

Era ese miedo el que inundaba mis pensamientos cuando la puerta del baño se abrió de golpe y Alana se quedó allí en el umbral, mirándome boquiabierta.

—Oh, perdona, no sabía que estabas en... ¿Eso es un test de embarazo? —preguntó antes de avanzar hacia mí. Agarró una de las

pruebas de mi mano y jadeó, y yo agaché la cabeza—. ¡Dios mío, Rose! —Escuché el tono antes de ver su cara, y parpadeé dejando caer algunas lágrimas—. ¿Cómo has podido dejar que esto ocurra? Te dije que tuvieras cuidado. ¿Por qué no fuiste prudente?

Sabía que esas preguntas eran porque temía que perdiera mi trabajo, pero resultaban insultantes. Ella había buscado compañera de piso durante mucho tiempo antes de mí, y yo llegué como su salvadora. Nunca hice nada de esto para fastidiarla, pero parecía que pensaba que esa era mi intención. Solo pude agachar la cabeza y llorar.

Estaba decepcionando a todo el mundo. Cuando se lo dijera a mi madre, se volvería loca. Alana estaba volviéndose loca. Cole estaba pasando por algo y volviéndose loco, y solo por un momento, quería que alguien notara que yo también estaba volviéndome loca. Esto no estaba en mis planes. Nunca quise tener un bebé tan joven, pero esta era mi realidad.

Alana estaba allí de pie, respirando pesadamente y mirándome, pero yo no podía mantener el contacto visual. Todo lo que podía hacer era mirar mis pies y llorar. Cuando me limpié las lágrimas, sentí que ella me ponía papel higiénico en la mano y por fin la miré. Cerró la tapa del inodoro, se sentó y suspiró, y vi compasión en sus ojos.

—Lo siento. Estoy aquí —me atrajo hacia sus brazos y me abrazó, y yo seguí llorando. Quería que las cosas entre Cole y yo fueran perfectas, y por mucho que me encantara la idea de tener un hijo suyo, también me aterrorizaba. ¿Y si esto nos destruía en lugar de unirnos?

—Eh, shh —me consoló, frotándome la espalda—. Todo va a salir bien. Vamos a resolverlo...

No sabía exactamente cómo interpretar este repentino cambio por su parte, pero era reconfortante de todos modos. Dejé que me meciera de un lado a otro, y respiré profundamente varias veces antes de sentarme erguida y sonarme la nariz.

No tenía a nadie más que a mí misma a quien culpar, así que tenía que ponerme los pantalones de adulta y afrontar esto. Enfadado o no, tenía que decirle la verdad a Cole, y tenía que enfrentarme a la decepción de mi madre.

—Voy a escucharlo de mi madre, Alana. Solo necesito una amiga ahora mismo, no otra figura de autoridad —suspiré y le apreté la mano, y ella asintió.

—Entendido... No habrá sermones por mi parte. Y siento haber sido tan dura contigo, ¿vale? Estoy aquí —me apretó la mano en respuesta, y encontré su mirada. Justo ahora, una amiga era exactamente lo que necesitaba, y estaba agradecida por tenerla a mi lado. Este iba a ser un camino difícil.

COLE

La tensión en la sala era palpable incluso antes de que yo entrara. Sabía lo que estaba en juego. Si Twin Peaks pensaba por un solo segundo que podrían ser declarados culpables en esta demanda, que definitivamente iba a seguir adelante ahora, me convertirían en su chivo expiatorio. Después de que una enfermera hablara —probablemente por miedo a su propia carrera— diciendo que fui negligente, sabía hacia dónde se dirigía todo esto.

Me dejé caer en el asiento junto a mi mitigador del seguro de mala praxis. Había estado buscando un buen abogado, pero aún no había encontrado uno en quien confiara. Los abogados del hospital eran tiburones, pero no me estaban defendiendo a mí. Estaban defendiendo al hospital contra la mala prensa y el daño a su reputación. Eran tipos decentes y probablemente odiaban lo que esto le haría a mi carrera, pero tenían un solo trabajo: proteger a Twin Peaks.

Las miradas de varios miembros de la junta ni siquiera se dirigieron hacia mí ni una sola vez. Todos sabían lo que me estaban haciendo, y todos sabían que era moralmente incorrecto. Este sistema hospitalario tenía miles de millones de euros para respaldarlos, cientos de miles de hombres y mujeres empleados que dependían del trabajo que hacían cada día para mantener a sus familias. Yo era solo una persona con mi propia vida en juego, y en lugar de actuar

como un muro entre mi inminente perdición y yo, se la quitaban de encima cargándola sobre mis hombros.

—Señor Hastings...

—Es Doctor Hastings —corrigió el mitigador, pero tampoco me engañaba. Era el hombre enviado por mi compañía de seguros, pero ni siquiera él estaba aquí para defenderme. Estaba aquí para mitigar la pérdida que tendría la compañía de seguros en forma de indemnizaciones por mi culpa. Luego subirían mis primas y sería incapaz de pagarlas o encontrar trabajo en cualquier parte.

—Doctor Hastings —dijo el abogado del cliente—, el Senador Drumb casi perdió la vida debido a su negligencia.

—Supuesta negligencia. —El mitigador no iba a tolerar esto—. Inocente hasta que se demuestre lo contrario. —Sus cejas se arquearon en el centro, y por un momento, sonó como un abogado, pero aunque tenía la libertad de hablar en mi nombre, solo estaba asegurándose de que la compañía de seguros pagara lo menos posible.

—¿Puedo terminar? —dijo el abogado, frunciendo el ceño a mi mitigador. Nos miró a ambos durante unos segundos, y Victor Ronald —decano de medicina aquí en Twin Peaks— le hizo un gesto para que continuara—. El Senador casi muere. El hospital ha revisado sus informes sobre lo ocurrido y ha descubierto que las acciones del Dr. Cole Hastings fueron las únicas culpables del incidente. Por lo tanto, hemos nombrado al Dr. Hastings en nuestra demanda. No deseamos destruir a nadie, pero el hecho es que se ha asignado la culpa y nuestro cliente busca una indemnización.

Sabía que esto iba a pasar, pero el impacto de la verdad anunciada así solo me hizo sentir más desesperanzado. Hasta que esa declaración fue pronunciada, todavía mantenía la esperanza de que verían cómo nombrarme personalmente me afectaría. Demandar a un sistema de salud tan grande como Premier Health significaba una enorme indemnización para el paciente pero solo una palmada en la

muñeca para el hospital. Demandar a un médico significaba que el paciente obtenía su indemnización, pero yo nunca volvería a tener un seguro. Significaba el fin de mi carrera.

—Con todo respeto, señor... —Mi mitigador se puso de pie, pero el abogado lo interrumpió.

—Cuando dices con todo respeto, lo que quieres decir es que crees que soy un imbécil. Siéntate. —Los ojos del abogado echaban fuego, lanzando puñales al agente de seguros—. Dr. Hastings, le recomiendo encarecidamente que consiga un asesor legal para los próximos procedimientos. Tendremos una declaración y estamos entrando en la fase de descubrimiento. Habrá muchas cosas que revisar, y querrá poner sus asuntos en orden.

Ni siquiera sabía qué decir. Quería gritar en mi propia defensa, pero era inútil. En el segundo en que Victor me señaló como el culpable, nunca más miraron al hospital. Sé que esos registros nunca indicaron que el paciente tuviera alergias a medicamentos o las condiciones comórbidas preexistentes. Si hubiera sabido eso, nunca habría operado, o habría hecho mi debida diligencia para evitar que ocurriera lo que pasó.

Victor se puso de pie y dijo algunas cosas, la mayoría de ellas declaraciones profundamente apologéticas dirigidas al paciente, que no asistió a la reunión de hoy, y el sonido monótono de su voz me hizo desconectar.

Por mucho que había luchado durante los últimos meses para mantener mi condición en secreto para poder conservar mi trabajo, todo parecía haber sido en vano. Los temblores ya ni siquiera eran lo que estaba acabando con mi carrera. Era algo completamente ajeno pero igual de devastador, y arrastraría consigo a cualquiera que estuviera cerca de mí.

Cuando la reunión terminó, me levanté y salí caminando, sintiéndome como un zombi. La mujer de recursos humanos que me advirtió que consiguiera un abogado tenía razón y yo simplemente

no quería creerle. Pensé que esto no ocurriría, aunque temía que sí. Y aunque sabía que era una posibilidad, quería creer lo mejor sobre las personas, sobre la administración de este hospital, pero estaba equivocado.

—Dr. Hastings, espere. —El mitigador se apresuró tras de mí, y miré por encima de mi hombro con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres? —refunfuñé, girando por el pasillo hacia mi oficina. Odiaba cómo parecía estar de mi lado mientras que por debajo, solo tenía que asegurarse de hacer su propio trabajo o arriesgarse a ser despedido. Yo era el que tenía mi vida en juego mientras todos a mi alrededor hacían la vista gorda solo para salvarse a sí mismos. Era despreciable.

—Señor, deberíamos hablar sobre su franquicia. En un momento como este...

—¡Dios mío! ¿Puede darme un respiro? —Sabía que estaba siendo grosero, pero no me importaba. Estaba tan alterado, y este idiota solo quería hablar de su trabajo. Estaba harto.

—Dr. Hastings, esto no puede esperar. —Se detuvo, y yo di unos pasos más antes de parar bruscamente.

Tomé una respiración profunda para expandir mi pecho y alejar algo de la tensión, luego la solté y me giré, apretando los dientes para poder enfrentarme a él y terminar con esto. No dije nada, lo que le provocó comenzar a hablar de nuevo.

—Señor, la franquicia de veinticinco mil dólares debe pagarse ahora, antes de que la demanda llegue a los tribunales. Según los términos de su póliza, tiene que pagarla por adelantado. Ese es su único coste de bolsillo, y nos aseguraremos de que esté cubierto en...

Me burlé, negando con la cabeza y cortándole. Se quedó callado, y sentí como si quisiera estampar mi puño en su cara. —¿Mi único coste? ¿Quiere decir que seguirán cubriéndome cuando ese imbécil les reclame cinco millones de dólares en mi nombre? ¿Que el

hospital no me despedirá después de esto? ¿Que podré encontrar empleo en otro sitio y no perderé mi licencia? ¿De qué sirve el seguro, de todos modos? Bien podría declararme en quiebra ahora mismo.

El hombre pusilánime me miró fijamente, y vi la derrota en sus ojos. Por fin estaba comprendiendo cuánto me iba a afectar todo esto.

—Señor, solo estoy haciendo mi trabajo.

Pestañeé varias veces y negué con la cabeza. —Todo el mundo solo está haciendo su trabajo. Yo no hice nada malo. ¿Qué tal eso para hacer tu trabajo? Esos historiales fueron modificados después de que los revisara, y no tenía forma de saber que lo que iba a hacer dañaría al senador. ¿Cree que no tengo corazón?

Mi pecho latía con fuerza, y sabía que si no controlaba mi ira no solo iba a montar una escena, sino que probablemente tendría un infarto o algo así.

—El hospital ha accedido a pagar la mitad de su franquicia... —Parecía arrepentido, pero su compasión no significaba nada. Y su dinero tampoco. Podía cubrir la franquicia. Era la pérdida que seguiría a todo esto cuando terminara lo que iba a destruirme. El dinero del hospital era solo un gesto de lástima, dirigido a asegurarse de que salieran bien parados cuando todo esto acabara.

—Vete —le dije, y giré sobre mis talones y caminé hacia mi despacho. Me alegré cuando no me siguió.

Cuando finalmente me senté en mi silla y me froté el rostro para quitarme la frustración, pensé en Rose y en cómo iba a desarrollarse todo esto. Me sentía muy triste porque solo unos días atrás, estaba considerando acudir a la junta y declarar nuestra relación para evitar que nos llamaran la atención o nos despidieran. Ella estaba muy nerviosa, y yo solo quería hacer lo correcto. Ahora sabía que si hacíamos eso, ella acabaría viendo su reputación aquí dañada también. Odiaba eso por ella, y me sentía avergonzado. No quería

arrastrarla conmigo, y sabía que cuando esto terminara, realmente estaría en bancarrota.

Todo mi arduo trabajo y dedicación a este empleo desde que tenía veintiséis años no habría servido para nada. Iba a perderlo todo porque Victor Ronald tenía que "hacer su trabajo". Nadie me volvería a contratar jamás. Sería el leproso entre los médicos, ¿y dónde dejaría eso a Rose? Acabaría teniendo que mudarme de la ciudad solo para encontrar trabajo, y ella no quería marcharse de aquí. Acababa de mudarse. Sin mencionar, ¿cómo podría mantenerla? ¿Qué tipo de hombre no puede conseguir trabajo y aun así quiere que una mujer dependa de él?

Tenía el teléfono en la mano, listo para llamarla y romper con ella solo por su protección, cuando alguien llamó a mi puerta. Levanté la mirada para ver a Juan asomando la cabeza y ofreciendo una expresión de preocupación.

—¿Es buen momento? —preguntó, y me froté la cara otra vez y negué con la cabeza, pero entró de todos modos. Caminó directamente y se sentó después de cerrar la puerta tras él, y yo apreté mis manos en puños y golpeé con ellos mi escritorio.

—¡Esto es tan indignante! —grité, probablemente lo bastante alto como para que me oyeran las personas en el pasillo.

—¿Supongo que la reunión no fue muy bien? —La mueca de Juan no coincidía exactamente con la mía, pero aprecié su muestra de solidaridad.

—Me están señalando a mí. Dijeron que el hospital me encontró negligente, lo que probablemente significa que el hospital pagó al abogado para que dijera a su cliente que me apuntara a mí. Se están protegiendo, y yo cargaré con las consecuencias. —Todavía no podía creerlo.

—Tal vez deberías dejar que los abogados y el seguro lo resuelvan. Si revisan los archivos y ven que los historiales fueron modificados

después de que ya hubieras hecho tu consulta y preparación para la cirugía, te encontrarán inocente. Todavía hay una posibilidad...

Aunque Juan podía tener razón, simplemente no podía creerle. Las cosas malas parecían seguirme como una nube oscura. Además, había confesado en privado sobre mis temblores. Si los abogados comenzaban a indagar en mi vida —y sabía que lo harían— verían los informes médicos y sabrían que estaba ocultando algo. Me citarían para revelar los registros médicos que mantenía en secreto, y eso sería el fin de todas formas.

—Sí, quizás —murmuré, pero realmente no lo creía. Iba a perderlo todo, ¿y qué clase de hombre sería entonces? ¿Rose me seguiría queriendo? ¿Qué haría este cirujano acabado? Era demasiado joven para jubilarme.

ROSE

El apartamento estaba muy silencioso. Alana se fue a trabajar por el día, pero yo llamé para decir que estaba enferma. Me quedé en casa para lamentarme, principalmente, pero estaba realmente con náuseas esta mañana, lo que provocó que estuviera tan emocional que no quería ver ni hablar con nadie.

Cuando Alana me pilló en el baño con esos tests de embarazo, pensé que me iba a soltar una charla monumental, pero resultó ser muy comprensiva. Al parecer, ella había tenido un susto de embarazo hace tiempo que no me había contado. Perdió al bebé en un aborto espontáneo, pero la había dejado completamente trastocada. Dejó a un lado su frustración por haber arriesgado mi trabajo —y su seguridad económica— para consolarme porque sabía lo que se sentía al recibir una noticia así de impactante.

Al final le salió bien a ella, a pesar del dolor emocional de perder un bebé. Me explicó cómo no estaba preparada para ser madre, cómo el hombre con el que se había acostado era simplemente un perdedor y rompieron en cuanto ella se lo dijo. Me contó lo aliviada que se sintió cuando él la dejó porque realmente pensaba que no era el tipo de hombre que sería un buen padre, y luego lo devastada que se sintió cuando perdió al bebé.

Después me contó cómo siguió adelante y se dio cuenta de que era lo mejor, que nunca habría podido mantener a un bebé. Discutimos

mis opciones: aborto, adopción, quedármelo. Me tomé mi tiempo para considerar cuidadosamente cada una. Incluso ahora, seguía luchando con ello.

El aborto quedó descartado inmediatamente. Apoyaba plenamente a otras mujeres que tomaban esa decisión para sus vidas, pero yo nunca podría hacerlo. Simplemente no creía que fuera lo correcto para mí. Así que me quedé en la cama durante horas anoche pensando en la adopción y lo difícil que sería llevar este bebé a término, y luego entregárselo a otra persona. Puede que no estuviera preparada para ser madre, pero definitivamente no sobreviviría a eso.

Así que después de dormir unas horas y despertarme por una pesadilla sobre perder mi trabajo porque alguien me había pillado besando a Cole, me quedé mirando al techo pensando en ser madre. Quería hacer algo mucho mejor por mis hijos de lo que mi madre había hecho por mí, pero no estaba en posición económica de cuidar a un bebé. Apenas llegaba a fin de mes tal como estaban las cosas, y tenía un buen trabajo.

Suspirando, me di la vuelta y cogí el móvil. Mi corazón sentía la necesidad de buscar algo de consuelo y ayuda. Alana me había dado buenos consejos, pero me sentía inquieta. Ella y yo habíamos conectado en el momento en que me mudé aquí, pero después de semanas regañándome sobre Cole y la estabilidad de mi trabajo, simplemente no se sentía lo mismo viniendo de ella. Echaba de menos a mi familia, especialmente a mi madre, y quería oír su voz.

Aun así, después de que se sorprendiera al escuchar que estaba saliendo con un hombre mayor, había mostrado poco entusiasmo. Eso me desanimó bastante. Sabía que se sentiría decepcionada por mis elecciones y conmocionada al enterarse de que estaba embarazada, y no sabía si podría soportarlo. Como mínimo, estaría preocupada por mí y mi futuro, lo que realmente no sería útil, pero la necesitaba como toda mujer necesita a su madre.

Marqué su número y puse el teléfono en modo altavoz, dejándolo sobre la mesa de centro frente a mí. Sonó varias veces antes de que respondiera, y pude escuchar mucho ruido de fondo.

—Hola, mamá, ¿es buen momento? —pregunté, y fue difícil mantener la emoción fuera de mi voz.

—Claro, cariño, ¿qué pasa? —Solo el sonido de su voz me tranquilizó y permitió que las emociones que había reprimido volvieran a surgir. Las lágrimas brotaron en mis ojos y parpadeé para contenerlas.

—Em, solo necesito hablar con alguien y te echo de menos. —Pensé en nuestra última conversación y en lo feliz y llena de amor que estaba. Probablemente pensaba que estaba siendo dramática o algo así, pero no había forma de que pudiera predecir que esto ocurriría.

—Estoy aquí, cariño. ¿Qué ocurre?

Hice una pausa por un segundo para asegurarme de que no empezaría a llorar mientras se lo contaba, luego tomé aire profundamente y lo solté. —Mamá, ¿recuerdas que te conté que estoy saliendo con Cole?

—Sí, cariño... Oh, no me digas que habéis roto. —Sonaba genuinamente decepcionada por mí, pero eso era solo su corazón de madre extendiéndose hacia mí con compasión. Si le dijera que había roto con él, me colmaría de frases compasivas y ofertas para venir a consolarme, pero en el fondo, estaría feliz. Sabía que no le gustaba la diferencia de edad entre nosotros.

—No, mamá. Todavía no, al menos. —Suspiré y fruncí los labios, ansiosa por lo que diría. Tenía que quitarme esto del pecho, sin embargo. Me estaba atormentando.

—Bueno, ¿qué pasa entonces? ¿Estás bien?

—Estoy embarazada, mamá... —Tragué con dificultad y cerré los ojos como si al hacerlo pudiera bloquear la emoción que sentía y la ansiedad que me sacudía anticipando su respuesta.

—Ya veo —dijo suavemente—. ¿Y estás segura de que es suyo?

—¡Mamá! —siseé, frustrada por eso. ¿Qué clase de mujer pensaba que era? No me estaba acostando con hombres al azar solo porque me había mudado a la ciudad.

—Lo siento, cielo. Eso ha sido insensible... —Suspiró—. Estoy aquí para ayudarte, cariño. ¿Qué puedo hacer?

Mi corazón se hundió hasta lo más bajo que jamás había estado, y sentía que lo único que quería hacer era dormir. Pero dormir no quitaría lo que estaba sucediendo. La única salida era a través. Tenía que enfrentarlo de frente.

—Tengo miedo, mamá. No sé si puedo hacerlo —me tembló el labio y parpadeé derramando algunas lágrimas.

—Cariño, todas las madres que se enteraron de que estaban embarazadas pensaron lo mismo. ¿Por qué no vuelves a casa? Tu antigua habitación sigue disponible, y puedo ayudarte durante todo este proceso. No tienes que hacerlo sola. Y no te presionaré para que hagas nada que no quieras hacer. Necesitas a tu madre en estos momentos.

Por muy bien que sonara eso, sabía que no podía hacerlo, al menos hasta que hablara con Cole. Si él quería este bebé conmigo, entonces eso era lo único que yo quería. Lo quería a él y quería que funcionara. Pero había este temor persistente de que se asustaría y se enfadaría conmigo. No es que yo hubiera planeado esto, pero ¿y si pensaba que lo había hecho? Tampoco le había impedido follarme sin protección.

—¿Y qué pasa con Cole? —sorbí y me sequé los ojos—. ¿Y si se enfada? ¿Y si ya no me quiere?

Mamá murmuró con simpatía, y eso me hizo llorar más fuerte.

—Rose, no lleváis saliendo tanto tiempo. Ni siquiera puedes saber si hay una base lo suficientemente sólida para que la relación sea para

siempre. No vas a ser una de esas mujeres tontas que corren a casarse con un hombre solo porque se quedan embarazadas. Necesitas estar con él por amor, no por esto.

—Si no es lo suficientemente hombre para entender que necesitas tiempo para asimilar esto, entonces no es el hombre para ti. Deberías hablar con él al respecto, pero no deberías tomar una decisión sobre si estar con él o sola hasta que tus emociones sean estables.

Escuché lo que tenía que decir, y sentí que estaba siendo muy sincera conmigo y no trataba de influenciarme en una dirección u otra. Era un buen consejo. Debería parar y procesar mis emociones sobre la relación con Cole separadamente de mis pensamientos sobre la maternidad y hacer esto sola. Simplemente no quería volver a casa y aislarme mientras lo hacía.

—¿Y si decido volver a casa dentro de seis meses? —pregunté con vacilación.

—Tu habitación estará aquí, y yo también... —Mamá se quedó callada. Sentí que la estaba haciendo daño.

—¿Y si decido quedarme con él? ¿Si me quiere a mí y a este bebé? —Contuve la respiración mientras esperaba su respuesta. Tardó unos segundos, y temí lo que diría porque toda mujer quiere la aprobación de su madre.

—Entonces estaré aquí y te apoyaré, Rose. Pase lo que pase. Sé que no planeaste esto. No puedo imaginar lo asustada que estás. Si solo quieres venir a casa unos días y descansar, o si no quieres venir en absoluto, quiero que sepas que te quiero. Y estaré aquí para ti, pase lo que pase —La forma en que repitió esa última frase me tranquilizó.

No era así como había imaginado que iría esta conversación, pero me hizo sentir un poco más segura sobre las cosas. Si mi madre estaba de mi lado, entonces no importaba a largo plazo si Cole me

quería o no. Sabía que lo superaría. Mi futuro había cambiado para siempre, de todos modos. Un bebé solía hacer eso. Así que si tenía que hacer las maletas y volver a casa, simplemente ajustaría mis expectativas y seguiría adelante, por muy difícil que fuera.

Solo quería que fuera fácil. Excepto que fácil no parecía estar en mi futuro.

Una cosa estaba clara. Tenía que decírselo a Cole. Tendría que hacer un plan para hacerlo lo antes posible.

COLE

El whisky estaba a temperatura ambiente, justo como me gustaba. Descubrí que tomar una copa parecía detener lo peor de los temblores, que últimamente parecían un poco más intensos, aunque podría estar imaginándomelo. De todos modos, no me serviría durante una cirugía. Nadie quiere que un cirujano medio borracho le opere.

Y los betabloqueantes que me recetó el Dr. Ballard tampoco estaban ayudando. Los había estado tomando durante unas semanas, tiempo más que suficiente para que hicieran efecto, pero el estrés de todo lo relacionado con la demanda estaba contrarrestando cualquier beneficio que pudieran tener. Sabía que los niveles de estrés estaban contribuyendo a los temblores, pero no había nada que pudiera hacer.

Desde que se involucró el mitigador del seguro y contraté a un abogado, había sido inútil. Había realizado muchas menos cirugías e incluso utilizado algunos días de permiso retribuido solo para mantener la cabeza despejada. Sabía que estaba bebiendo más y evitando también a Rose, pero mi estado de ánimo había pasado de optimista y esperanzado a francamente enfadado y deprimido. Odiaba que me acorralaran así y no había una solución fácil.

Me enfurruñé, sirviéndome otra copa y mirando por la ventana trasera a los conejos que saltaban alrededor de un parche de trébol

bajo el árbol que daba sombra. La vida había sido tan sencilla hace solo unos meses. Era una locura lo rápido que las cosas cambiaban y se volvían muy oscuras. Se sentía como la primavera, cuando todo está brillante y soleado un minuto y dos minutos después, puede llegar la tormenta del siglo y destruirlo todo. Eso era lo que estaba atravesando.

Me desplomé en un taburete de la cocina y miré por la ventana con la mirada perdida. El alcohol me hacía dar vueltas la cabeza, y me resultaba más fácil pensar mientras estaba sentado. Juan me había estado animando a dejar que los abogados se pelearan, pero yo había hecho mi propia investigación. Para alguien sin conocimientos informáticos o capacidad para analizar archivos o programas, parecía que el hospital tenía razón: que yo había jodido las cosas gravemente.

Pero yo sabía lo que vi. Estaba completamente seguro de que cuando revisé esos archivos, nunca contenían la información específica que me habría hecho sentir precavido sobre la cirugía. Intenté recordarme que lo importante era que yo sabía que no tenía la culpa, y que el senador seguía vivo. Esas eran las prioridades principales, pero no importaban si él seguía culpándome y el hospital quería hacerme responsable. Lo perdería todo, incluso si mi conciencia estaba tranquila.

El whisky me llamaba, suplicándome que llenara mi vaso otra vez, pero me contuve. Solo eran las cuatro de la tarde. Se suponía que Rose vendría esta noche, pero no estaba de humor. Sabía lo gruñón que estaba y lo había estado ocultando, escondiéndolo de ella. No sabía si podría hacerlo esta noche. Ponerse una máscara cuando las emociones eran tan intensas era casi imposible, y ella no merecía mi mala actitud.

Saqué mi teléfono y pensé en llamarla para cancelar, pero ella me dijo que tenía algo importante que contarme, algo que la emocionaba. También escuché el tono de su voz: felicidad nerviosa. No sabía qué era lo que quería contarme, pero sabía que

independientemente de cuál fuera su buena noticia, no podría celebrar con ella y me sentiría mal.

Pero decidí no cancelar de todos modos. Verla podría ser exactamente lo que necesitaba para dejar de pensar en mi propio problema y pensar en otra persona. Kate solía decir eso: que cuando me sentía deprimido, ayudar a otra persona era la manera de salir de ello. Era sabia de esa manera, y nunca lo entendí hasta que murió. Me vi obligado a volver al trabajo demasiado rápido, y pensar en ello como ayudar a otros fue realmente lo que me ayudó a seguir adelante.

Sonó el timbre de la puerta, y suspiré. Odiaba sentir que ponerme en piloto automático y reprimir mis sentimientos era una obligación, pero sabía que lo era. No podía dejar que Rose me viera desmoronarme así. Necesitaba ser fuerte por ella y no quería que hiciera preguntas. Si ella supiera que yo era la razón por la que todo el hospital estaba en pie de guerra con la amenaza de recortes de personal, nunca me vería de la misma manera.

Rose merecía a alguien que cuidara de ella, y nunca podría hacerlo sin un trabajo. Si la demanda no acababa conmigo, lo harían los temblores, y no le serviría de nada. Me negaba a ser un inútil sentado en un sofá dejando que su pareja se ganara el pan para la casa. Solo tenía que averiguar cómo arreglar esto. Rápido.

Me dirigí a la puerta tratando de meter al monstruo en el armario de mi mente, pero el alcohol lo hacía más difícil. Cuando abrí la puerta, Rose pareció preocupada casi inmediatamente.

—Pasa —gruñí, y mi cabeza dio vueltas. Esperé a que entrara, pero se detuvo a solo unos pasos dentro del umbral y me miró.

—¿Estás bien, Cole?

Tenía los ojos un poco borrosos, la última copa de whisky realmente me estaba afectando desde que me levanté y me moví. Parpadee

con fuerza y asentí varias veces, y ella extendió sus manos sobre mi pecho, inclinándose para besarme.

—¿Estás borracho? —preguntó, y cuando bajó de puntillas de nuevo a los pies planos, fruncí el ceño. Nunca tuve la intención de ocultar el hecho de que había estado bebiendo, pero sus palabras sonaron más como una acusación que como una pregunta y me molestó.

—¿Y qué si lo estoy? —siseé, y empujé la puerta para cerrarla antes de volverme hacia la cocina. Ella se quedó ahí unos minutos como si estuviera conmocionada por mis palabras, y con la espalda hacia ella, hice una mueca por mi propia estupidez.

Quería mantener todo este asunto lejos de ella para evitar estresarla, y había empezado de la peor manera posible.

—Lo siento, sí. Estoy un poco estresado, así que estoy bebiendo para aliviar eso. ¿Quieres una copa? —me detuve junto a la isla donde mi vaso permanecía sobre la barra, junto al taburete en el que acababa de estar sentado, lo cogí y me giré hacia ella.

Tenía una expresión preocupada en el rostro y negó con la cabeza, así que me acerqué al mueble-bar al otro lado del espacio abierto y me serví otra copa. Me excedí. Sabía que lo hacía, pero estaba demasiado estresado para que me importara. Solo quería que este whisky me dejara inconsciente hasta que el estrés de este suceso pasara y pudiera volver a la normalidad, si es que ahora existía una normalidad a la que volver.

—Cole, ¿estás bien? ¿Hay algo mal? —el tono suave de Rose me hizo sentir mal. Claramente estaba fallando en ocultarle mis emociones, y sabía que ella quería ayudar. El caso es que no podía, ni aunque le contara todo. Ella no podía detener los temblores ni limpiar mi nombre, y descargar esto sobre ella solo la alejaría de mí, la avergonzaría de ser vista conmigo y crearía una brecha entre nosotros. Ella no debería tener que cargar con mi peso.

—Estoy bien —gruñí, y cogí el vaso y me lo bebí de un trago. En cuanto bajó por mi garganta, supe que había sido una mala idea. Ya estaba sintiéndolo y ella acababa de llegar. Las probabilidades de que me desmayara eran muy altas, y aunque eso era lo que quería, realmente no quería que fuera delante de ella. Eso me hizo enfadarme aún más conmigo mismo, y fruncí el ceño de nuevo.

—No pareces estar bien, cariño. —Rose se acercó a mí y presionó su mano contra mi mejilla, y yo me aparté, apretando la mandíbula. No quería hablar con ella. Solo quería que entendiera que esta era mi carga y que no tenía intención de contárselo.

—He dicho que estoy bien. —Aparté su mano de mi cara y retrocedí, pero fui lo suficientemente sensato, incluso en mi estado de embriaguez, como para mantener mi mano lejos de la botella de whisky.

—Vale... —dijo con un tono poco convencido—. Bueno, ¿quieres sentarte y hablar? —Cuando me preguntó eso, mi reacción instintiva fue estallar. Sentí que la rabia crecía dentro de mí y hacía que mi pecho se sintiera como si un globo se estuviera expandiendo en su interior. Acababa de decirle que estaba bien, pero el whisky estaba nublando mi juicio.

—No, no quiero hablar de ello. —Me sentí mal por haberle gritado, pero le acababa de decir que estaba bien.

—Me refería a mis noticias... —dijo, sonando herida. Vi temblar su labio inferior mientras retrocedía. Me sentí como un idiota, y se me cayó el alma a los pies. Lo último que quería hacer era hacerle daño, y lo había hecho de todos modos porque el alcohol me hizo malinterpretarla.

—Rose, yo...

—Para —dijo, levantando la mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas y retrocedió otro paso—. Es obvio que estás pasando por algo y te

niegas a hablar conmigo. De donde yo vengo, cuando estás en una relación con alguien, no se guardan secretos.

—Rose... —la seguí mientras se dirigía hacia la puerta principal, pero me tambaleé al caminar. No haber comido al mediodía y luego ponerme a beber había sido una mala elección. Me estaba emborrachando demasiado temprano.

—No —espetó, deteniéndose y volviéndose hacia mí—. Pensaba que íbamos a alguna parte, pero no estoy segura de qué pensar sobre esto. —Su mano hizo un gesto de arriba a abajo desde mi cabeza hasta mis pies, y negó con la cabeza—. Llámame cuando estés listo para sacar la cabeza de tu culo y tener una relación transparente.

Abrió la puerta, salió y la cerró de un portazo detrás de ella, y yo me quedé allí mirando por la ventana delantera mientras bajaba furiosa por el camino de entrada y subía a su coche. Lo único en mi vida que parecía ir bien ahora iba horriblemente mal, y no estaba seguro de cómo sentirme al respecto.

Me quedé allí sintiéndome vacío durante un rato antes de volver hacia el mueble-bar para servirme otra copa. No había querido hacerle daño y me odiaba por ello, pero quizás esto era lo mejor. Yo era un barco que se hundía, y Rose acababa de coger el último bote salvavidas antes de que yo empezara a hundirme. De todos modos, no quería que se hundiera conmigo. Solo esperaba no haberla dañado permanentemente. Ella merecía cosas buenas, no trauma.

ROSE

El montón de pañuelos de papel a mi lado era más grande que la caja de la que los sacaba. Había estado llorando mucho más de lo saludable, pero las emociones del embarazo me podían. Tampoco me gustaban las náuseas matutinas, aunque habían sido manejables. Comía unas galletas saladas antes de levantarme de la cama, como me sugirió mi madre, y parecía ayudar.

Me hice un ovillo en el sofá y miré la pantalla del televisor donde estaba pausada la película que Alana y yo estábamos viendo. Ella era una especie de compañera sustituta por el momento. Rick había dicho algunas cosas hirientes sobre mí, y ella le pidió que mantuviera distancia del apartamento durante unos días mientras yo lidiaba con mi corazón roto. Ahora mismo, estaba a la vuelta de la esquina en la farmacia comprando más pañuelos y una tarrina de helado para cada una.

No había hablado con Cole en dos semanas. Con aproximadamente ocho semanas de embarazo, sabía que no podía seguir mucho más tiempo sin decírselo —porque sentía que ya empezaba a notársele la barriga— pero no sabía cómo plantearlo. Él no había estado cuando pasé por su oficina, y tampoco había respondido a mis mensajes preguntando si estaba bien.

Cuando aparecí en su apartamento pensando que tendríamos una conversación sobre el bebé y que podría intuir si lo quería o no, me

soltó un bufido. En cualquier caso, podía ver que estaba luchando contra algo durante toda esa semana. Faltaba al trabajo, llegaba tarde, y me sorprendió encontrarlo borracho cuando me presenté en su casa para cenar, esperando decirle que iba a ser padre.

Ahora no sabía qué hacer. Cole estaba pasando por algo y yo también. El problema era que yo estaba más que dispuesta a ser vulnerable y sincera con él, pero él no parecía querer lo mismo. Las palabras de Kiki volvieron para atormentarme. Me preguntaba si esto era a lo que se refería cuando dijo que él no quería abrirse a nadie. Quizás nunca se abriría lo suficiente para confiar a otra mujer su corazón y lo que sentía, y quizás nunca iba a funcionar lo nuestro.

Ese pensamiento me hizo llorar con más fuerza, justo cuando Alana volvió al apartamento con nuestro helado y mis pañuelos. Ya estaba acostumbrada a verme llorar, y me aseguraba que entendía mi situación. Estar embarazada era un gran paso para cualquier mujer. Estar embarazada siendo soltera era enorme. Pero con mi embarazo, sabiendo que ella dependía de mis ingresos tanto como yo, sabiendo que mi madre estaba a horas de distancia, que mi novio no podía ser lo que necesitaba ahora, y el miedo a perder mi trabajo...

—Hola —dijo, sentándose a mi lado. Se había detenido en la cocina para coger dos cucharas y me entregó una, junto con una tarrina de helado de masa de galleta.

Arranqué la tapa y hundí mi cuchara en el helado mientras las lágrimas corrían por mi cara. No tenía ni idea de cómo me había metido en este lío. Debería haber escuchado a Alana desde el principio. Puede que estuviera equivocada sobre Cole presionándome o manipulándome por ser mayor y rico, pero no se había equivocado en lo de protegerme.

No era estúpida. Sabía que las cosas podían potencialmente no salir bien. Ninguna relación estaba garantizada al cien por cien, ni siquiera los matrimonios. Todo el mundo discutía. Toda relación requería trabajo y compromiso. Solo que no pensé que acabaría embarazada y arrepintiéndome de mis decisiones tan pronto. Pensé

que tendría tiempo para procesar las cosas y tomar buenas decisiones, y emborracharme una noche fue simplemente un gran error.

—Oye, todo va a estar bien, Rose. —Alana tomó un bocado de su propio helado e intentó animarme, pero yo sabía que estaba equivocada. No estaría bien. Tenía un sello de fatalidad en la frente. Atraía el mal karma por donde fuera, probablemente gracias a mis años rebeldes de adolescencia. Mamá siempre decía que volverían para atormentarme, y mírame ahora.

—¿Cómo va a estar bien? —pregunté con la boca llena de helado—. Voy a tener que hacer esto sola, Alana. ¿Qué pasará cuando tenga que tomarme unos meses libres cuando dé a luz? ¿Qué pasará entonces?

—Todavía podrías optar por la adopción o... —Su frase se desvaneció antes de terminarla, y sabía lo que estaba pensando.

—La interrupción no es una opción. —Ofrecí una expresión pétrea y ella asintió—. ¿Y cómo podría llevar este bebé a término y luego entregarlo? Mi corazón no volvería a ser el mismo. —Es probable que ni siquiera pudiera entenderme porque tenía la boca llena de helado y estaba llorando, pero ella ofreció una suave sonrisa y me dio una palmadita en la rodilla.

—Entonces te ayudaré a mantenerte.

Su débil intento de hacerme sentir mejor estaba fracasando. Podía ver lo mucho que se preocupaba y quería animarme, pero ella no podía hacer esto sola. Esa era la razón por la que puso ese anuncio en el periódico buscando compañera de piso. ¿Cómo lo haría mientras yo estuviera de baja, y cómo podría yo empezar a pagar las facturas médicas? Sin mencionar el hecho de que ella no sabía nada sobre criar a un bebé y mamá no estaría precisamente cómoda quedándose aquí por mucho tiempo.

—Puede que tenga que volver a casa —dije, y los sollozos surgieron antes de que pudiera contenerlos. No quería volver a casa. Quería quedarme en Denver y trabajar en Twin Peaks. Era algo por lo que me había esforzado durante meses antes de conseguir finalmente la entrevista. Sentía que la vida empezaba a encajar para mí, y ahora sentía que se desmoronaba con la misma rapidez.

—Oh... —dijo, suspirando—. Pero siento como si acabáramos de encontrarnos. —Alana me tocó la pierna de nuevo y sus hombros se hundieron—. ¿Sabes cuánto tiempo he querido tener una amiga cercana como tú? No quiero que te vayas. Simplemente conseguiré un segundo trabajo o algo así para ahorrar mientras estás de baja por maternidad.

La emoción en su voz me hizo llorar más fuerte. Odiaba esto. Quería que mi vida fuera normal, sin interrupciones. Quería que Cole resolviera lo que fuera que estuviera pasando y me ayudara con esto. Si me apoyara, no tendría que volver a casa y dejar a Alana sola. Tampoco tendría que sentir que estaba haciendo esto completamente por mi cuenta, y no estaría volviéndome loca.

—No sé, Alana. Creo que necesito a mi madre. Nunca he estado embarazada ni siquiera lo había pensado. No sé qué esperar ni cómo sentirme. Tienes que entenderlo... Tú también querrías tener a tu madre cerca —fruncí el ceño mientras me metía más helado en la boca e intentaba no pensar en todas mis esperanzas y sueños esfumándose.

Alana dejó su helado y alcanzó la caja de pañuelos sin abrir, rasgó el envoltorio de plástico y la abrió. Me dio unos cuantos y se quedó con uno para ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que se secó los ojos, y me sentí horrible. Esto no solo me iba a afectar a mí. Ya le estaba afectando a ella también. Mi mala decisión una noche en el asiento trasero de un coche iba a trastocarlo todo en mi vida y en la de las personas que me importaban.

* * *

Al día siguiente, Alana volvió pronto del trabajo. Yo me tomé el día libre y dormí hasta tarde. Concerté mi primera cita para la ecografía para asegurarme de que mi pequeñín estaba bien, pero vino acompañada de emociones intensas. No debería ser mi compañera de piso y prácticamente nueva mejor amiga quien me llevara a la cita. Cole debería estar aquí. Él debería ser quien me apoyara, pero estaba demasiado ocupado con cualquier estrés que le abrumaba como para siquiera mantener una conversación conmigo.

—¿Estás lista? —preguntó Alana mientras salíamos del coche y nos dirigíamos a la clínica. Me cogió la mano y me la apretó, y la miré a los ojos nerviosa. No estaba lista, pero no tenía elección. El tiempo avanzaba sin freno y yo luchaba por mantenerme al día.

Asentí, y entramos. Ni siquiera tuve que esperar unos minutos antes de que la enfermera nos llamara. Nos condujo a una pequeña sala de exploración con una única camilla y una máquina con una gran pantalla de ordenador.

—Puedes dejar tu bolso ahí —dijo, señalando el mostrador—, y sube allí. Tendrás que desabrochar el botón de los vaqueros y subir la camiseta —su sonrisa era alegre.

Imaginé que probablemente estaba acostumbrada a hacer esta prueba a madres que habían planeado sus embarazos y que tenían a su pareja con ellas. Me sentí mal del estómago por ello, deseando que Cole estuviera aquí, pero sabía que si estaba demasiado estresado para lidiar con su propia vida tal como era, jamás podría manejar esto además de todo aquello.

Me subí a la camilla de exploración y me tumbé, desabrochándome los pantalones. Luego me subí la camiseta por encima del vientre, exponiéndolo al aire frío de la sala con aire acondicionado. Alana permaneció a mi lado con su mano agarrando la mía y sonriéndome

tranquilizadoramente mientras la enfermera se acercaba con las manos enguantadas.

—¿Estáis las dos preparadas para que venga el bebé? —preguntó alegremente, y yo hice una mueca.

—Eh, no estamos juntas —le dije. Probablemente también estaba acostumbrada a eso, y eso hizo que Alana soltara una risita—. El padre no está en el panorama —mis ojos amenazaron con llenarse de lágrimas mientras hacía esa declaración. Se sentía como el golpe de gracia a cualquier esperanza que tuviera de que Cole finalmente se pusiera en contacto conmigo e intentara arreglar las cosas después de haberme gritado.

—Oh, lo siento por eso. Nunca se sabe hoy en día —dijo, colocando la sonda en mi vientre. El gel que aplicó en el extremo estaba frío, haciéndome estremecer, y casi al instante, oímos un leve latido—. Vaya, mira ahí. Este pequeñín está feliz de verte.

La enfermera giró el monitor para que pudiera ver el contorno lejano de la cabeza y el cuerpo de un bebé. No se me daba muy bien distinguir el resto de la imagen, pero podía ver la cabeza redonda y sonreí. No era nada aterrador. Era exactamente como lo había imaginado y comenzó a calentarme el corazón. Iba a ser madre. Era algo que siempre había deseado, solo que quizás no de esta manera.

Alana soltó un chillido en voz baja y me dio unas palmaditas en el hombro, y no pude evitar que una sonrisa se extendiera por mi cara. Fue un momento dulce oír el latido por primera vez. Pensé que me sentiría más asustada o nerviosa, pero esto empezaba a calmarme mientras aceptaba que la maternidad estaba en mi futuro.

—Entonces, ¿puedes decir qué es? —preguntó Alana, y levanté la mirada hacia la expresión de sorpresa de la enfermera.

—Eh... —dijo, mirándome con una enorme sonrisa.

—¿Entonces, puedes? —pregunté yo también, de repente curiosa por saber si tendría un niño o una niña.

—Bueno, no puedo decirte el sexo pero puedo decirte algo más —su sonrisa solo se hizo más grande mientras señalaba el monitor. Tenía curiosidad, así que observé sus dedos—. ¿Ves esta zona oscura?

—Sí —le dije, entrecerrando los ojos. Sentía como si hubiera alejado la imagen.

—¿Y esta? —dijo, moviendo su dedo a otro punto de la pantalla.

No entendía lo que estaba diciendo pero de repente, no me sentía muy bien. Mis ojos se enfocaban y desenfocaban mientras ella manipulaba la sonda y de pronto, pensé que el latido estaba haciendo eco.

—¿Dos? —dijo Alana suavemente.

—Sí, dos. Señorita Williams, va a tener gemelos —la declaración de la enfermera me dejó sin aliento y jadeando. Me giré hacia un lado de la camilla, y Alana se apartó de un salto cuando vomité.

¿Gemelos?

Me golpeó el pecho como una tonelada de ladrillos y me atraganté con mi propio vómito. No podía tener gemelos. Apenas podía hacerme a la idea de un bebé. ¿Cómo iba a manejar dos a la vez? Esto no podía estar pasando. Necesitaba a Cole, ahora.

COLE

Mis pies se arrastraban por el asfalto mientras botaba la pelota. Me sentía débil, probablemente por deshidratación y fatiga. Había estado bebiendo más, lo que me hacía dormir menos y estresarme más también. No había realizado ninguna cirugía en una semana. Rose no había respondido a ninguno de mis mensajes en días. Estaba lleno de ira y sin whisky, y sabía que si no paraba, iba a causarme un daño permanente. Me sentía peor que días después de la muerte de Kate, sin ninguna vía de escape para el estrés.

—¡El partido está perdido! —dijo Juan, quitándome la pelota. Driblaba sin esfuerzo a mi alrededor y lanzó a canasta. La pelota voló a través del aro y golpeó la red con un susurro, y yo fruncí el ceño de nuevo y troté hacia la línea de fondo para recoger la pelota.

—Cállate —gruñí, harto de sus burlas. Había estado metiéndose conmigo por mi falta de coordinación hoy, y lo odiaba. No era un mal perdedor en absoluto. Solo tenía demasiadas cosas en la cabeza y había estado ahogando mis emociones en alcohol en lugar de enfrentarlas, lo que solo las dejaba embotelladas. No podía evitar que eligieran hoy para empezar a filtrarse.

Sentí que mi mano temblaba un poco e intenté ignorarlo. Los temblores habían sido peores esta semana que la anterior, aunque durante el fin de semana estuvieron un poco mejor. Pero me pasé casi todo el fin de semana durmiendo. Después de reunirme con mi

abogado, que no tenía ninguna novedad sobre la demanda excepto decir que el paciente tenía derecho a continuar o retirarla, me sentía enfadado y fuera de control. Sentía que mi vida pendía de un hilo por el capricho de un hombre con poder y dinero que podía destruirme, y ni siquiera podía defender mi caso.

Lo peor era que la única persona en el mundo que sabía que podía ayudarme se negaba a hablar conmigo porque la había herido, y Juan no tenía ni idea de la profundidad de la ira que sentía. Quería entender, pero a menos que estuviera en mi lugar, nunca lo sabría. Él nunca había conocido una pérdida como yo. No sabía lo que se sentía al ver cómo te arrebatan algo que amas. Vi a Kate escaparse y no tuve ningún control sobre ello. Ahora mi carrera estaba tomando el mismo rumbo y yo estaba indefenso para detenerlo.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó, y le lancé la pelota. La atrapó y me la devolvió, y la cogí, pero apenas. Mi mano se crispó, y la flexioné y la apreté, luego la sacudí.

—Estoy bien —escupí, y empecé a botar la pelota. Se sentía bien. Estaba de espaldas a Juan, cuyo pecho presionaba contra mí. Sus brazos estaban extendidos a cada lado, intentando bloquearme para que no girara. Empujé hacia atrás, manteniendo la pelota en movimiento con una mano mientras miraba por encima de mi hombro y observaba la canasta.

—¿Qué pasa, viejo? ¿Te estás ralentizando? —Este tipo de provocaciones era lo que yo normalmente le hacía a él. Estaba bien con eso porque era solo parte del juego, pero tuve que contener mis respuestas negativas porque sabía que cualquier cosa que saliera de mi boca no serían cosas divertidas o juguetonas. Mi lengua estaba llena de odio debido a mi ira.

Apreté los dientes y lo empujé más fuerte hacia atrás, y él puso una mano en mi espalda, empujándome ligeramente. Había hecho al menos veinte lanzamientos y fallado todos porque cada vez que levantaba la mano en el aire, me temblaba. La mayoría de los tiros

golpeaban el aro y rebotaban lejos, pero dos veces fueron muy a la izquierda. Esta vez, estaba decidido a lograrlo.

Miré la canasta de nuevo y giré rápidamente, saltando sobre un pie mientras levantaba los brazos con la pelota. Voló en el aire y golpeó el tablero antes de rebotar sin control y rodar fuera de la cancha, y grité una maldición de rabia. Juan se rió y sacudió la cabeza. Trotó para recoger la pelota, y cuando volvió y me la lanzó, la tomé y la arrojé con fuerza contra la valla.

—Joder, tío. ¿Cuál es tu problema? —Juan me miró con el ceño fruncido y dio un paso adelante, y mi ira pudo más que yo.

Di dos pasos hacia él y puse ambas manos en su pecho y le di un empujón. Tropezó hacia atrás y vino hacia mí enfurecido, empujando su pecho contra el mío y enfrentándome. Su pecho se hinchaba y su frente tocaba la mía mientras cuadraba los hombros y sacaba pecho contra el mío.

—¿Qué cojones? —preguntó, y casi lo empujé de nuevo, pero cerré los puños y apreté los dientes.

—Solo déjame en paz, ¿vale? —Nos quedamos allí cara a cara en una muestra de dominio hasta que cedí. Sabía que si continuaba, le pegaría un puñetazo, y era mi amigo. No quería destruir otra relación porque mi nivel de estrés hiciera estallar mi temperamento.

Me alejé y caminé hacia el banco, sentando mi enfadado trasero junto a mi bolsa de deporte. Me pasé una mano por el pelo empapado de sudor, y goteó hacia el pavimento debajo de mí mientras me inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en las rodillas.

Juan fue a por la pelota y luego caminó hacia mí y se sentó a unos metros de distancia. Puso la pelota en el suelo entre sus pies y adoptó la misma postura que yo, excepto que mi cabeza estaba colgando y sus manos estaban entrelazadas.

—Lo entiendo, Cole, estás pasando por una mierda. Así que háblame. —La forma en que reaccionó ante mí no era lo que esperaba, pero no lo odié. Simplemente no sabía qué decir. Contarle lo que estaba pasando no iba a cambiar nada en absoluto. Solo permitía que alguien más conociera mi vergüenza.

—¿Qué digo? —pregunté, encogiéndome de hombros. Levanté la cabeza y miré hacia el parque. La gente corría y caminaba por los senderos. El sol caía sobre toda la zona, cocinádonos con su calor. Los niños reían y soltaban risitas, e incluso había algunos perros corriendo por ahí. Todos los demás disfrutaban de la vida mientras yo luchaba por existir bajo el peso de todo lo que estaba pasando.

—Bueno, empieza por lo que te tiene convertido en un viejo cascarrabias —dijo, y se rio.

No sabía qué era lo que más me molestaba: el hecho de que me estaban demandando por casi matar a alguien, los temblores que definitivamente iban a acabar con mi carrera como cirujano, o la idea de que podría haber destruido la única cosa pura en mi vida ahora mismo.

—¿Cómo? —pregunté, y le miré. Asintió con la cabeza. Juan no era ajeno a los problemas o al estrés, pero simplemente no tenía ni idea.

—¿Es por la demanda? —preguntó, y esta vez, asentí yo.

—Sí, bueno, eso y algunas otras cosas. No tengo ninguna posibilidad, y siento que ni siquiera tengo la oportunidad de expresar lo que pienso. —Suspiré profundamente—. Mi carrera habrá terminado. Son más de veinte años de trabajo duro tirados por la borda porque Victor Ronald tiene que proteger una máquina de mil millones de euros que le da empleo. —Sacudí la cabeza y la agaché.

—Sí, es una mierda —dijo, y oí la resignación en su tono. Incluso él sabía que lo que estaba pasando era una mierda. Nadie debería tener que sufrir esto. Era la razón por la que teníamos garantías

como el seguro de negligencia médica y los contratos. Sin embargo, a la hora de la verdad, era cada uno por su cuenta.

—¿Supongo que tu abogado no tiene esperanzas? —La pregunta de Juan me hizo estremecer. El abogado nunca tuvo esperanzas. Me dijo que simplemente llegaríamos a un acuerdo y reduciríamos los daños, pero yo no iba a ceder. No había hecho nada malo. Iba a luchar.

Mi mano tembló un poco, así que la junté con la otra y moví un poco el cuello mientras respondía. —Voy a luchar contra esto sin importar lo que digan, Juan. Solo desearía tener a alguien de mi lado...

Mis ojos se fijaron en el banco justo fuera de la zona de baloncesto donde Rose había estado sentada el día que me acerqué a ella por primera vez en serio para hablar de salir juntos. Juan me empujó un poco, se burló un poco de mí y, al final, ella accedió a acompañarme a tomar un batido. Qué diferentes eran mis emociones aquel día de las de hoy, y deseaba poder retroceder en el tiempo hasta ese momento en que la química entre nosotros era tan intensa y real.

Ahora mataría solo por oír su voz. No me había dado cuenta de lo mucho que había llegado a depender de una sonrisa suya o de tropezarme con ella durante el trabajo, de su risa ante mis chistes estúpidos o de la forma en que siempre tenía algo alentador que decir. La fastidié de verdad cuando le gruñí, y me arrepentí en el momento en que desperté después de haberme desmayado esa noche.

—Bueno, no te voy a mentir y decirte que hay algo que pueda hacer, pero estoy aquí para hablar. No puede ser fácil lo que estás pasando.

La absoluta falta de capacidad de Juan para ayudarme solo me frustró. No podía culparlo, pero no quería sentarme aquí sintiendo que solo me tenía lástima. Me levanté y agarré mi bolsa.

—Mira, tío, no me apetece esto. Tendrás que jugar solo hoy. Voy a ir a casa a ducharme. —Colgué mi bolsa de deporte en mi hombro, y

él se levantó y me dio la mano. El apretón de manos se convirtió en un tirón contra su pecho y una fuerte palmada en mi espalda.

Asentí mientras me alejaba y él dijo: —Llámame si necesitas desahogarte. Podemos ir a tomar algo.

Me toqué las cejas con los dedos en un saludo burlón, pero sabía que no lo haría. Tenía que dejar de enterrar mis sentimientos con alcohol o acabaría siendo adicto. Salí de ese agujero una vez después de que Kate muriera, y no iba a volver. No podía.

Fui a mi coche y me subí, y cuando me senté, sonó mi teléfono. Lo saqué de mi bolsa, esperando que fuera Rose llamándome, pero era solo el mediador del seguro. Lo mandé al buzón de voz, pero la abrumadora necesidad de escuchar su voz me golpeó y simplemente tuve que intentar llamarla de nuevo. Marqué su número, y sonó hasta el buzón de voz y le dejé otro mensaje, esperando que este fuera al que respondería.

—Rose, soy yo... Cole. Por favor, llámame. Siento haberme comportado como un imbécil. Te echo de menos, y esperaba que estuvieras libre para hablar un rato. Necesito una amiga.

Eso era lo más sincero que podía ser con ella y aun así mantener mi privacidad. No creía que pudiera sentirme bien abriéndome y contándoselo todo todavía, pero necesitaba la seguridad de que no habíamos terminado completamente. No quería perder todas las cosas buenas de mi vida a la vez. Dios sabe que no sobreviviría a eso.

ROSE

Recibí sus mensajes, los doce. También treinta y dos mensajes de texto, pero después de enterarme de que estaba embarazada de gemelos, ahora era yo la que estaba entrando en pánico, no él. Cole estaba listo para hablar de lo que fuera que estuviera pasando, pero yo tenía miedo, tanto por mi carrera como por lo que me diría. Claramente estaba estresado por algo, y contarle que iba a ser padre por partida doble al mismo tiempo no parecía justo.

No solo tendría más peso sobre sus hombros, sino que el estrés de aquello con lo que estuviera lidiando solo lo pondría más tenso. No pensaría con claridad cuando le diera la noticia, y eso haría que reaccionara de forma diferente a si estuviera tranquilo.

Simplemente no sabía cuánto tiempo más podría mantenerlo en secreto. Le conté a mi madre sobre los gemelos y estaba encantada. Quería venir a Denver inmediatamente para ayudarme a prepararlo todo, pero le dije que esperara. Alana y yo tuvimos varias conversaciones. Era obvio que no podría criar a unos gemelos en ese pequeño apartamento, y ella insistió en que podríamos encontrar un lugar más grande. Todo esto realmente nos acercó como amigas, pero me sentía como un peso muerto. Si una madre normal se tomaba seis semanas de baja tras el parto, ¿qué haría yo?

Estaba en el ascensor subiendo hacia la tercera planta de pediatría y temiendo mi turno de trabajo. No había estado tan enferma

últimamente, y a las once semanas el médico me dijo que eso era único, especialmente con gemelos. Mamá se lo atribuía a su batido de proteínas y yo a la depresión. Echaba de menos a Cole. Echaba de menos la química única que teníamos y la conexión que parecía tan fuerte, como si hubiera sido establecida por el destino mucho antes de que nos conociéramos.

Echaba de menos el olor de su piel y la forma en que contaba chistes tontos. Echaba de menos su risa y la manera en que acunaba mi mejilla cuando me miraba a los ojos. Habían pasado semanas desde que hablamos, y aunque él estaba intentando comunicarse, simplemente no podía.

Las puertas del ascensor se abrieron y salí a la planta. Las enfermeras estaban reunidas alrededor del puesto de enfermería con expresiones alegres. Pam y Ginny estaban en otro lugar ahora. Había pedido estar en el segundo turno en lugar del primero para no correr el riesgo de encontrarme con Cole, y hasta ahora funcionaba, pero significaba acostumbrarme a un conjunto completamente diferente de compañeros de trabajo, aunque Kiki estaba aquí.

Me acerqué, lista para coger mis gráficos y hacer mis rondas, y Kiki me sonrió y me dio un codazo en el hombro cuando alcancé el archivador.

—¿Has oído las buenas noticias? —preguntó, y me guiñó un ojo moviendo las cejas. Las otras enfermeras estaban tan contentas ahora, pero no me importaba. Había algo que me pesaba tanto que ni siquiera sus buenas noticias podían cambiar.

—No —murmuré, tratando de no sonar como una completa aguafiestas. Solo quería centrarme en hacer mi trabajo y mantener un perfil bajo. Luego tenía que ir a casa y tomar algunas decisiones difíciles. Tenía exactamente veintiuna semanas para tener un plan completo para mi futuro, y la probabilidad de tener que volver a vivir con mi madre era tan alta que resultaba paralizante.

—El hospital no va a hacer recortes. La demanda que estaba pendiente no va a seguir adelante. El paciente no va a demandar a Twin Peaks ni a Premier Health. —Sonrió radiante y aplaudió varias veces, pero incluso la eliminación de esa parte de ansiedad periférica que había estado cargando no era suficiente para aliviar mi estado de ánimo. Suspiré y asentí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pero en realidad no estaba interesada en escuchar la respuesta. Simplemente no quería que pensara que era una completa idiota por no preocuparme. Sí, era algo bueno para todas las enfermeras y estaba contenta por eso. Pam probablemente estaba eufórica de que no tendría que hacer mi trabajo, pero yo acabaría renunciando a él de todos modos. Simplemente contratarían a alguien más para hacerlo.

—Bueno, son malas noticias para el Dr. Zorro Plateado, eso seguro. —Una de las otras enfermeras, cuyo nombre no conocía, habló, y al oír el apodo de Cole, levanté la cabeza de golpe, necesitando saber de repente.

—¿Qué es eso? —pregunté, y di un paso hacia ella, tragando el nudo instantáneo en mi garganta. No entendía qué tenía que ver la retirada de la demanda con Cole o por qué era algo bueno para nosotras. ¿Cómo podía pensar siquiera en beneficiarme de algo que le haría daño?

—Él es el idiota que casi mata al paciente. La junta del hospital lo encontró negligente y el paciente lo está demandando a él en su lugar. Así que nosotras conservamos nuestros trabajos. —Me estremecí cuando la enfermera sin nombre insultó al hombre que amaba y negué con la cabeza, retrocediendo. Mi mano fue a cubrirme la boca, y Kiki me miró con confusión.

—¿Estás bien? —preguntó, y me sentí tan mal que podría vomitar aunque la última vez que realmente había vomitado fue hace días.

—Eh, sí, bien —le dije, mirando el reloj. Solo eran unos minutos después de las cuatro y si me daba prisa, podría llegar a su consulta

a tiempo. Ahora entendía las razones por las que había estado tan abrumado y listo para morderme la cabeza. Lo estaban demandando por negligencia médica y nunca até cabos. Me sentí como una completa idiota.

Me di la vuelta bruscamente, ignorando el hecho de que tenía un trabajo que hacer, y corrí hacia los ascensores. Bajé hasta su planta y salí disparada del ascensor tan pronto como se abrieron las puertas. Los mensajes que me había dejado se repetían en mi mente una y otra vez. Me había dicho que necesitaba una amiga, y los ignoré porque tenía miedo de lo que mi secreto pudiera provocar. Definitivamente ahora no era el momento de contarle sobre los gemelos, pero me sentía muy mal por haberlo dejado solo mientras sufría de esta manera.

La luz de su despacho estaba encendida y las persianas cerradas, así que no podía ver el interior, pero sabía que estaba allí. Ni siquiera llamé. Abrí la puerta y entré directamente, y lo vi recogiendo sus cosas como si estuviera listo para marcharse.

—¿Rose? —dijo, sorprendido de verme, y cerré la puerta tras de mí y negué con la cabeza mientras me acercaba a él.

—Lo siento muchísimo, Cole —le toqué ambas mejillas y casi sentí ganas de llorar—. No tenía ni idea. Cualquier pensamiento sobre mi estrés o mis preocupaciones había desaparecido, y todo en lo que pensaba era en él.

—¿Lo sientes? —preguntó, y parecía confundido.

—Lo sé. Las enfermeras me lo contaron. Siento no haber estado aquí para ti. —Mis ojos escudriñaron su expresión mientras se suavizaba, y luego le di un beso en los labios—. ¿Por qué no me lo dijiste?

La frente de Cole se arrugó y puso sus manos en mis caderas. —No quería que pensaras menos de mí. Supongo que acabé haciendo que

eso ocurriera de todos modos, ¿no? —Sus ojos estaban tormentosos, y le sonreí.

—No pienso menos de ti, y quiero escucharlo todo, pero ahora mismo necesito que sepas cuánto lo siento. Si lo hubiera sabido, habría estado aquí. —Lo besé de nuevo, sin importarme siquiera si alguien entraba. Sabía lo precaria que era nuestra situación, y más aún ahora que se complicaba por su demanda y mi secreto, pero cuando alguien a quien amas está sufriendo, haces lo que tienes que hacer para ayudarlo.

—Siento no habértelo podido contar —dijo en voz baja, y lo besé de nuevo.

Su cercanía abrumó mis sentidos. Lo necesitaba más de lo que él sabía, probablemente tanto como él me necesitaba a mí pero no había sido capaz de decírmelo. Estar tan cerca de él otra vez me hacía sentir débil, como si no me acercaba más a él, si no sentía su cuerpo contra el mío, nunca volvería a sentirme completa.

—Te echo tanto de menos —le dije mientras lo besaba de nuevo. Cada beso era una súplica, una desesperación por arreglar esto para él, para nosotros, por deshacer nuestras discusiones y su estrés, y mis preocupaciones, y hacer que todo volviera a la normalidad para que pudiera sentirme completa y pudiéramos seguir adelante. Lo besé más fuerte, atrayéndolo contra mi boca con tanta fuerza que nuestros dientes chocaron.

Cole también se volvió codicioso, atrayéndome contra su cuerpo y aplastando sus labios contra los míos. Era como si hubiéramos olvidado dónde estábamos o lo que estábamos haciendo. Como si nuestra separación solo hubiera hecho que nuestra necesidad del otro creciera más fuerte día a día hasta ahora, cuando la detonación que se cernía en el horizonte fundiría nuestras almas para siempre.

No podía apartarme, no podía recuperar el aliento. Deslicé mis manos por su cuello hasta sus hombros y usé el impulso para empujarlo hacia su escritorio. Se movió voluntariamente, aunque era

más fuerte y podría haberse resistido, y me encontré en el borde del sólido roble, con las piernas abiertas para que pudiera pararse entre mis rodillas.

—¿Aquí y ahora? —preguntó con cautela, y asentí antes de besarlo de nuevo.

—Te necesito. No me hagas esperar. —Mi súplica alimentó el fuego, y él no me decepcionó.

Sus manos encontraron el dobladillo de mi pijama quirúrgico, levantándolo por encima de mi cabeza antes de tirarlo al suelo. Sus ojos me recorrieron, y no pude evitar sonrojarme. Había pasado tiempo desde que mi cuerpo había sido apreciado así.

—Eres preciosa —dijo en voz baja, su voz llena de asombro mientras desabrochaba mi sujetador y lo quitaba también. Mis pezones se endurecieron en el aire más frío, ansiando su tacto.

Cole bajó la cabeza, besando mi cuello y enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Su mano se movió entre mis piernas, rozando mi humedad y demostrando cuánto lo anhelaba. Gimió contra mi piel mientras sus dedos me provocaban a través de la fina tela de mi pantalón quirúrgico y mis bragas.

—Yo también te necesito —gruñó, con la voz ronca de deseo.

Las palabras de Cole enviaron un delicioso calor enrollándose en mi vientre, y gemí en anticipación. Me tenía al borde de mi asiento, literal y figuradamente, y no podía aguantar más. Busqué sus pantalones quirúrgicos, desesperada por deshacerme de ellos también. Sus manos estaban tan impacientes como las mías, y juntos conseguimos desnudarnos mutuamente en un frenesí de tela y jadeos frenéticos.

Cole me levantó, con las manos debajo de mis muslos, y envolví mis piernas alrededor de su cintura. Me sentó de nuevo en el escritorio, sin dejar de besarme mientras se colocaba entre mis piernas. Lo guié hacia donde más lo necesitaba, y con una embestida profunda

y satisfactoria, me llenó. En cualquier otro momento, le habría pedido un condón, pero estaba tan metido en ello, y yo sabía que lo peor ya estaba hecho. Ya estaba embarazada de sus bebés y él ni siquiera lo sabía. Dejé que se deslizara dentro de mí y simplemente disfruté de la sensación de su piel deslizándose en la mía.

—Dios mío, no tienes ni idea de cuánto te he necesitado. No vuelvas a hacer esto nunca más. Pertenecemos el uno al otro. —Sus gruñidos contra la piel de mi cuello mientras mordisqueaba y succionaba me hicieron estremecerme y aferrarme a él. Sus manos agarraron mis caderas, luego una se deslizó para acariciar mi pecho. Lo amasó y pellizcó mi pezón, y yo jadeé mientras enganchaba mis tobillos detrás de su cintura y lo atraía más profundamente.

—Dios mío, cariño, lo siento tanto. Lo siento muchísimo. —Todo lo que podía hacer era disculparme por no estar ahí para él cuando más me necesitaba. Me sentía como la peor novia del mundo. Había dejado que su mal humor me alejara y nunca me detuve a preguntar por qué estaba tan disgustado.

—Mmm —gimió en mi hombro, luego hundió sus dientes mientras seguía embistiendo. Su miembro se sentía increíble, como si no hubiera tenido sexo en años, y ya estaba al límite. Siempre había sabido exactamente cómo hacerme llegar al orgasmo, y aparentemente, eso no había cambiado.

—Cole, te quiero tanto. —Salió como un gemido y un quejido mientras él aumentaba el ritmo. Sus caderas golpeaban las mías con una fuerza que no sabía que era capaz. La acción hizo que mi espiral se desenredara en deliciosas ondas, y me estremecí y me apreté a su alrededor mientras metía su miembro en mí una y otra vez.

Mis uñas se clavaron en su piel. Mordí su pecho para ahogar mis gemidos, y sus manos me atrajeron con más fuerza hacia su miembro para que golpeara mi pared posterior y me hiciera sacudir. El orgasmo fue increíble, y nunca quise que terminara.

Cole me levantó y se sentó en su silla, sin romper ni un momento el beso entre nuestros labios. Continuó embistiendo mientras se reclinaba hacia atrás y se arqueaba contra mí. Su polla se sentía tan bien dentro de mí, y sabía que la echaría de menos cuando finalmente saliera.

—Cole —susurré en su oído, y le oí gruñir. Su cuerpo se estremeció, su miembro pulsó, y supe que estaba corriéndose. Enterró su cara en mi cuello y gimió mientras sentía su calidez llenándome.

Cuando sus embestidas se ralentizaron, sus labios reclamaron los míos nuevamente. Llegaba tarde a mi turno, goteando su semen, y deseando aferrarme a él. Teníamos mucho de qué hablar, pero algo me decía que íbamos a estar bien.

—Tengo que ir a trabajar... —dije con pesar.

—Llámame. Por favor... —Se incorporó, besando suavemente mi pecho, y respiré su aroma—. Quiero verte esta noche.

—Lo haré. —Me aparté de él con reluctancia y usé pañuelos de su escritorio para limpiarme. Ambos nos vestimos e hicimos planes para hablar más tarde esa noche durante mi descanso para cenar, y quizás, si no estaba demasiado exhausta, iría a su casa esta noche. Y luego me escabullí.

Lo que eran buenas noticias para mí eran malas noticias para él. No estaba segura de qué pensar sobre eso, pero sabía que lo resolveríamos juntos. Al menos ahora sabía por lo que estaba pasando, y eso me daba la paciencia que sentía que necesitaba para mantener mi secreto un poco más. La demanda no duraría para siempre, y quizás esto era una señal de que guardar mi secreto no era algo horrible. Quizás lo lograríamos después de todo.

COLE

Rose salió de mi despacho y me desplomé tras mi escritorio. La forma en que irrumpió en mi presencia y me pilló por sorpresa literalmente cambió toda mi perspectiva sobre las cosas. Me temblaba la mano mientras cogía mi botella de refresco para dar un trago. Tenía algunas cosas más que terminar aquí en el trabajo antes de irme a casa, pero reencontrarme con ella había alegrado mi día.

Tuvimos una breve conversación, limitada porque ella comenzaba su turno, y me sentí mucho mejor sobre las cosas. Me dijo que había oído hablar de la demanda y que lamentaba no haberlo entendido. Fue culpa mía. No había sido abierto ni honesto con ella, y nunca le di la oportunidad de ser comprensiva o de apoyarme. Había subestimado su capacidad para verme de manera positiva. Pensé que sería crítica, y me di cuenta de lo prejuicioso que había sido por mi parte pensar así.

A pesar de la demanda y los temblores, me quedé sentado con una estúpida sonrisa en la cara. Rose Williams era realmente lo mejor que me había pasado en muchísimo tiempo, y era un idiota por haber pensado lo contrario. Sí, parecía reservada, pero sabía que estábamos corriendo un enorme riesgo por el mero hecho de estar a solas en mi despacho, por no hablar de tener sexo en el trabajo mientras estábamos de servicio. Sabía que habían despedido a gente por menos, así que intenté no darle demasiadas vueltas. Si ella no

iba a tener en cuenta mi mala actitud, yo no iba a tener en cuenta su comportamiento distante.

Salí de mi despacho para terminar las últimas visitas a pacientes con un paso animado. Ella nunca podría entender lo mucho que significaba para mí tenerla de mi lado. Ni siquiera conocía todos los hechos, pero me apoyaba plenamente y prometió que no sería algo que nos separaría. Todavía había un poco de ansiedad dando vueltas en mi cabeza por los temblores de las manos y lo que ella pensaría, pero intenté apartarlo. Pensar en eso me hacía preocuparme de nuevo por mi futuro, y quería quedarme en mi lugar feliz.

Visité a la señora Whitaker, una paciente que veía a un médico diferente, pero sus vacaciones coincidían con su recuperación. Me ofrecí voluntario para hacerle un seguimiento, y estaba bien. Luego revisé al señor Fischer, que se había sometido a una cirugía de hernia en una situación de emergencia. A veces me sentía un poco inútil ya que me estaba absteniendo de coger cirugías, pero sabía que hasta que mi especialista y yo tuviéramos un seguimiento, me resultaría difícil ocultar los temblores. Me las arreglaba ayudando a otros, y por ahora estaba pasando desapercibido para la junta directiva del hospital.

Cuando terminaron las visitas a los pacientes, miré la hora y me di cuenta de que solo me quedaban unos minutos hasta mi revisión. El Dr. Ballard y yo habíamos programado una videoconferencia para esta tarde, y estaba ansioso por informarle sobre el estado de mis temblores. Me dirigí a mi despacho y me aseguré de cerrar la puerta con llave al entrar. Esta cita era crucial para ayudarme a mantener mi confianza.

Inicié sesión en mi ordenador y esperé. Unos tres minutos antes de la hora programada para unirme a la teleconferencia, recibí un correo electrónico con el enlace. Me pasé la mano por el pelo y hice clic en el enlace, y mi ordenador se unió a la sesión. La cara del Dr. Ballard apareció en mi pantalla, y bajé el volumen para asegurarme de que nadie fuera de mi despacho pudiera oír.

—Dr. Hastings, ¿cómo está hoy? —el Dr. Ballard me sonrió, pero yo estaba demasiado nervioso para devolverle la sonrisa.

—Yo, eh... estoy bien. ¿Y usted? —me tembló un poco la mano, y la metí debajo del escritorio, juntándola con la otra.

—Estoy bien, gracias. Tengo todos los resultados de sus pruebas de imagen y análisis de sangre, y no me sorprende tener que decirle que no hay nada concluyente. ¿Cómo se ha sentido? —sus palabras tampoco me sorprendieron. A pesar de desear que hubiera habido algún diagnóstico fácil para esto y un tratamiento rápido y sencillo, por doloroso que fuera, mi instinto me decía que este sería el caso.

—Estoy bien. Un poco estresado a veces, y preocupado, pero gozo de buena salud. —Era una mentira total, pero ¿qué se suponía que debía decirle? Las palabras "poco" y "estrés" no pertenecían a la misma frase.

—Bien, me alegra oír eso. ¿Qué hay de los temblores? ¿Están funcionando los betabloqueantes? —Levantó las cejas expectante, pero yo no tenía buenas noticias para él. Era desgarrador admitirlo, pero los tratamientos más básicos no estaban funcionando.

—Mis temblores no han mejorado. Odio decirlo, pero el nivel de estrés me está afectando. Bebí durante un tiempo, pero me di cuenta de que no era bueno y lo dejé. Los temblores son un poco peores ahora, y no estoy contento con eso. —Ser honesto sobre esto era mi única opción. No podría ayudarme si vivía en la negación. Era un especialista que veía esto todo el tiempo y lo trataba. Si alguien podía ayudar, era él.

Me miró con el ceño fruncido y asintió como si aceptara su propia derrota con la opción de tratamiento inicial. —Bueno, podemos probar con otro betabloqueante, pero en mi experiencia, si uno no funciona, ninguno lo hará. —Suspiró y volvió a mirar lo que fuera que tenía en la mano, y luego a mí—. Tenemos algunas opciones, pero no son buenas. Te sacarán del juego durante un tiempo.

Eso era exactamente lo que no quería oír. Entre el viaje con Rose y el tiempo que había estado ausente debido al pánico y las bajas por enfermedad, no me quedaban más días de permiso remunerado para usar. Tenía que guardar algunos días para las vacaciones navideñas e incluso entonces, estaría al límite. Pero quería conocer sus opciones.

—¿Cuáles son?

—Bueno, podemos hacer una estimulación cerebral profunda, pero la recuperación llevará tiempo. O hay un nuevo tratamiento con Botox, pero aún no es muy prometedor —Se frotó la cara y pareció pensativo—. Pero probemos estos nuevos betabloqueantes y veamos qué hacen. Me gustaría que probaras una clase de yoga o algún tipo de actividad para aliviar el estrés. Sin duda te ayudará si estás menos estresado.

Escucharle decirme que tenía que reducir mi estrés me sonó como una sentencia de muerte para mi carrera. Estaba viviendo el momento más estresante de mi vida. Ni siquiera perder a Kate se había sentido así. Claro, parte de la presión había desaparecido después de saber que Rose conocía la demanda, pero la demanda seguía pendiendo sobre mi cabeza. No podía simplemente hacer un gesto con la mano y hacer que desapareciera. Por no mencionar lo estresado que estaba por estos temblores en las manos para empezar.

—Claro, nuevos betabloqueantes —le dije, y sabía que las otras opciones de tratamiento ni siquiera eran opciones. No podía someterme a una estimulación cerebral profunda sin quemar otras dos semanas de baja remunerada, que no tenía. Y el Botox era tan nuevo que no confiaba en él. No quería que alguien inyectara Botox en mi cerebro.

—Muy bien. Enviaré una receta a tu farmacia, y tómate un tiempo para relajarte. Programemos un seguimiento en cuatro semanas, ¿te parece? —Sonrió de nuevo, y esta vez, ni siquiera pude ofrecer una expresión tranquila. Simplemente asentí.

—Sí, gracias, Doc —Esperé a que desconectara la llamada, y luego apagué mi ordenador. No era en absoluto la noticia que quería escuchar, aunque tampoco estaba seguro de esperar algo diferente.

Mi vida realmente atraía todo tipo de porquería negativa, y Rose era una joya por formar parte de ella. Solo esperaba que las cosas negativas no la asustaran. Tenía la sensación de que iba a entrar en un lugar oscuro de nuevo, y sabía cómo le había afectado la última vez.

ROSE

Estaba de pie junto a la cocina de Cole, removiendo la olla de salsa de espaguetis mientras él se encontraba junto a la ventana de su salón mirando la tormenta. Estaba oscuro, casi como si fuera de noche a pesar de ser media tarde, y los truenos hacían temblar toda la casa. Sentía que el tiempo coincidía con el estado de ánimo de Cole hoy... como su humor de cada día durante semanas.

Habíamos arreglado las cosas hace semanas, pero seguía siendo el mismo tipo malhumorado y sombrío que me apartaba, excepto que ahora sabía por qué. Me sentía triste por él y, más que nada, quería solucionar las cosas, pero no podía. Sabía que la demanda tenía que seguir su curso y, en este momento, los abogados estaban discutiendo formas de mitigar el daño a la carrera de Cole. En secreto rezaba para que todo desapareciera, pero sabía que era poco probable.

—La cena está casi lista —le llamé, esperando que mi cocina le pusiera de mejor humor. Pasábamos juntos algunas noches a la semana, pero siempre estaba tan decaído que no hacíamos mucho más que sentarnos en su sofá y ver la tele. De hecho, incluso intenté despertar su interés por el sexo durante los primeros días, pero simplemente me dijo que no estaba de humor. Habría pensado que me estaba engañando si no le conociera mejor.

Todo esto era un asco. Estaba bien sin tener sexo y, francamente, ahora era bueno que él no quisiera hacerlo. Estaba empezando a notárseme. Los gemelos estaban haciendo que mi vientre creciera al doble de velocidad que en un embarazo normal, y ya tenía que usar camisas muy holgadas para disimular la barriguita que me estaba saliendo. Yo notaba los cambios en mi cuerpo, pero afortunadamente, Cole no se había dado cuenta.

—Vale —dijo con un gruñido, luego se alejó de la ventana y se unió a mí en la mesa. Coloqué la salsa de pasta junto al cuenco de pasta. Había puesto la mesa antes y me serví un vaso de zumo. Cole tenía una copa de whisky. Era su bebida favorita ahora. Durante un tiempo, no estaba bebiendo, pero últimamente, parecía que siempre tenía una copa en la mano cuando yo venía. No era de extrañar que no notara que estaba ganando peso o cambiando de forma. Siempre estaba medio achispado.

—Gracias por dejarme cocinar para ti —le dije mientras le servía espaguetis en su plato. Sus ojos siguieron mi movimiento, y asintió, esbozando una sonrisa breve.

—Gracias por cuidar de mí. Realmente no te merezco. —Cogió mi mano y se la llevó a los labios, y vi la tristeza en sus ojos. Cambié de tema pensando que quizá era lo que necesitaba, que lo distrajera.

—Vaya, está lloviendo a cántaros esta noche. —Sonreí cuando un trueno volvió a sacudir la casa, pero mi elección de tema pareció ser errónea. Frunció el ceño y hundió su tenedor en la pasta, enrollando un bocado en su tenedor. Me estremecí y miré mi propio plato vacío y decidí que debería comer algo también.

Me serví unos espaguetis y me sentí triste. Muchas veces había querido contarle a Cole lo de los bebés con la esperanza de que le animaría, pero muchas veces me contuve. Si existía la más mínima posibilidad de que lo considerara estresante o negativo, si no quería ser padre o si se enfadara conmigo, sabía que no podía decirlo. Así que me quedaba paralizada la mayor parte del tiempo,

preocupándome por mi propio futuro mientras él se preocupaba por el suyo.

—Yo, eh... me enteré por Kiki que el hospital está añadiendo una nueva ala de investigación contra el cáncer... —A estas alturas, habría hablado del Pato Donald solo para sacarlo de ese estado y ayudarle a sentirse mejor, pero él solo gruñía y se encogía de hombros ante todo lo que yo decía.

Tomé pequeños bocados, masticando con cuidado, e intenté no estresarme. Mi presión arterial ya había estado demasiado alta en este embarazo. Mi médica estaba preocupada porque me estresaba demasiado. Ya me había hecho algunas pruebas para determinar qué andaba mal, pero nada era concluyente. Lo único que podía decirle era que estaba preocupada por mi futuro. En realidad, estaba preocupada por mi futuro, mi trabajo, mi relación con Cole y por Cole mismo.

Sentía que todo estaba fuera de control y no había nadie a quien pedir ayuda. Solo podía imaginar cómo se sentía Cole con todo esto. Se atormentaba con el miedo de perder esta demanda y potencialmente también su carrera. Eso, a su vez, me afectaba de muchas maneras, pero sobre todo porque yo tenía un plazo. En solo unas semanas, mi vientre sería lo suficientemente grande como para no poder ocultarlo a nadie, ni siquiera a un Cole Hastings ebrio. ¿Quién sabía cuánto se alargaría la demanda?

—No me encuentro muy bien —le dije después de tomar unos cuantos bocados. Realmente solo quería irme a casa y descansar, pero me sentía mal dejándole así. Sentía que él era mi responsabilidad y que si estaba solo y sufriendo, era culpa mía. Debía estar aquí para él. Si es que había un "él" para quien estar.

Me miró con expresión vacía y asintió, y vi la mirada vidriosa que me dirigió. Estaba sufriendo tanto, y no había nada que pudiera hacer para ayudarle. —Puedes irte a casa, cariño. Siento estar tan decaído.

Me sentí horrible por querer irme a casa, así que suspiré y me aguanté. —No quiero irme a casa, pero ¿quizás podría descansar un rato en tu cama? —Miré alrededor de la cocina. Era un desastre cuando llegué, así que la limpié para poder cocinar. Sabía que él tampoco limpiaría esto, y estaría esperándome la próxima vez que le obligara a comer una comida decente.

—Sí, está bien. Terminaré de comer y luego iré a ver cómo estás. —La falsa sonrisa en sus labios me dolió más que el hecho de que hubiera desconectado mentalmente. No estaba siendo sincero conmigo cuando hacía eso, y ni siquiera creo que se diera cuenta de que lo estaba haciendo.

Contuve algunas lágrimas, me levanté y asentí. No dije nada más mientras me quitaba los zapatos y me metía en su cama. Le envié un mensaje a Alana para hacerle saber que me quedaba a dormir, y ella me preguntó cómo estaba él. No respondí. Simplemente me acurruqué en su cama y me quedé dormida.

Horas después, me desperté al sentir la cama moviéndose cuando Cole se metió conmigo. Olía a alcohol mientras se acurrucaba a mi alrededor, y sentí que la derrota absoluta me invadía. Si no había pronto un avance con la demanda, iba a tener que rendirme. Realmente no era bueno para mí ni para los bebés seguir cargando con tanto estrés. Sabía que él estaba pasando por algo, pero no había mucho más que yo pudiera hacer, y también necesitaba un respiro.

Toda esta situación era un asco. Quería a mi madre, y ese no era un sentimiento que a ninguna mujer adulta le gustara tener.

COLE

Estaba sentado detrás de mi escritorio con una sonrisa estúpida en la cara. O Rose era mi amuleto de la suerte o la vida por fin empezaba a darme un respiro. Coloqué el móvil sobre el escritorio frente a mí, pendiente de la hora, y respiré profundamente aliviado. Victor acababa de llamarme para decirme que el peligro había pasado. El paciente que me había estado acosando durante meses con la amenaza de una demanda por negligencia médica que podría acabar con mi carrera acababa de retirar toda la demanda.

No sabía qué había influido en su decisión o por qué había decidido no seguir adelante con la demanda, pero era la mejor noticia que había recibido en semanas. Necesitaba tomarme un momento para asimilarlo y dejar que esa sensación impregnara cada célula de mi ser. Ya no me iban a demandar, y era un peso enorme que me quitaba de encima.

Después de meses de preocupación y esfuerzo, me sentía libre, aunque todavía tenía que resolver el problema de los temblores en mis manos, pero eso parecía algo tan pequeño ahora que ya no tenía la presión de la demanda. Quería celebrarlo. Quería tomarme el resto del día libre y planear algo especial para hacer con Rose que me ayudara a dejar atrás la lucha de los últimos meses.

Pensé un momento en qué podría ser especial. Ella había estado viniendo un par de veces por semana para cocinar para mí, pero yo

había pasado la mayoría de las noches preocupado y estresado, así que no le había prestado la atención que merecía. Durante un tiempo, ella intentó iniciar la intimidad conmigo, pero yo simplemente no estaba en el estado mental adecuado para disfrutarlo. Sentía que le había hecho un flaco favor, con lo atenta y cariñosa que había sido, mientras yo me comportaba como un bulto.

Le mandé un mensaje pidiéndole que cenara conmigo, y me respondió inmediatamente que sí. Le dije que tenía buenas noticias, y ella me contestó que también tenía algo que quería contarme. No estaba seguro de qué podría tratarse, pero había pasado los últimos meses obsesionado con una demanda. No iba a pasar ni un segundo preocupándome por lo que ella tuviera que decir. Fuera lo que fuese, lo resolveríamos y estaríamos bien.

Una vez que supe que vendría, pedí comida en un restaurante italiano especial y les dije que la entregaran a las cinco. Luego llamé a mi vecino para pedirle que usara mi llave de emergencia para entrar un poco antes de las cuatro y preparar velas y música suave. Con todo organizado, le envié a Rose un mensaje más para hacerle saber que si yo no estaba allí justo a las cinco, que entrara ella misma y que yo llegaría pronto. Después me dirigí hacia los ascensores.

Antes de entrar siquiera en la cabina, me detuvo una llamada telefónica. Era mi línea de emergencia y la llamada procedía del número del hospital, así que no podía ignorarla. Deslicé el dedo para responder y me llevé el teléfono a la oreja mientras pulsaba el botón de llamada del ascensor.

—Hastings... ¿Qué ocurre? —El ascensor tardó un segundo, y escuché a la enfermera mientras esperaba.

—Dr. Hastings, soy Ellen de Urgencias. Usted es el médico de guardia esta noche. Tenemos un infarto de miocardio y le necesitamos en el Quirófano Uno, URGENTE. —Mientras decía estas palabras, mi pecho se tensó y supe que no había forma de

escabullirme. Me había librado de muchas cirugías, pero en mi noche de guardia, no había nada que pudiera hacer.

—Sí, dame las constantes... —Entré en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas, y Ellen comenzó a recitar las constantes vitales del paciente. Me sonaba a que estábamos tratando con una obstrucción completa, lo que significaba que si no realizaba una cirugía de emergencia inmediatamente, el paciente no lo lograría.

Asimilé toda la información mientras marchaba hacia los quirófanos. Definitivamente no llegaría a casa a las cinco, pero si todo iba bien, podría estar allí a las seis como muy tarde. Cuando me acerqué a la sala de preparación, le envié otro mensaje a Rose pidiéndole que fuera paciente y le conté sobre la cirugía, luego entré en la sala y apagué el móvil.

El procedimiento era sencillo. Ya había realizado angioplastias antes y, con suerte, eso sería todo. Mi enfermera de quirófano me ayudó a prepararme, y entré en el teatro quirúrgico listo para empezar. La sala estaba fría y no estaba del todo preparado para ello. Normalmente, la angioplastia no requería enfriar significativamente al paciente, y miré hacia el monitor para comprobar sus constantes. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que no iba a realizar una angioplastia. Este paciente necesitaba un bypass completo.

Supe en ese mismo instante que no estaría en casa ni siquiera a las seis. Me sentí frustrado, pero no podía tomarme tiempo para sentir mis propios sentimientos. Me acerqué al lado de la mesa y extendí la mano: —Bisturí, por favor. —La enfermera me pasó el bisturí, y empezamos a trabajar.

La primera parte del procedimiento fue bien. Hice la incisión inicial y usé la sierra para huesos para cortar a través de su esternón. Mientras lo hacía, otro cirujano trabajaba en seleccionar una vena del músculo de la pierna del hombre para usarla como bypass. Trabajamos en tándem como lo haría cualquier buen equipo, y en menos de tres horas teníamos el bypass colocado y estaba listo para

cerrar al paciente. Sabía que Rose estaba esperando, pero no quería apresurarme.

Mientras comenzaba a succionar la sangre de la cavidad torácica, noté algo horroroso. Mi mano se crispó, y no era la primera vez durante esa cirugía que había ocurrido. La cantidad de sangre que estaba succionando me indicaba que algo había salido mal y ni siquiera me había dado cuenta. Nadie se había dado cuenta, ni siquiera mi enfermera perioperatoria.

—¿Dr. Hastings? —preguntó ella, inclinándose sobre la cavidad torácica abierta del hombre—. Tenemos una hemorragia... — Aumentó ligeramente la succión y me quitó la manguera mientras reposicionaba la luz para que yo pudiera ver con más claridad.

No sabía cómo había ocurrido esto. Tenía que haber rozado una de las arterias al hacer el bypass, y me sentía frenético y tenso mientras llenaba la cavidad torácica con gasas mientras ella succionaba más sangre. No estaba sangrando profusamente, pero no era algo que pudiera dejar abierto. Estaba tan enfadado conmigo mismo.

Todas las cirugías que había realizado así en situaciones de emergencia y ni una sola vez había hecho algo tan estúpido. Me maldije en silencio mientras localizaba la herida. Para cuando la encontramos, una de las otras enfermeras ya tenía otra aguja lista para mí. La suturé y respiré aliviado, pero el reloj marcaba las ocho de la tarde y sabía que Rose probablemente estaba frustrada conmigo.

El Dr. Grant y yo terminamos la cirugía y lo cerramos, luego esperamos otros treinta minutos para asegurarnos de que nuestro paciente estuviera estable y listo para ser trasladado a recuperación. Nadie me dijo nada. Probablemente no sabían qué decir. Acababa de salir de una situación muy comprometida, hablando figuradamente, y mi equipo sabía que si lo ocurrido se informaba a los superiores, estaría metido en un buen lío. No era algo en lo que quisiera ni pensar.

Caminé hasta el aparcamiento y me subí a mi coche antes de encender siquiera el teléfono. No había recibido más respuestas de Rose por mensaje de texto, pero tenía dos llamadas perdidas de ella. Sabía que probablemente estaba molesta. Miré el reloj de la radio del coche y vi que eran más de las nueve. La comida probablemente ya estaba fría hacía tiempo y Rose podría haberse rendido y haberse ido a casa. Arranqué el coche y salí, configurando el teléfono para usar el modo manos libres. Cuando intenté llamarla, no respondió. No la culpaba. Estaba enfadado conmigo mismo. Ella tenía todo el derecho a estar enfadada o dolida. La había invitado a cenar y luego la había dejado plantada.

Conduje hasta mi casa y aparqué, y cuando no vi su coche, supe que había arruinado las cosas. Todavía me sentía aliviado de que la demanda hubiera sido retirada y estuviera fuera de peligro en ese sentido, pero me preocupaba haber herido a Rose y no tener forma de disculparme con ella. Dejar un mensaje de voz simplemente no era una opción. Quería hablar con ella en persona.

Y el temblor durante la cirugía que provocó que se rozara esa arteria también me había dejado trastornado. Lo suficiente como para saber que había que hacer algo. No podía seguir actuando como si nada estuviera mal. Si nadie informaba de lo sucedido esta vez, seguía corriendo el riesgo de que volviera a ocurrir, y no había forma de saber qué pasaría la próxima vez.

Entré en casa y me dirigí directamente a mi mueble bar, lo que había sido mi rutina durante semanas incluso después de decirme a mí mismo que tenía que dejar de beber. Sin embargo, cuando llegué allí, me di cuenta de lo fútil que era. Beber no me había aportado nada excepto ayudarme a enterrar mis emociones durante un tiempo, y esta noche, no quería enterrar las cosas. Quería sentir. Quería sanar mi corazón y ser un hombre mejor, un cirujano mejor.

Así que cogí mi teléfono y busqué la página web del Dr. Ballard. Él había mencionado algunas opciones de tratamiento que me ayudarían a dejar atrás estos temblores para siempre, y sabía que

tenía que dejar de fingir que podía manejar esto solo y hacer lo correcto. Ahora estaba en el camino correcto, y si ignoraba esto y ponía en peligro mi futuro, nunca me lo perdonaría. Rose merecía un hombre que pudiera cuidar de ella, y eso es lo que yo quería ser.

¿Cómo podría cuidar de ella si no podía hacer mi trabajo? Era hora de enfrentarme a lo inevitable y conseguir el tratamiento adecuado.

ROSE

El silencio en el salón de Cole era ensordecedor. Estaba sentada en su estúpido y perfecto sofá, de esos que parecen que nunca han sido usados, mirando fijamente el reloj de la pared. Cada tic se sentía como una bofetada. Oficialmente llevaba tres horas y quince minutos de retraso. Sin llamadas. Sin mensajes. Nada. Me dijo que podría llegar tan tarde como a las seis, pero eran más de las ocho de la tarde y ya había cenado sola.

Intenté convencerme de que tenía una buena razón. Quizás se le había agotado la batería del móvil. Quizás estaba atrapado en un atasco. Quizás... ¿a quién pretendía engañar? Me había dejado plantada. Por qué motivo, no tenía ni idea. Pero estaba harta de quedarme sentada esperando a que me lo explicara.

Los gemelos se movieron dentro de mí, y sentí una repentina y aguda punzada de culpabilidad. Ellos no habían pedido verse arrastrados a este lío, a mi torbellino de malas decisiones y peor momento. Y ni siquiera había pensado en cómo abordar ese tema con Cole todavía. No con lo que estaba pasando. —Lo sé, lo sé — susurré, acariciándome la barriga—. Papá debería estar aquí ya.

Papá. La palabra se sentía pesada, extraña. Y en este momento, Cole no estaba haciendo mucho para merecerla. Su forma de beber estaba fuera de control. Siempre estaba de mal humor, y ahora me dejaba plantada.

Mi estómago se revolvió, como si hubiera decidido unirse al reloj para avergonzarme por estar sentada aquí tanto tiempo. Necesitaba descansar, pero mi obstinación no quería irse antes de que él apareciera. No hasta que pudiera al menos decirle lo que pensaba. Mi cuerpo había pasado por el escurridor últimamente con tanto estrés. Cuidar de él mientras crecían dos bebés dentro de mí me estaba pasando factura. Tenía la tensión demasiado alta y simplemente no estaba durmiendo bien.

Agarré mi móvil otra vez y lo comprobé por lo que debía ser la centésima vez. Seguía sin tener llamadas perdidas, ni mensajes. Solo los dos mensajes de voz que ya le había dejado, ambos sin respuesta.

«Hola, soy yo. ¿Estás de camino?» Ese había sido esperanzador. Ingenuo. Nunca había llegado tarde, pero nunca me había dado un motivo para no estar en casa. Todos en Twin Peaks sabían que no estaba realizando cirugías. Supuse que era por la demanda y su nivel de estrés. Pero quizás simplemente no confiaba en sí mismo después de beber tanto.

El segundo fue menos amable. «Cole, ¿dónde demonios estás? Llevo aquí más de una hora».

Quería dejar un tercero solo para dejar bien claro el mensaje, pero ¿de qué serviría? No estaba contestando, y ya estaba harta de sentirme como una completa idiota por pensar que esta noche iba a ser especial. Había planeado contárselo. Tenía un body con la palabra *Papá* escrita para darle, y luego otro para entregarle que decía *Mamá*, con la esperanza de que captara que eran dos. Ahora ni siquiera sabía si quería contárselo todavía.

—Bien —murmuré, metiendo mi teléfono en el bolso. Mis movimientos eran espasmódicos, la frustración hacía que mis manos fueran torpes. Me levanté, cogí mi abrigo y miré la habitación una última vez. Dejé su comida en la nevera, mi recipiente en la basura para mostrarle que había comido. Fue amable por su parte poner las

velas y la música, pero las apagué inmediatamente. Al salir, apagué cada una de las velas y luego cerré con llave.

No me molesté en dejar una nota. Si él no podía molestarse en aparecer, ¿por qué debería hacerlo yo?

Cerré la puerta de un portazo y me dirigí a la noche. Si Cole quería explicarse, bien podría ingeniárselas para encontrarme.

Para cuando llegué al apartamento, estaba empapada hasta los huesos. Había empezado a llover a mitad de camino a casa, y había estado demasiado cabreada como para coger el paraguas del maletero. La fría llovizna parecía apropiada de alguna manera, como si el universo se estuviera cebando conmigo solo por diversión. Como si conspirara con Cole para romperme aún más.

En cuanto abrí la puerta, Alana estaba allí, con el rostro marcado por la preocupación. Me miró una vez y jadeó. —Rose, ¿qué demonios ha pasado? ¡Estás empapada! —Me hizo entrar y cerró la puerta tras de mí, luego cogió una toalla y me quitó el jersey para después envolverme los hombros con la toalla.

No respondí. Solo me quité los zapatos de una patada, dejé caer mi bolso junto a la puerta y me dirigí directamente al sofá. Mi cuerpo se sentía pesado, como si hubiera estado cargando el peso de mi frustración y desamor durante meses en lugar de horas. Cuanto más avanzaba en este embarazo, más deprimente resultaba. Se suponía que debía estar disfrutando de estos momentos, y solo me sentía culpable por guardar el secreto y enfadada porque Cole no era lo que yo necesitaba. Lo que solo me hacía sentir más culpable por pensar eso mientras él lo estaba pasando mal.

Alana cogió otra toalla del baño y me la lanzó antes de sentarse a mi lado. —¿Cole ha hecho algo? —preguntó, con voz suave pero inquisitiva—. Estabas tan ilusionada con lo de esta noche.

Me reí amargamente, con un sonido brusco y feo. —No hizo nada porque ni siquiera apareció. —Sequé mis pantalones y me quité los

calcetines. No podía creer cómo una pequeña llovizna se había convertido en ese aguacero, y había conseguido pisar todos los charcos del aparcamiento.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Te ha dejado plantada en su propia casa? Menudo capullo.

Asentí, frotándome la cabeza con la toalla. —Esperé más de tres horas, casi cuatro. No llamó, no envió un mensaje. Nada.

Alana extendió la mano y apretó la mía, su pulgar acariciando mis nudillos. —Lo siento mucho, Rose. Eso es... horrible. No te merece. —Su expresión compasiva me hizo suspirar profundamente. No me merecía, pero lo amaba. Y no era que estuviera siendo un imbécil. Estaba segura. Solo deseaba que me hubiera llamado.

—No es solo esta noche —dije, con la voz quebrada. Sentí las lágrimas agolpándose, aunque eso también se había vuelto bastante normal. Las hormonas del embarazo eran horribles—. Es todo. No puedo seguir así. Entre Cole, los gemelos, mi salud... es demasiado. He intentado mantenerme entera, pero ya no puedo más.

La expresión de Alana se suavizó, sus ojos llenos de preocupación. —¿Qué quieres decir? —Había estado apoyándome desde el momento en que me hice la prueba y ella entró al baño. Sabía tan bien como cualquiera cómo me sentía respecto a este embarazo. Sabía que me culpaba por no haber tenido cuidado. Y sabía cómo había llegado a aceptarlo e ilusionarme con la maternidad. Solo quería que tuvieran un padre.

—Estoy diciendo que he terminado —dije, con la garganta oprimiéndose—. Voy a dejar mi trabajo en Twin Peaks. No puedo soportar los turnos largos, el estrés. No es seguro para mí ni para los bebés. Voy a volver a casa de mi madre. Ella puede ayudarme, y tendré tiempo para aclarar las cosas. —Me sentía horrible. Sabía que ella dependía de mis ingresos para pagar sus facturas aquí, y conocerme había sido una respuesta a sus oraciones. Me sentía

como una mala amiga y, encima de todo, me sentía como un fracaso.

Alana parpadeó, sus labios entreabiertos como si quisiera discutir, pero se contuvo. Finalmente, dijo: —Si eso es lo que necesitas hacer, lo entiendo. Solo que... te voy a extrañar muchísimo. —Le tembló el labio al hablar, y supe que estaba tan triste por esto como yo, pero no tenía elección. Con veinte semanas de embarazo de gemelos y problemas de salud encima, necesitaba descansar y a mi madre.

Me mordí el labio, tratando de contener las lágrimas. —Yo también te echaré de menos. Pero tengo que poner a los bebés en primer lugar. No tengo otra opción.

Asintió, aunque su sonrisa era triste. —Rick y yo nos las arreglaremos. Tú solo concéntrate en ti, ¿vale? Y no te olvides de llamarme. Mucho. —La idea de que Rick se mudara y la ayudara era reconfortante, pero también sentí celos. Simplemente sabía que ya no podía más e intenté no ofenderme.

—No lo haré —prometí, aunque las palabras sonaron vacías. Ya se sentía como una despedida.

Después de que Alana desapareciera en su habitación para llamar a Rick, me quedé allí sola, mirando fijamente la moqueta beige como si contuviera todas las respuestas al desastre en que se había convertido mi vida. El apartamento estaba demasiado silencioso, ese tipo de silencio que presiona contra el pecho y hace difícil respirar. La lluvia afuera había amainado, el rítmico repiqueteo contra la ventana era el único sonido que me acompañaba.

Intenté subir las rodillas hasta el pecho y apoyar la barbilla en ellas, pero mi vientre cada vez más grande me lo impidió. El salón vacío de Cole apareció en mi mente. Me había sentado allí esta noche, lista para hablarle de los gemelos, dispuesta a darle la oportunidad de estar a la altura... y en su lugar, no obtuve nada. Ni Cole. Ni explicación. Solo más pruebas de que estaba sola en esto.

Presioné las manos contra mi vientre, sintiendo el más leve de los aleteos. La idea de criar gemelos yo sola me aterrorizaba. ¿Sería suficiente? ¿Qué tipo de vida podría darles por mi cuenta? Ya estaba al límite, mi salud tambaleándose la mayoría de los días. No podía seguir trabajando turnos largos en Twin Peaks, agotándome.

Y sin embargo, ¿qué más podía hacer? Cole no era de fiar. Esta noche lo había demostrado. Si le contaba ahora lo de los gemelos, ¿qué pasaría? ¿Aparecería de repente con rosas y promesas? ¿Le importaría siquiera? Y si fuera así, ¿duraría? Una pequeña y amarga risa se me escapó. Ya sabía la respuesta.

Tenía que protegerme. Más importante aún, tenía que proteger a los gemelos. Nada de perseguir a Cole, nada de doblarme hacia atrás para acomodarle. Si quería formar parte de sus vidas, bien, pero sería bajo mis condiciones. ¿Y si no quería? Bueno, ya me las arreglaría. De alguna manera.

Miré mi teléfono sobre la mesa de café, dudando un momento antes de cogerlo. Me temblaban las manos mientras buscaba entre mis contactos y encontraba el número de mi madre. Me había dicho que podía volver a casa en cualquier momento. Me había resistido durante semanas, aferrándome obstinadamente a la idea de independencia. Pero no era independiente. Ya no.

El teléfono sonó dos veces antes de que contestara, su voz cálida y familiar. —¿Rose? Cariño, ¿está todo bien?

Tomé aire profundamente, con la garganta oprimiéndose. —Mamá, yo... necesito volver a casa.

Su respuesta fue inmediata, firme, y exactamente lo que necesitaba. —Por supuesto, cariño. Tu habitación está lista.

COLE

La llamada fue directamente al buzón de voz otra vez. Por quinta vez hoy. Apreté el móvil con tanta fuerza que pensé que podría partirse en dos. —Rose —dije después del pitido, intentando mantener la voz firme—. Soy yo. Por favor, solo... devuélveme la llamada. Necesito hablar contigo. Lo siento por... todo.

Terminé la llamada y me quedé mirando la pantalla, esperando como un idiota un mensaje, una notificación de llamada perdida, cualquier cosa. No llegó nada, igual que no había llegado ayer ni el día anterior. Tiré el teléfono al sofá y me froté la cara con ambas manos. Necesitaba afeitarme, pero la idea de sostener la cuchilla me hacía estremecer.

Miré mis manos, extendiéndolas frente a mí. Se habían convertido en mis enemigas, temblando de la misma manera que lo hacían frecuentemente últimamente. Había probado los tratamientos: medicamentos, terapia, incluso esa maldita estimulación cerebral que me recomendaron. Nada funcionaba. Los temblores iban y venían a su antojo, recordándome cruelmente que mi cuerpo ya no me pertenecía.

La demanda se había retirado hacía semanas, pero no me sentía libre. No sentía nada cercano a la normalidad. Kansas City supuestamente debía ayudarme a reiniciarme, darme espacio para pensar. En cambio, sentía como si hubiera metido todos mis

problemas en una maleta y me los hubiera traído conmigo. Cargaba con todo ello sobre mis hombros nuevamente, y se sentía tan mal como la ansiedad por aquella demanda. Lo único que no había hecho era volver a beber.

Me arrastré hasta la cocina, abriendo la nevera más por costumbre que por esperanza. Algunas cajas de comida para llevar me devolvieron la mirada, su contenido poco apetecible y rancio. No había cocinado en días. Quizás en semanas. Era más fácil pedir comida a domicilio, evitar manejar cuchillos u ollas que me recordaran lo que había perdido.

Mi estómago rugió, pero lo ignoré, cerrando la nevera de golpe y apoyándome contra la encimera. Miré fijamente los armarios, obligándome a hacer algo, cualquier cosa productiva. Pero la idea de picar verduras o incluso hervir agua se sentía como escalar una montaña.

En lugar de eso, cogí el móvil de nuevo y desplacé la pantalla por mi aplicación de reparto. Hamburguesas. Pizza. Tacos. Daba igual. Elegí el primer sitio que parecía medio decente e hice el pedido. Otros treinta pavos desperdiciados, pero al menos no pasaría hambre.

Mientras esperaba la comida, me quedé mirando la pantalla en blanco del televisor al otro lado de la habitación. Parecía mi vida: vacía, estática. Rose había sido mi ancla en todo esto, y ahora se había ido. No la culpaba. No realmente. Pero si no me devolvía la llamada pronto, no estaba seguro de cuánto tiempo más podría seguir fingiendo que estaba bien.

Miré el teléfono otra vez, el temporizador de entrega descontando minutos en la esquina de la pantalla. Quince minutos hasta que llegara la comida, pero bien podrían ser quince horas. Mi mirada seguía desviándose hacia el registro de llamadas, su nombre apareciendo una y otra vez, un doloroso recordatorio de cada intento sin respuesta.

No solo me estaba ignorando. Había apagado su teléfono. Eso dolía más de lo que quería admitir. Rose no era el tipo de persona que desaparece sin dar explicaciones, y sabía que yo le había dado muchos motivos. Aun así, no podía detener la sensación corrosiva en mi pecho, el miedo de que la había presionado demasiado.

¿Y si no quería hablar conmigo? ¿Y si nunca más quería hablar conmigo?

Me pasé una mano por el pelo, los temblores hacían difícil concentrarme. Tenía que devolverme la llamada eventualmente... ¿no?

El trayecto en taxi al trabajo pareció eterno, aunque el conductor apenas habló y las calles estaban despejadas. Había dudado si llamar para decir que estaba enfermo, pero ¿cuál era el punto? Quedarse en casa no iba a hacerme sentir mejor, y ya había faltado suficiente tiempo durante la demanda y mis tratamientos. Si no me presentaba, me despedirían. Mis manos se agitaban en mi regazo, temblando ligeramente. Me las metí en los bolsillos antes de que el conductor lo notara.

Cuando llegamos al hospital, dudé antes de bajar. El lugar se sentía diferente, como si estuviera entrando en la vida de otra persona. Antes pertenecía a este lugar. ¿Ahora? No estaba tan seguro. Había hecho todo lo humanamente posible excepto que me extirparan parte del cerebro, y nunca más volvería a realizar una cirugía. No podía asimilarlo. ¿Y cómo se lo diría a mis jefes?

El puesto de enfermería bullía de actividad cuando entré, pero no tardaron en notar mi presencia. Kiki me dedicó una sonrisa forzada. —Hola, Dr. Hastings. Me alegra verle de vuelta.

Asentí, sin confiar en mí mismo para responder. Mi cabeza se sentía como si estuviera bajo el agua. Mi pecho se sentía vacío, y la única razón por la que me había presentado hoy era para ver si podía encontrarme con Rose, de la manera en que nos encontramos cuando nos conocimos.

—Es bueno estar de vuelta. —La mentira salió de mi boca con facilidad—. ¿Has visto a Rose Williams? —Odiaba sentirme tan necesitado que la primera pregunta que salía de mi boca fuera sobre ella. Era débil.

—Oh, ¿no te has enterado? Claro... Has estado fuera durante semanas. Rose dimitió. Dijo que se mudaba de nuevo con su madre o algo así. No estoy segura de por qué. —Kiki se encogió de hombros y suspiró—. Tengo que volver. Me alegro de verte.

Se alejó como si no acabara de destruir mi motivación, y me quedé mirándola fijamente durante un rato. ¿Rose se había ido? ¿Simplemente había dimitido y desaparecido sin decirme nada?

Caminé hasta mi despacho y me senté tras mi escritorio, mirando fijamente el papeleo amontonado frente a mí. No era solo papeleo, sin embargo. Era una montaña de responsabilidad, cada formulario un recordatorio de la vida que se suponía que estaba viviendo: el cirujano, el que arregla las cosas, el tipo que lo tenía todo bajo control. Mis manos temblaron cuando cogí un bolígrafo, el ligero temblor haciendo que el simple acto de escribir mi nombre se sintiera como una tarea imposible.

Se suponía que el tratamiento iba a ayudar. Eso es lo que me dijeron cuando acepté la estimulación cerebral profunda. No era una garantía, por supuesto —nada en medicina lo es—, pero me permití creer que funcionaría, que los temblores se calmarían, que recuperaría mis manos, mi vida. Pero hasta ahora, nada. De hecho, quizás ahora estaba peor. Los médicos me habían advertido que podría llevar meses, quizás incluso un año, ver alguna mejora real.

Y aun así, no había promesas.

Debería habérselo dicho a Rose. Debería habérselo dicho a alguien, a cualquiera. Pero ¿cómo podía? ¿Cómo podía admitir ante las personas que me admiraban que no podía controlar mi propio cuerpo? ¿Que no estaba seguro de si volvería a entrar en un quirófano con confianza? Ese pensamiento me mantenía en silencio,

enterrando la verdad bajo capas de excusas y medias verdades. No quería que se preocupara. No quería que nadie viera lo bajo que había caído.

Pero ahora, sentado aquí, el peso de mis decisiones me aplastaba más que nunca. Rose había dimitido, y no podía evitar pensar que era mi culpa. Si hubiera sido honesto con ella, si le hubiera contado por lo que estaba pasando, lo que estaba intentando arreglar, quizás no se habría sentido tan sola. Quizás seguiría aquí. En cambio, la había alejado sin darme cuenta, demasiado atrapado en mi propio desastre para ver lo que estaba sucediendo.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista para ver a una de las coordinadoras quirúrgicas allí de pie, con un portapapeles en la mano. —Dr. Hastings, hay un caso de emergencia. Quirófano Tres. Están pidiendo por usted.

Se me cayó el alma a los pies. Mi primer instinto fue decir que sí, levantarme y prepararme, hacer aquello para lo que me había estado formando toda mi vida. Pero mis manos me traicionaron, temblando a mis costados como para recordarme por qué no podía. Quería hacerlo. Créeme, era el deseo más profundo de mi corazón. Pero sentí pánico mientras me levantaba y seguía a la coordinadora al pasillo.

—¿Cuál es la situación? —pregunté, y la coordinadora recitó algunas estadísticas—. Dr. Hastings, tenemos una mujer embarazada en apuros en urgencias. Posible desprendimiento de placenta. Creen que necesitará una cesárea de emergencia para gemelos. Usted es el único cirujano disponible en este momento.

Se me encogió el estómago. Una cesárea. El procedimiento era sencillo —lo había hecho innumerables veces—, pero esto no era una simulación de entrenamiento ni una operación tranquila y planificada. Era una emergencia. Había vidas en juego, y el temblor de mis manos no había desaparecido mágicamente en los últimos dos minutos.

—¿Puede asistir Patel? —pregunté, aferrándome a cualquier cosa para evitar negarme directamente. Nadie lo sabía, pero yo sabía que tenía que decírselo. Sabía que me costaría mi trabajo y no tenía un plan B, pero no podía arriesgar vidas.

—Está ocupada con un caso de hígado —respondió la coordinadora, con un tono que rozaba la desesperación—. No hay nadie más.

La miré fijamente, con el pulso acelerado. Si decía que no, ¿qué pasaría con esa madre y sus bebés?

Mi corazón ya estaba acelerado, pero una llamada con mi nombre por el sistema de megafonía lo empeoró. La posibilidad de un desprendimiento de placenta a las veinticuatro semanas era terrible. Cada segundo contaba. Intenté estabilizar mis manos apretándolas en puños mientras caminaba, pero el leve temblor persistía, un cruel recordatorio de lo poco que controlaba la situación.

Cuando llegué a urgencias, era un caos. Las enfermeras zumbaban alrededor del área de trauma, los equipos emitían pitidos y las voces se superponían unas a otras en apresurada jerga médica. La paciente estaba parcialmente oculta por la oleada de actividad, pero pude ver su pelo oscuro y su rostro pálido. Todo mi cuerpo sintió la bofetada de la conmoción.

Era Rose. Estaba acostada en esa cama y no estaba seguro de qué pensar.

Mis piernas se bloquearon y, por un momento, no pude moverme. Mi visión se estrechó, centrándose en su rostro, contraído por el dolor, sus manos protegiendo su vientre.

—¿Qué...? —Mi voz se quebró mientras me acercaba—. ¿Qué está pasando? ¿Rose?

Sus ojos se clavaron en los míos, y la mirada que me dirigió no fue menos que furiosa. —¿Por qué estás aquí? —gimió, con la voz tensa pero lo bastante alta para que todos la oyeran—. ¿No se supone que deberías estar escondiéndote de tus problemas? —El dolor en su

tono no era solo emocional. Podía notar que estaba angustiada. Escaneé rápidamente su cuerpo y no vi ningún otro trauma. Mi cerebro de médico intentó reaccionar, pero no estaba seguro de cómo superar el ver su vientre hinchado por el embarazo, un embarazo que me había ocultado tan bien que nunca me di cuenta.

Las palabras me golpearon más fuerte de lo que quería admitir. Ignoré a las enfermeras que de repente estaban muy interesadas en los monitores y evité las miradas de complicidad de la coordinadora quirúrgica, que rondaba cerca. —Soy el único cirujano disponible —dije con rigidez, tratando de mantener la compostura—. ¿Qué ocurre?

Sus labios se apretaron en una fina línea mientras se estremecía por una contracción. Una de las enfermeras intervino para explicar: —Sospecha de desprendimiento de placenta. Los tonos cardíacos están al límite. Solo está de veinticuatro semanas, Dr. Hastings. Necesitamos una decisión.

Miré a Rose, con el pánico floreciendo en mi pecho. Mis manos se crisparon a mis costados, el temblor de repente imposible de ocultar. Vi que sus ojos bajaban hacia ellas, su mandíbula tensándose.

—No puedes —dijo tajante, su voz cortando el ruido—. No puedes operar así. Mírate.

Me sonrojé. —Rose, esto no se trata de mí...

—¡Claro que no se trata de ti! —gritó, su voz elevándose por encima del zumbido de las máquinas—. Se trata de estos bebés. Nuestros bebés. Y de mí, Cole. ¡De mí! Deja de pensar en ti mismo por una vez y empieza a ser el hombre que deberías ser. —Empezó a sollozar justo cuando una mujer que se parecía a ella pero mayor entró en la habitación con una botella de agua. Pasó de puntillas a mi lado y le ofreció el agua a Rose.

La habitación quedó en silencio. Todas las cabezas se giraron, todos los ojos puestos en mí mientras las palabras flotaban en el aire. Mi

pecho se tensó, la vergüenza y la ira luchando por el control. Tenía razón, pero escucharlo, escucharla decir eso delante de todos, dolía.

—No puedo hacer esto ahora —murmuré, retrocediendo, con la voz cargada de emoción.

Su cara se retorció, en parte dolor, en parte incredulidad. —Por supuesto que no puedes. Nunca puedes.

Ese fue el golpe final. Me di la vuelta y salí furioso, dejando el caos detrás de mí, pero el peso de sus palabras me siguió, cortando más profundo con cada paso. La coordinadora intentó detenerme, pero yo sabía que entre la emoción y los temblores, no había manera de que pudiera hacer la cirugía con seguridad.

—Llama a Patel. Dile que es una emergencia —gruñí, y salí hecho una furia. El riesgo de que ella tuviera que esperar un poco más no era nada comparado con el riesgo de que yo causara daño al operar en mi estado. Necesitaba un respiro para pensar.

ROSE

Me dolía la espalda y estaba tan mareada y débil, pero más que eso, estaba asustada. Cuando empecé a orinar un color marrón oscuro, supe que era grave y mamá me llevó al hospital. Me tumbé en la cama de urgencias llorando, sintiéndome mal por haber sido brusca con Cole, pero era el miedo hablando. No solo estaba aterrorizada por lo que le estaba pasando a mi cuerpo, sino que ahora él conocía mi secreto, ese que debería haberle contado meses atrás cuando me enteré.

—Eh, tranquila —dijo mamá, acariciándome el brazo de arriba abajo. Ya estaba inconsolable por lo que había pasado con Cole, pero esto fue la gota que colmó el vaso. Nunca imaginé que quisieran precipitar una cesárea de emergencia, y no me había parado a pensar que si lo hacían, podría ser Cole a quien llamarían.

—Me odia —murmuré, y me sequé los ojos con el dorso de la mano. Había visto el dolor en su expresión cuando me miró y me vio conectada a todos esos monitores y cables para el bebé.

Hace tres semanas, la última vez que le vi, apenas podía ocultar mi embarazo. A las veinticuatro semanas ahora, ya no había manera. Si hubiera estado embarazada de un solo bebé, habría sido difícil pero quizás posible. Pero estos mellizos habían hecho que mi barriga se hinchara como un globo. Aunque quisiera intentar ocultarlo, no tenía sentido.

—No te odia, Rose. Se ha llevado un susto. —Levanté la vista y vi a Kiki de pie junto a mí. Sonrió y apoyó la mano en el hombro de mamá. Mamá estaba sentada en el borde de mi cama intentando consolarme, pero se echó hacia atrás cuando Kiki se situó a mi lado —. Le he visto. Solo ha salido a tomar aire. Creo que algunos sospechábamos que estabas embarazada, pero...

—Dios mío, ¿ahora lo sabe todo el mundo? —Me sentía mortificada. Durante tanto tiempo, Cole y yo habíamos luchado por mantener nuestra relación en secreto, y esta no era en absoluto la forma en que pensé que se revelaría todo. Aunque, nunca había planeado un embarazo. Me llevé la mano a la barriga y sentí cómo se movían los mellizos. Ahora estaban más activos, especialmente por las noches.

—Shh, no te estreses —dijo mamá, pero era demasiado tarde. Las lágrimas volvían a brotar de mis ojos y sorbí por la nariz—. No puedes hacer nada al respecto ahora, Rose. Ya lo resolveremos más tarde.

Kiki me apretó la mano.

—Mamá tiene razón. Céntrate en ti y en los bebés, ¿vale?

—Debería habérselo dicho, mamá —dije con la voz quebrada—. ¿Por qué no se lo dije simplemente? —Me sequé los ojos otra vez y negué con la cabeza.

—Mira, Rose, no todo el mundo lo sabe. —Kiki bajó la voz. Era imposible asegurarse de que nadie nos oyera con solo unas cortinas separando las salas de examen, pero agradecí que fuera más discreta—. El personal de urgencias no sabe que trabajabas aquí. —Su voz era casi un susurro—. Y yo soy la única que ha visto esa interacción. Creo que estás bien. Creo que deberías centrarte en los bebés.

—Pero —murmuré y me alejé de las dos—, me miró como si ya no me conociera.

Mamá me acarició el brazo.

—Él también está en shock, Rose. Dale tiempo para procesarlo. —Su contacto era reconfortante, pero seguía disgustada. Lo bueno era que no había arruinado su carrera presentándome aquí y luego soltando lo enfadada que estaba con él. Quizás había dejado que eso se enconara demasiado tiempo y definitivamente debería haberme puesto en contacto para tener esa conversación, pero la retrospectiva siempre era perfecta.

—¿Señorita Williams? —escuché, y levanté la vista para ver a una doctora entrar. No la reconocí en absoluto, pero tenía una sonrisa amable y vestía de azul con un estetoscopio alrededor del cuello—. Soy la Dra. Adams, pero puede llamarme Elise. Soy una de las ginecólogas de guardia esta noche. —Miró el monitor y luego me miró a mí, y sus ojos se suavizaron—. He venido a comentar lo que está pasando. Hemos hecho algunas pruebas, y me alegra informarle que no está sufriendo un desprendimiento de placenta como temíamos.

Mamá suspiró aliviada, pero yo solo la miré fijamente.

—Pero... ¿y el sangrado? —farfullé. La Dra. Adams se sentó en el taburete junto a mi cama y puso una mano tranquilizadora sobre mi pierna. Kiki movió los dedos en señal de despedida y retrocedió, y yo tomé la mano de mamá y la apreté buscando seguridad.

—Se llama sangrado de presentación. Puede ocurrir en la última etapa del embarazo, especialmente con embarazos múltiples —explicó, con una suave sonrisa en el rostro—. No es tanta sangre como parece, pero puede asustar. Su cuello uterino está comenzando a borrarse y dilatarse temprano, lo que tampoco es infrecuente. —Me dio una palmadita en la pierna—. Sé que esto da miedo, pero sus bebés están bien. Las contracciones han disminuido, lo cual es bueno.

La noticia era a la vez un alivio y aterradora, pero no explicaba lo que pasaba cuando orinaba. Me mordí el labio mientras ella continuaba.

—La buena noticia es que no hay indicios de infección, y sus constantes vitales están estables. También está ligeramente anémica, pero eso es de esperar con mellizos. —Sonrió, y yo dejé escapar un suspiro tembloroso—. Sin embargo, lo que está pasando con sus riñones es preocupante. A las veinticuatro semanas, no deberíamos estar viendo preeclampsia, y nos preocupa un posible fallo renal.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué significa eso para mis bebés? —pregunté, con la voz impregnada de pánico. Mamá me apretó la mano otra vez, y la miré, buscando desesperadamente consuelo, pero se había quedado pálida.

La Dra. Adams me apretó la pierna a través de la sábana.

—Tenemos que considerar una cesárea, Rose. Sus riñones están luchando por mantenerse y su presión arterial está demasiado alta.

—Pero es demasiado pronto —croé.

—Sé que no quiere oír esto, pero es por su salud y la de ellos. Si no lo hacemos, el riesgo de complicaciones aumenta para todos. —La Dra. Adams me miró con el ceño fruncido, y más lágrimas brotaron de mis ojos.

—Pero, yo... —Miré a mamá y vi el miedo en sus ojos. Cerré los ojos con fuerza y respiré hondo. Esto estaba sucediendo, ¿verdad? No iban a revertir mágicamente su decisión.

—Sé que es mucho para procesar, pero necesitamos actuar rápidamente —dijo suavemente—. Estamos preparando el quirófano ahora. ¿Hay alguien más a quien quiera que llamemos? ¿Su pareja? —preguntó, mirando mi mano izquierda, pero no había ningún anillo.

Negué con la cabeza y mi voz se quebró. —Solo... solo mi madre. Está aquí.

La Dra. Adams asintió y me dio una palmadita en la pierna antes de dejarnos a solas. En cuanto se marchó, mamá me abrazó con fuerza. Sollocé sobre su hombro, aferrándome a ella.

—Shh, todo va a estar bien. Vamos a superar esto juntas, ¿de acuerdo? —dijo ella, con la voz temblorosa. Pero no pude encontrar las palabras para responder.

Solo podía pensar en mis bebés y en lo cerca que había estado de perderlos. En cuanto la puerta se cerró tras la Dra. Adams, todo me golpeó de golpe. El miedo, la angustia, la culpa... todo surgió, abrumándome. Sentí que mi cuerpo no podía contenerlo más, y me quebré. Los sollozos comenzaron desde lo más profundo y me sacudieron mientras enterraba mi rostro en el hombro de mamá.

—No puedo hacer esto —dije entre sollozos, las palabras ahogadas y desgarradoras—. No puedo ser madre... no así.

Mamá me abrazó con más fuerza, sus manos acariciándome la espalda como cuando intentaba consolarme de pequeña. —Rose, escúchame —dijo, con voz baja pero firme—. Puedes hacerlo. Ya lo estás haciendo. Cada momento, cada decisión... has estado luchando por esos bebés desde el principio. Y ellos sabrán cuánto los quieres por eso.

—Pero Cole... —Mi voz se quebró, y negué con la cabeza contra su hombro—. Ahora me odia. Lo vi en su cara.

Mamá se separó lo justo para mirarme, sus manos aún enmarcando mi rostro. —Cole no te odia, cariño. Está en shock. Solo necesita tiempo. ¿Y en cuanto a los demás? —Miró hacia la cortina que protegía nuestro pequeño rincón de urgencias—. Deja que hablen. Nada de eso importa ahora. Lo único que importa sois tú y esos bebés.

Quería creerle, pero la imagen de la cara de Cole —atónito, herido, confundido— estaba grabada en mi mente. —Debería habérselo dicho —susurré—. Debería habérselo dicho hace meses.

—No puedes cambiar eso ahora —dijo mamá con suavidad—. Lo que puedes hacer es centrarte en ti misma y en estos bebés. Eso es lo único que importa.

Antes de que pudiera decir más, la cortina se movió, y Kiki volvió a entrar. Su rostro estaba tranquilo, pero vi la preocupación en sus ojos mientras se acercaba. —Hola —dijo suavemente. Se agachó para que estuviéramos cara a cara—. ¿Estás bien? Bueno, quiero decir, ¿todo lo bien que se puede estar?

Sorbí y me limpié la cara llena de lágrimas. —No realmente.

Kiki asintió como si hubiera esperado esa respuesta. —Lo entiendo. Pero escucha, eres más fuerte de lo que crees, Rose. Puedes con esto. —Hizo una pausa, su mirada pasando a mamá—. He hablado con la enfermera. Se están dando prisa para preparar el quirófano, pero vendrán a buscarte pronto. Pensé que querrías saberlo.

Tragué con dificultad, sintiendo cómo la realidad se asentaba con más peso sobre mi pecho. —Tengo miedo —admití.

—Lo sé —dijo Kiki, con voz firme y tranquila—. Pero no estás sola, ¿vale? Tu madre está aquí, y yo estoy aquí. No nos vamos a ninguna parte.

El nudo en mi garganta creció, y presioné mi mano contra mi vientre, sintiendo el sutil movimiento de los gemelos. Por un breve segundo, todo quedó en silencio. Sentí las pequeñas vidas dentro de mí, tan frágiles pero tan reales, y supe que haría lo que fuera necesario para mantenerlos a salvo.

—Solo... quiero que estén bien —susurré, quebrándose mi voz de nuevo.

—Lo estarán —afirmó Kiki con firmeza—. Y tú también.

La cortina se abrió de nuevo, y una enfermera asomó la cabeza, con un portapapeles en la mano. —Estamos listos para usted, Srta. Williams —dijo amablemente—. La cuidaremos bien.

Mi corazón se encogió, y apreté la mano de mamá con más fuerza. Ella me devolvió el apretón, con el rostro sereno pero los ojos vidriosos por las lágrimas contenidas.

—Vas a estar bien, cariño —dijo mamá—. Eres más fuerte de lo que crees.

Asentí, aunque sentía las piernas como si fueran de plomo. Cuando empezaron a llevarme hacia el quirófano, miré hacia atrás a mamá y a Kiki, sus rostros tranquilizadores fueron lo último que vi antes de que la cortina se cerrara tras de mí. Mi miedo no había desaparecido, pero el amor de mamá me dio fuerzas, y me aferré a eso mientras me llevaban a la luz brillante y estéril del quirófano.

COLE

Fui directamente a la sala de espera familiar justo a la salida de urgencias, me encerré y empecé a dar vueltas. Había reaccionado mal con Rose cuando debería haber reconocido que estaba bajo presión. Varias respiraciones profundas me ayudaron a empezar a calmarme, pero nada me había preparado para verla allí sufriendo.

¿Veinticuatro semanas de embarazo? Eso significaba que había estado guardando su secreto durante más de la mitad de su embarazo, completamente sola, mientras yo me comportaba como un imbécil. Estaba tan metido en mi propio mundo, envuelto en dramas y frustración, medio borracho todo el tiempo e ignorante de cualquier cosa o persona a mi alrededor. Noté que había engordado un poco, pero pensé que también era por el estrés. Nunca me detuve a observarla realmente.

Y no habíamos tenido sexo en al menos siete semanas. Cuando lo hicimos, creí notar cambios en su cuerpo, pero ella no dijo nada, y yo solo quería olvidarme de todo para estar con ella. Ahora todas esas pistas encajaban. Estaba más cansada. Había estado enferma de vez en cuando. Se negaba a beber conmigo, que en su momento pensé que era simplemente porque quería mantener la compostura para cuidarme, pero incluso eso era yo siendo egoísta. Nunca me detuve a preguntarle.

¿Y gemelos? Joder.

Me pasé una mano por el pelo y sacudí la cabeza. Luego caminé hasta la pared y apoyé la frente contra ella, extendiendo los brazos a ambos lados de mi cuerpo. Mis manos estaban cerradas en puños, mis hombros tensos.

Rose había llevado este secreto ella sola durante al menos cuatro meses, todo porque yo estaba siendo un completo idiota. Debería haber estado allí para ella y haberla cuidado, y durante todo este tiempo, ella estaba cocinando y limpiando para mí y probablemente luchando emocionalmente para afrontar las cosas. Estaba muy enfadado conmigo mismo.

Sus palabras resonaron en mi memoria. "Sé el hombre que debes ser". Era exactamente lo que debería estar haciendo. Había pasado los últimos seis meses atormentado por cosas que, en el gran esquema, no significaban nada. Un trabajo es solo un trabajo, y perderlo —aunque doliera— no significaba nada si las personas que me importaban estaban sufriendo. Fui un idiota por dar más importancia a si podía volver a operar que a Rose. Ella merecía algo mejor.

Merecía al hombre que deseaba. Un hombre que luchara por ella, la cuidara, la escuchara y se asegurara de que estuviera segura y sana. Lo había descuidado todo pensando que ella estaba ahí para mí, y al hacerlo, la estaba utilizando, dándola por sentada.

Bueno, ya no más.

Un momento de claridad me golpeó, y no fue porque hubieran retirado la demanda o porque supiera que los tratamientos nunca iban a funcionar. Rose no era un último recurso para mí. Ella siempre debería haber sido mi primera prioridad, desde el principio. El momento en que me di cuenta de que la amaba debería haber sido el momento en que nada más fuera más importante, y le había fallado. Pero no iba a fallarle ahora.

Abrí la puerta y fui directamente a los ascensores. Sabía lo que tenía que hacer, aunque sabía lo difícil que sería. Desde el momento en

que supe que probablemente me demandarían, Juan había intentado ayudarme a establecer prioridades y mantener la calma. Todos sus consejos me parecieron absurdos durante mucho tiempo porque sentía que él no entendía lo que era realmente importante. Pero él lo supo todo el tiempo. Conocía una verdad que yo estaba demasiado ciego para ver.

La vida era más que tu trabajo o cómo te veía la gente. Debería haber aprendido eso cuando Kate murió, pero usé mi trabajo para catapultarme de vuelta a mi vida real sin ella. Luego me convencí de que el trabajo estaría ahí incluso cuando todos los demás se fueran. Ahora me quedaba con un paradigma roto que mantenía a todos a distancia solo para poder mantener el control emocional, y cuando el trabajo se tambaleó, fueron las personas a mi alrededor las que necesitaba. No el trabajo.

Las puertas del ascensor se abrieron cuando pulsé el botón, y entré. Se cerraron a mi alrededor en silencio y me llevaron hasta la planta superior del hospital, donde estaban las oficinas del consejo y la administración. Ya era casi la hora de comer. Era posible que todos estuvieran fuera, pero tenía que hacer esto mientras tuviera el valor o nunca lo haría.

Entré directamente en el despacho de Victor Ronald, y sus ojos se levantaron de la mesa detrás de la cual estaba sentado. Se alisó la corbata y frunció el ceño molesto por la interrupción, pero entré de todos modos.

—¿Qué ocurre, Dr. Hastings? —preguntó, y yo respiré hondo para reforzar mi confianza.

—Señor, tengo algunas cosas que decirle, y luego debo atender una emergencia abajo. —Esperaba por Dios que Rose todavía me dejara ir a verla. Sabía que la había fastidiado, pero nada era más importante para mí que esto.

—Bueno, ¿qué es? Estoy en medio de cosas. —Sus labios se fruncieron, y yo tragué el nudo que me oprimía la garganta.

—Señor, quiero que sepa que nada de lo que estoy a punto de contarle ha afectado a mi trabajo de ninguna manera, pero conozco la política del hospital y tengo que hacer esto. —Me sentí un poco mareado mientras decía—: He tenido algunos temblores en las manos últimamente. Nada que pusiera en riesgo a mis pacientes hasta ahora, pero los tratamientos que he buscado no están ayudando. Por lo tanto, ya no puedo aceptar cirugías. Sé lo que esto significa para mi puesto aquí, pero sentí que necesitaba saberlo.

Pareció sorprendido e incluso un poco decepcionado, pero continué antes de que pudiera decir algo.

—Y señor, he estado saliendo con una enfermera que también trabajaba aquí en Twin Peaks —apreté los labios en una línea nerviosa mientras una sombra cubría su rostro, pero continué sin vacilar—. Hemos tenido una relación intermitente durante unos meses, y ella dimitió, pero solo quería aclarar las cosas. No quería poner en peligro mi carrera confesando esto durante la demanda. Ahora, tengo que ir a urgencias. La mujer que amo va a someterse a una cesárea de emergencia, y necesito estar allí para ella.

Víctor estaba conmocionado. Se quedó sentado aturdido mientras yo giraba sobre mis talones y salía marchando. Nunca le di la oportunidad de responder porque, por lo que sabía, significaba que sería despedido, aunque estaba seguro de que encontrarían una manera de hacerlo parecer legítimo para que no pudiera demandar. Los temblores eran suficientes para acabar con mi puesto como cirujano, y Víctor no tendría elección. No podía operar, así que no podía ser cirujano.

—¡Tendremos que hablar de esto! —gritó tras de mí, pero yo ya estaba en la puerta, cerrándola.

Mi mente estaba con Rose. Ella quería que asumiera mi responsabilidad y fuera el tipo de hombre que necesitaba, y eso era lo que estaba haciendo. Lo que debería haber hecho hace meses.

Cuando volví a urgencias, ella ya no estaba. Entré en la sala de exploración donde había estado y encontré a Kiki de pie con quien solo podía suponer que era la madre de Rose. Rose se parecía mucho a ella, solo que más joven, y estaba llorando suavemente.

—Oh, doctor... Eh, se han llevado a Rose para una cesárea. Justo iba a acompañar a la señora Williams a la sala de espera para familiares —Kiki me sonrió educadamente. Las había visto a ella y a Rose hablando en varias ocasiones y me pareció agradable que Rose finalmente hubiera decidido abrirse y hacerse amiga de una de sus compañeras de trabajo.

—Gracias, Kiki. Yo me encargo de esto —le hice un gesto con la cabeza mientras ella le lanzaba una mirada compasiva a la señora Williams y salía.

—Han dicho que sus riñones están fallando... —la madre de Rose gimoteó y sorbió por la nariz—. Si no operan, sufrirá una insuficiencia renal.

Asentí con conocimiento, pero mi comprensión de cómo funcionaba esto no me calmaba en absoluto. Perder a Rose ahora después de todo lo demás me mataría. —Estará bien —dije, tomando su mano —. Tenemos excelentes médicos aquí.

Mis palabras estaban destinadas a animarla, y todo lo que sentí fue una puñalada en el pecho. No podía perder a Rose. No ahora. *Dios mío, asegúrate de que viva.*

ROSE

Me desperté a media mañana. Me dolía tanto el vientre que estaba gimiendo y sujetándomelo, y mamá estuvo a mi lado en un instante, pidiéndole medicación a la enfermera. Me ofreció agua y me apartó el pelo de la cara. Probablemente tenía un aspecto horrible, pero a las madres esas cosas no les importan.

—Hola, cariño —dijo con una sonrisa cuando por fin terminé de despertarme del todo. Fuera lo que fuese lo que la enfermera puso en mi gotero, funcionó casi al instante, y el dolor disminuyó rápidamente.

—Eh... —bostecé y asentí—. Hola... ¿dónde están los bebés? —Mi mente se fue inmediatamente a mis recién nacidos. Con la obvia protuberancia de mi vientre desaparecida, sabía que la cesárea había terminado, pero una rápida inspección de mi habitación no reveló ni cunas ni bebés.

—Están en la unidad de cuidados intensivos neonatales. —Mamá suspiró y me dio unas palmaditas en la mano—. Podemos ir a verlos. Han estado allí desde la operación. —Su expresión preocupada me hizo inquietarme un poco. Intenté incorporarme por mi cuenta, pero me dolía mucho el estómago.

—¿Están bien? —hice una mueca de dolor, pero conseguí incorporarme.

—Están bien, Rose. Solo son muy pequeños y débiles. Tendrán que estar en el hospital durante unas semanas. Has estado inconsciente durante dos días mientras tu cuerpo se recuperaba. —Mamá se mantuvo a mi lado atendiéndome, y casi me eché a llorar. ¿Dos días había estado inconsciente? Me parecía que acababa de quedarme dormida.

Eché un vistazo a la habitación y vi algunas tazas de café vacías, lo que revelaba que mamá había estado aquí esperando conmigo. Su bolso y su chaqueta estaban sobre la cama plegable, aunque actualmente estaba en forma de sofá. Y tenía una bolsa con ropa en el suelo cerca de la mesita auxiliar. Fue muy dulce por su parte quedarse aquí.

—Tu amiga Alana también pasó a verte. Volverá cuando te encuentres mejor. —Mamá miró alrededor—. Déjame llamar a la enfermera. Veremos si podemos conseguirte una silla de ruedas para bajar a la UCIN y ver a los bebés. —Mamá me dio unas palmaditas en la mano, y yo alcancé el vaso de agua que tenía al lado en la mesita auxiliar.

Todo mi cuerpo se sentía como si hubiera pasado por un programa de secado en una secadora. Me dolía todo, pero sobre todo el corazón. Ver esa expresión en la cara de Cole me destrozó. Sabía que era culpa mía, también. Mi recepción a su presencia mientras yo estaba sufriendo no había sido la mejor, pero lo había empeorado al haber mantenido este secreto desde el principio. Sabía que debería habérselo dicho. Creí que le estaba ayudando y protegiendo. Claramente, me equivoqué.

Mamá regresó con una enfermera que traía una silla de ruedas, y me acomodaron —con mucho dolor— en ella. Esperaba ver a mis pequeños bebés en incubadoras y conectados a un montón de cables y tubos. Lo que no esperaba era que me llevaran a la UCIN para ver a Cole.

Estaba inclinado sobre una incubadora con la mano en el lateral. Sus ojos estaban llenos de amor y afecto y ni siquiera se dio cuenta

cuando entramos. Algunas enfermeras me dirigieron miradas de sorpresa y se apresuraron a alejarse para darnos privacidad, y mamá se aclaró la garganta. Sin embargo, no pareció sorprendida de verlo, así que me pregunté qué había ocurrido mientras estuve inconsciente.

—Os dejaré a solas —dijo la enfermera, y mamá me dio unas palmaditas en el hombro.

—Yo también, Rose. Volveré en unos minutos. Vosotros dos deberíais hablar.

Cole sacó la mano de la incubadora y se volvió para mirarme. Tenía una expresión de remordimiento y culpa. Se quedó allí juntando las manos frente a sí mismo y pareciendo tenso, y mil emociones me invadieron en una fracción de segundo.

—Hola —murmuró, pero sonó débil. Actuaba como si no supiera cómo comportarse conmigo, y eso era comprensible. Le había comido la cabeza la última vez que hablamos.

—Hola... —dije, dirigiendo mis ojos hacia la incubadora. Me esforcé por ver dentro, pero estaba demasiado lejos.

Cole se acercó a mí y empujó la silla de ruedas más cerca, y sentí que la gratitud crecía en mi pecho cuando mis pequeños bebés aparecieron a la vista. Sus cuerpecitos estaban en la misma incubadora, acurrucados juntos. Llevaban los pañales más diminutos que había visto jamás, y realmente tenían cables conectados en todos los lugares imaginables. Nunca había trabajado en una unidad neonatal antes, pero resultaba desgarrador. Me preguntaba cómo las enfermeras hacían esto todos los días.

—Son tan perfectos, Rose —dijo Cole, y escuché la emoción en su voz. Acercó una mecedora y se sentó junto a mí, y yo metí la mano en la incubadora a través del orificio con guantes. No podía tocar su piel, pero probablemente era para mantener los gérmenes fuera. Solo tenían veinticuatro semanas ahora.

—Dios mío —gimoteé, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Eran tan pequeños que podían caber en la palma de la mano de Cole si los cogiera.

—Rose, lo siento mucho —dijo, pero no me miró. Seguía mirando a los bebés—. He sido tan egoísta y egocéntrico... —Agachó la cabeza —. Te he ocultado cosas, y tú merecías algo mejor. Debería haber estado ahí para ti.

Mis hombros se tensaron, y aparté la mirada de los bebés para observarle. —¿Ocultado cosas? —pregunté, pero la vergüenza en su rostro también me hizo sentir muy mal por él. Yo era quien le había ocultado cosas. Sabía que estaba luchando, y solo quería protegerle.

Cole se retorció las manos y luego levantó una y la extendió entre nosotros mientras alzaba los ojos para encontrarse con los míos. Noté el temblor que hacía que su mano se agitara y negué con la cabeza.

—Temblores esenciales... —dijo—. Los he estado teniendo durante meses. Son incurables. Voy a perder mi capacidad para operar, y probablemente mi trabajo. Con la demanda y todo esto atormentándome, me dejé llevar tanto por mis propios problemas que nunca me detuve a prestarte atención. —Extendió la mano y me acarició la mejilla—. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—¿Perdonarte? —dije, sintiéndome incrédula—. Creo que tú debes perdonarme a mí. Estaba embarazada y nunca te lo dije. Merecías saberlo. —Parpadeé, y las lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Me las sequé rápidamente, pero él negó con la cabeza.

—Merecías un lugar seguro para confesarlo, y yo no te lo proporcioné, y lo siento. —Su mano acarició mi mejilla y dijo—: Necesito que me perdones porque si vamos a superar esto y tener un futuro, necesito saber que podemos resolver las cosas.

No sabía qué decir. Me sentía abrumada y demasiado emocional. Parte de ello probablemente se debía a mis hormonas que

fluctuaban salvajemente, pero también sentía que era yo quien necesitaba su perdón.

—Quise decírtelo tantas veces, pero veía lo mucho que estabas sufriendo. Sentía que te estresarías más con todo esto. No quería ser una carga adicional. No tenía idea de que estabas luchando así. —Pensé en todas las veces que había querido contárselo, pero mirando hacia atrás, habría hecho lo mismo. Me importaba, y añadir más peso a sus hombros nunca me pareció la decisión correcta.

—Está bien. Estoy aquí ahora. Estás a salvo. Ellos están a salvo, y podemos intentarlo de nuevo. —El pulgar de Cole recorrió mi pómulo mientras susurraba—: Te quiero, Rose, y quiero una vida contigo. Nada es más importante para mí.

Asentí y me incliné hacia delante hasta que mi frente se apoyó contra la suya. Después de meses de incertidumbre y miedo, sentí que las cosas podrían estar resolviéndose. Que podríamos tener realmente una oportunidad. Los temores aún giraban en mi mente, como ¿qué pasaría si realmente perdiera su trabajo? ¿Dónde trabajaría? ¿Y quién nos mantendría si no tuviera trabajo? Pero sabía que ambos éramos personas fuertes y decididas. Encontraríamos la manera.

El amor siempre encuentra un camino.

COLE

Caminé tan despacio como Rose necesitaba mientras nos dirigíamos hacia la sala de conferencias en la sexta planta. Rose había recibido el alta del hospital ayer para recuperarse, pero los gemelos seguían aquí, ingresados en la unidad neonatal. Deseaba que se hubiera quedado conmigo, pero eligió alojarse con Alana, su antigua compañera de piso, y su madre se había instalado en un hotel por el momento. Querían rechazar mi ayuda, pero le di al hotel mi tarjeta de crédito y ordené que cargaran todo a mi cuenta para la madre de Rose.

Hoy, iba de camino a escuchar mi sentencia. Después de confesar todo lo que había estado ocurriendo, estaba nervioso de que el pronunciamiento de hoy fuera un desastre. Suponía que me despedirían o me relegarían a la educación, o algo peor. Tenía una oferta del departamento médico de la Universidad de Colorado para actuar como profesor de anatomía, lo que no me desagradaba, pero el sueldo era menos de la mitad de lo que ganaba ahora.

Rose había sido un apoyo desde el instante en que nos reunimos. Su tranquilidad y afecto eran exactamente lo que necesitaba para mantener alto mi ánimo durante la semana pasada mientras Victor y la junta decidían mi destino. Hoy era cuando sabría lo que habían decidido.

—¿Tienes miedo? —preguntó, y por muy macho y fuerte que quisiera ser, no podía. Cualquier hombre que enfrentara esta incertidumbre con una familia que cuidar —hijos que dependían de él— sentiría lo mismo.

—Nervioso —le dije, pero terror sería una palabra más adecuada. No había mayor miedo en mi vida que el sufrimiento de mis seres queridos o perderlos. Mi futuro era incierto, y ese miedo a lo desconocido amenazaba con paralizarme.

—Todo va a estar bien sin importar lo que digan —me dio una palmada en el brazo, pero yo debería haber sido quien la animara a ella. Acababa de pasar por una cirugía importante hace ocho días y nuestros hijos estaban tan débiles ahora. Tenía tanto coraje y fuerza que me asombraba.

Tomé aire y exhalé un suspiro, intentando que la tensión en mis hombros disminuyera, pero estaba demasiado nervioso.

La semana había sido la más larga de mi vida. Cada día que pasaba se sentía como otra vuelta de tuerca, apretando el nudo de incertidumbre en mi pecho. Rose había sido mi roca, su silenciosa fortaleza manteniéndome con los pies en la tierra incluso cuando mis propios nervios amenazaban con desmoronarme. Ahora, de pie fuera de la sala de juntas, mi estómago se revolvía con una mezcla de temor y cauta esperanza.

Rose estaba sentada cerca, con las manos cruzadas en su regazo, aparentando tanta calma como siempre. Pero la conocía lo suficiente como para reconocer la ligera tensión en su mandíbula, el leve temblor en sus dedos. Ella también estaba nerviosa, aunque nunca lo dejaría notar. Me dedicó una pequeña sonrisa, de esas que siempre parecían calmarme cuando nada más podía hacerlo.

—Tú puedes —dijo en voz baja.

Asentí, aunque no lo creía. Tenía las palmas húmedas y el corazón me martilleaba contra las costillas. —Espero que tengas razón.

Antes de que pudiera dudar de mí mismo, la puerta se abrió y Victor Ronald salió. El decano de medicina siempre había sido una figura imponente, pero hoy su expresión era indescifrable. —Cole —dijo, haciéndome un gesto para que entrara.

Miré a Rose, quien articuló sin voz: *Todo va a salir bien*. Respirando profundamente, enderecé los hombros y seguí a Victor al interior.

La sala de juntas estaba fría, tanto en temperatura como en ambiente. Alrededor de la mesa se sentaban miembros de la junta, representantes del comité de ética, y el propio Victor. Sus rostros eran serios, sus posturas rígidas. Un grueso expediente descansaba frente al presidente, su peso una manifestación física de mis errores.

—Dr. Hastings —comenzó el presidente, su voz grave—. Gracias por acompañarnos.

—Gracias por recibirme —respondí, con la voz más firme de lo que me sentía.

Victor habló a continuación, su tono medido pero no severo. —Hemos revisado su caso exhaustivamente, Dr. Hastings. Sus acciones —tanto la ocultación de su enfermedad como su relación personal— fueron graves infracciones del protocolo. Estas acciones tienen repercusiones no solo para usted, sino para la integridad de la institución.

Asentí, tragando con dificultad. —Lo entiendo.

El presidente se inclinó hacia delante, su mirada intensa. —Se arriesgó mucho al ocultar su condición, Dr. Hastings. Un cirujano operando bajo esas circunstancias es una responsabilidad —no solo para sí mismo sino para sus pacientes, sus colegas, y la reputación del hospital. Y su decisión de mantener oculta su relación con la Srta. Williams solo agravó el problema. La transparencia no es opcional en un campo como el nuestro.

—Lo entiendo —repetí, con voz más baja—. Y lamento profundamente esas decisiones. Me equivoqué.

La expresión de Victor se suavizó ligeramente. —Hace falta valor para admitir eso, Cole. Y su disposición a dar un paso adelante, a confesar y cooperar plenamente durante este proceso, dice mucho. Muestra integridad, incluso frente a sus errores.

Pasó un momento de silencio, con la tensión lo bastante densa como para cortarla. Mi corazón se aceleró mientras me preparaba para lo peor.

El presidente intercambió una mirada con Victor antes de continuar. —La junta ha decidido que no queremos perderle, Dr. Hastings. Su habilidad, dedicación y contribuciones a este hospital son innegables. Sin embargo, no podemos permitirle continuar como cirujano en ejercicio bajo estas circunstancias.

Se me cayó el alma a los pies. —Yo... —comencé, pero el presidente levantó una mano.

—Déjeme terminar —dijo con firmeza—. Le estamos ofreciendo el puesto de jefe de cirugía. Este papel implicará supervisar operaciones, consultar casos difíciles y enseñar a residentes y cirujanos júnior. Ya no realizará cirugías, pero su experiencia guiará a los que sí lo hagan.

Las palabras tardaron un momento en calar. Jefe del departamento de cirugía. No un despido. No una relegación a la educación sin propósito. Era un ascenso: una oportunidad para liderar, enseñar, formar a la próxima generación de cirujanos. Ni siquiera me había atrevido a soñar con algo así.

La voz de Víctor rompió mi atónito silencio. —Creemos en usted, Dr. Hastings. Esta posición refleja no solo su habilidad sino nuestra confianza en su capacidad para superar esto y seguir contribuyendo significativamente al hospital.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras una oleada de alivio y gratitud me invadía. —Gracias —dije con voz ronca—. Yo... no sé qué decir.

El presidente se reclinó, su expresión aún seria. —Diga que aprenderá de esto, Dr. Hastings. Diga que nunca más se pondrá a sí mismo ni a esta institución en esta situación.

—Lo prometo —dije rápidamente, sintiendo cada palabra—. Haré todo lo que esté en mi mano para ganarme esta confianza.

Víctor asintió, con una leve sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —Bien. Contamos con usted.

El presidente continuó, detallando mis nuevas responsabilidades como jefe de cirugía: supervisión del departamento, un sueldo acorde con la importancia del puesto y una clara expectativa de mantener los más altos estándares éticos. Las palabras giraban a mi alrededor, pero mi mente ya iba más allá. El alivio floreció en una alegría silenciosa mientras pensaba en lo que esto significaba para mis gemelos recién nacidos: estabilidad, seguridad, un padre que no lo había perdido todo. Y para Rose, esta era una oportunidad de reconstruir la confianza, de demostrarle que podía superar mis errores y ser el compañero que merecía. Por primera vez en semanas, la esperanza parecía real.

Al salir de la sala de juntas, el peso que había estado cargando durante semanas se disipó. El pasillo parecía más brillante, el aire más ligero, cada paso se sentía como un nuevo comienzo. Rose se levantó del banco donde había estado esperando, sus ojos escrutando mi rostro en busca de la respuesta que tan claramente esperaba.

—Me mantienen —dije, escapándose las palabras en un suspiro tembloroso—. Me han nombrado jefe de cirugía.

Por un momento, su cara fue indescifrable, luego se transformó en la sonrisa más hermosa. —¡Cole, eso es increíble! —dijo, con la voz temblorosa de emoción—. Estoy tan orgullosa de ti.

—No lo vi venir —admití, pasándome una mano por el pelo—. Creen en mí, Rose. Después de todo... todavía creen en mí.

Su mano flotó cerca de la mía antes de que la retirara, un destello de contención recordándonos dónde estábamos. Pero el amor en sus ojos era inconfundible. —Porque te lo mereces. Has trabajado para esto, Cole, y nadie puede quitártelo.

Ya no podía contener mis abrumadores sentimientos de alivio y gratitud. —Rose —dije en voz baja—, no puedo soportar estar lejos de ti por más tiempo. Vivamos juntos, con los gemelos. Seamos realmente una familia.

Ella tomó una respiración profunda, pero su radiante sonrisa permaneció firmemente en su lugar. —Sí —respondió simplemente —. Me encantaría.

El pasado finalmente quedaba atrás y nuestro futuro juntos era más brillante que nunca. No podía evitar sentir que el mundo finalmente se había enderezado. Y mientras salíamos juntos del hospital, cogidos de la mano, sentí como si estuviéramos entrando en un nuevo capítulo de nuestras vidas.

EPÍLOGO: ROSE

El sonido de la suave respiración de las gemelas llenaba la habitación infantil, sus diminutos pechos subían y bajaban a un ritmo perfecto. Me demoré un momento más, observándolas dormir, antes de cerrar silenciosamente la puerta y bajar las escaleras.

La casa de Cole —ahora nuestra casa— todavía me resultaba en ciertos aspectos poco familiar. Los muebles eran elegantes, modernos y meticulosamente escogidos, evidencia de su cuidadosa atención al detalle. Pero ya había señales de cambio. Un paño para eructos sobre el brazo del sofá, un biberón secándose en la encimera y mi portátil posado sobre la mesa de la cocina en medio de pilas de papeleo.

Me acomodé en la mesa, abriendo el sitio de búsqueda de empleo que había guardado en marcadores. La idea de volver a trabajar me llenaba de emociones contradictorias. Por un lado, quería contribuir, encontrar mi propio camino hacia adelante. Por otro, la idea de dejar a las gemelas tan pronto tiraba de mí de formas que no estaba preparada para examinar demasiado de cerca.

Estaba desplazándome por los anuncios cuando oí abrirse la puerta principal. Siguieron unos pasos pesados y, un momento después, Cole apareció en el umbral. Llevaba la corbata aflojada, las mangas remangadas y su expresión se suavizó en cuanto me vio.

—Hola —dijo, dejando caer su bolsa junto a la puerta y apoyándose en el marco—. ¿Cómo han estado las gemelas hoy?

—Perfectas —dije, sonriendo—. Han dormido más esta tarde, así que deberían descansar mejor esta noche.

Sonrió, pasándose una mano por el pelo.

—Esas son buenas noticias. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

Hice un gesto hacia la pantalla frente a mí.

—Solo estaba mirando algunas ofertas de trabajo. Intentando ver qué hay disponible.

Su frente se arrugó ligeramente mientras se acercaba, sacando una silla y sentándose frente a mí.

—Rose, no tienes que precipitarte. Solo han pasado seis meses. Ya tienes bastante con las gemelas y con todo lo que hemos pasado.

—Lo sé —dije, encontrando su mirada—. Pero necesito sentirme... no sé, útil. Como si estuviera contribuyendo.

—Ya estás contribuyendo —dijo con firmeza—. Esta casa está viva gracias a ti. ¿Y las bebés? Están prosperando gracias a ti.

Sus palabras hicieron que mi corazón se retorciera de esa manera familiar y cálida que solo él podía lograr. Me giré para mirarlo y dejé que su mano acunara mi mejilla. Se sentó y acercó más su silla. Nuestras rodillas se rozaron y él se inclinó para besarme. Sus labios eran suaves y sonreí contra ellos.

Cuando profundicé el beso, su mano me acercó más. Me encantaba que quisiera cuidar de mí, pero estaba decidida a hacer mi parte. Quería encontrar algo que pudiera hacer durante unas horas al día hasta que las gemelas fueran más activas y me necesitaran más. Luego, cuando fueran a la escuela, volvería a la enfermería a tiempo completo.

—Mmm —gemí, apartándome con una sonrisa—. ¿Hay más de eso para esta noche? —pregunté juguetonamente, y él me sonrió con picardía.

—¿Por qué esperar hasta la noche? —dijo, guiñándome un ojo.

Mi cuerpo comenzó a reaccionar, mi pulso acelerándose mientras Cole se inclinaba, sus labios rozando apenas los míos. Pero antes de que pudiéramos siquiera besarnos de nuevo, un sonido familiar rompió el momento: el pequeño llanto de Ember, seguido rápidamente por el suave lloro de Astrid.

—El deber llama —dije, suspirando mientras me ponía de pie, aunque no pude evitar la sonrisa que tiraba de mis labios.

Cole se rio, su mano rozando mi espalda baja mientras pasaba.

—Tienen un sentido de la oportunidad impecable, ¿verdad?

—Son tus hijas, ¿no? —bromeé por encima del hombro, dirigiéndome hacia la habitación infantil.

Los llantos se hicieron más fuertes cuando abrí la puerta, y mi corazón se ablandó ante la visión de nuestras hijas. Los diminutos puños de Ember se agitaban en el aire, mientras Astrid había conseguido salirse a medias de su manta. Sus caras estaban arrugadas al unísono, sus llantos una sinfonía de necesidad recién nacida.

Cogí primero a Ember, acunándola contra mi pecho mientras sus llantos se suavizaban en hipos.

—Shh, está bien, pequeña. Mamá está aquí.

Cole apareció detrás de mí, ya extendiendo los brazos hacia Astrid. La sostuvo con destreza, meciéndose suavemente mientras sus llantos se calmaban casi instantáneamente.

—Ya está —murmuró, con su voz profunda y tranquilizadora—. Tienes que dejar de hacerme quedar mal, Astrid, siempre

calmándote tan rápido.

Me reí suavemente, ajustando a Ember en mis brazos mientras me movía hacia la mecedora. La rutina ya era natural: alimentarlas, hacerlas eructar, calmarlas. Incluso en la bruma del agotamiento, era un ritmo que amaba, un recordatorio tangible de que nuestra pequeña familia estaba prosperando.

Cole se sentó en el otomán frente a mí, sosteniendo a Astrid cerca mientras me observaba amamantar a Ember. La forma en que me miraba, con tanta admiración silenciosa, hacía que mi pecho doliera de la mejor manera.

—Eres increíble, ¿sabes? —dijo suavemente.

Levanté una ceja, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Por alimentar a nuestra bebé? Creo que el listón está un poco bajo, Dr. Hastings.

Negó con la cabeza, su sonrisa sin desvanecerse.

—No solo por esto. Por todo. Por ser el pegamento que nos mantiene a todos unidos. Por creer en mí cuando no lo merecía. Por decir que sí.

Mi garganta se tensó, pero logré mantener mi voz firme.

—Tú también eres bastante increíble, ¿sabes? Por dar la cara, por querernos como lo haces. Por dejarme invadir tu inmaculada casa con el caos de bebés.

Sonrió, mirando alrededor de la habitación infantil.

—No es caos. Es vida. Y es nuestra.

Recliné la cabeza, dejando que el peso de sus palabras se asentara sobre mí. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que no estaba segura de si alguna vez sentiría esto: esta sensación de pertenencia, de propósito, de esperanza. Sin embargo, aquí estaba, rodeada de amor en su forma más pura y simple.

Una vez que las niñas fueron alimentadas y eructadas, las volvimos a acostar en sus cunas, sus pequeños cuerpos acurrucándose en un sueño pacífico. Cole pasó un brazo alrededor de mis hombros mientras permanecíamos allí observándolas, su pulgar trazando suaves círculos contra mi brazo.

—Son perfectas —susurró, su voz llena de asombro.

—Lo son —estuve de acuerdo, mi voz apenas un suspiro—. Y tú también lo eres.

Se volvió hacia mí, sus ojos buscando los míos. —¿Sabes? No estaba seguro de poder hacer esto, ser padre. Pero tú... tú haces que quiera ser mejor cada día.

Mi corazón se hinchó, la vulnerabilidad en su voz derribando los últimos de mis muros. —Ya eres el mejor, Cole. Para ellos, para mí. Para nosotros.

Me atrajo hacia él, presionando un beso en mi frente. —Te quiero, Rose. No lo digo lo suficiente, pero te quiero. Con todo lo que tengo.

Las lágrimas asomaron a mis ojos, pero eran de felicidad. —Yo también te quiero. Y siempre te querré.

Permanecimos allí un momento más, los suaves sonidos de la respiración de los gemelos llenando la habitación, un recordatorio silencioso de lo lejos que habíamos llegado. El camino no había sido fácil, y sin duda habría desafíos por delante. Pero por primera vez en mucho tiempo, el futuro parecía brillante.

Juntos, podríamos afrontar cualquier cosa. Juntos, estábamos en casa.